

Universidad de Granada
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Departamento de Sociología

Programa de Doctorado en Ciencias Sociales
Dinámicas y cambios en el espacio y en la sociedad de la Globalización



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

**El trabajo doméstico en el contexto de la relación
de pareja: un estudio cualitativo**

Tesis doctoral

Jesús Jurado Serrano

Director

Diego Becerril Ruiz

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: Jesús Manuel Jurado Serrano
ISBN: 978-84-1195-699-4
URI: <https://hdl.handle.net/10481/102542>

Esta tesis doctoral se ha realizado con un contrato predoctoral de Formación de Profesorado Universitario (FPU) concedido por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España (Referencia: FPU19/04584).

A mi abuelo Enrique.

Agradecimientos

La presente tesis doctoral no hubiera sido posible sin el apoyo y el ánimo que muchas personas me han brindado a lo largo de estos años tan intensos y exigentes. Si estoy en este punto de mi vida es gracias a ellas.

A mi director de tesis, Diego Becerril, porque con su ejemplo me ha enseñado el valor del esfuerzo y del compromiso. Nuestros caminos se cruzaron casi por casualidad y con el paso del tiempo te has convertido en mi maestro, mi amigo y en parte de mi familia. Gracias por tus infinitos consejos y por tu constante entrega.

A José Jiménez, por enseñarme lo importante que es aprender a cuidarse. Gracias por tu empuje y por haberme transmitido parte de ese ímpetu y fuerza que te caracteriza. Has sido un pilar fundamental en todo este proceso.

A Alejandro Romero por su labor como profesor. Con tu forma de enseñar has conseguido que más de uno ame un poco más este oficio.

A José Luis Paniza, Inmaculada Puertas, Mar Venegas, Lola Martín, Antonio Lozano, Cecilia Hita, José Torrado, Francisco Barros y Ricardo Duque, gracias por vuestra amabilidad y por todo lo que me habéis ayudado.

A mis compañeros de fatigas y alegrías, Fran Molina, Agustín Llorca, Juan Navarro, Lucía Granda, Henar Baldán, Fran Peña, Sonia Fernández y Fátima Pineda. Gracias por los buenos ratos de cervezas, risas y momentos inolvidables.

A mis amigos de siempre, Fran, Mario, Torres, María, Sergio, Diana, Alex, Gil, Alfredo, Luque, María Jesús, Mena, Robert, Cristina, Morales, Rocío y Diego. Nunca olvidaré todo lo que me habéis dado. Gracias por vuestro apoyo y amistad.

Al grupo de PartOne, Alba, José David, Juanlu, Miguel Ángel, Marisa, José, Dani, Isa, Juan y Marisol. Gracias por estos últimos tres años. Tenéis un don para sacar la mejor versión de José David.

A José Luis Anta, por enseñarme el camino y tenderme una mano para cruzar por él. Gracias por tu sabiduría y comprensión.

A Isabel, Lucas, Antonio y Cati, mis titos. Gracias por cuidarme y por quererme sin condiciones.

A mi abuela Pura, ni en mil vidas podré devolverte todo el cariño que me has dado.

A mi abuelo Enrique que me llena de fuerza solo con pensar en él.

A Marisol que expresa todo el amor que me tiene a través de sus postres. Para mí has sido un ejemplo de fortaleza y superación.

A mis hermanas Aitana y Leire, gracias por sacar mi lado más infantil en momentos de tanta tensión.

A mi padre, gracias por apoyarme en todas mis decisiones y por acompañarme a la universidad en mi primer día.

A Maribel, gracias por el amor con el que me tratas. Sin tu sonrisa esto no hubiese sido posible. Pero, sobre todo, gracias por las incontables horas que has dedicado a que este trabajo llegue a su final.

A mi madre que confió en mí de principio a fin. Sin ti esto no sería posible. Gracias por aceptar mi decisión de marcharme y estudiar Sociología. Esta primera etapa empezó aquel día.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Resumen | 11 |
| Résumé | 12 |
| 1. INTRODUCCIÓN | 13 |
| 1.1. ¿Por qué estudiar el trabajo doméstico? | 14 |
| 1.2. ¿Por qué estudiar la división sexual del trabajo doméstico en la relación de pareja? | 15 |
| 1.3. El valor de la teoría de las relaciones de género | 17 |
| 1.4. Planteamiento y estructura de la investigación | 17 |
| 2. MARCO DE REFERENCIA | 22 |
| 2.1. Introducción | 23 |
| 2.2. Contextualización empírica | 23 |
| 2.2.1. Definiendo el concepto de trabajo doméstico | 23 |
| 2.2.2. Estado de la cuestión a nivel internacional | 25 |
| 2.2.3. La división sexual del trabajo doméstico en España | 27 |
| 2.3. Contextualización teórica | 29 |
| 2.3.1. La teoría de las relaciones de género | 29 |
| 2.3.2. Dos soluciones para un mismo problema | 33 |
| 2.3.3. Ampliando la teoría de las relaciones de género | 37 |
| 2.4. Elaboración de conceptos | 39 |
| 2.4.1. Trayectorias de socialización con el trabajo doméstico..... | 39 |
| 2.4.2. Tipologías de perfiles domésticos | 42 |
| 2.4.3. La toma de decisiones y los conflictos por el trabajo doméstico | 44 |
| 3. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN | 48 |
| 4. METODOLOGÍA | 52 |
| 4.1. Introducción | 53 |
| 4.2. Enfoque cualitativo | 53 |
| 4.3. Diseño de la investigación y trabajo de campo | 54 |
| 4.4. La entrevista como técnica de producción y recolección de información | 57 |
| 4.5. Diseño del guion | 59 |

| | |
|--|-----|
| 4.6. Procedimiento analítico | 61 |
| 5. RESULTADOS | 65 |
| 5.1. Introducción | 66 |
| 5.2. Agentes de socialización..... | 67 |
| 5.2.1. La implicación con el trabajo doméstico en la familia de origen | 67 |
| 5.2.2 Privilegios masculinos frente a circunstancias y pactos filiomaternales | 68 |
| 5.2.3. ¿Quién manda? La disputa por la autoridad | 73 |
| 5.2.4. Hijos responsables, hijas serviciales | 76 |
| 5.2.5. Lo que se ve sin saber que se ve | 79 |
| 5.2.6. Una segunda socialización antes de comenzar a convivir con la pareja | 81 |
| 5.3. Tipologías de perfiles masculinos y femeninos con el trabajo doméstico | 84 |
| 5.3.1. De la evasión a la corresponsabilidad | 85 |
| 5.3.2. Características de los perfiles masculinos ayudantes | 86 |
| 5.3.3 Justificaciones de los ayudantes | 89 |
| 5.3.4. La socialización conyugal y sus estrategias | 93 |
| 5.3.5. Factores que favorecen el cambio en la división del trabajo doméstico | 96 |
| 5.3.6. Características de los perfiles masculinos corresponsables | 98 |
| 5.3.7. Dificultades para lograr un reparto igualitario | 102 |
| 5.3.8. La socialización conyugal de los varones corresponsables | 104 |
| 5.3.9. El peso de la socialización familiar | 105 |
| 5.4. De las corresponsables moderadas a las jefas de hogar | 106 |
| 5.4.1. Características de los perfiles femeninos corresponsables | 107 |
| 5.4.2 Características de las jefas de hogar | 111 |
| 5.4.3 El desarrollo de perfiles femeninos con altos niveles de implicación | 114 |
| 5.4.4. La tradicionalización del reparto con la llegada de los hijos | 116 |
| 5.4.5. La educación doméstica de los hijos | 120 |
| 5.5. Toma de decisiones y conflictos por el trabajo domésticos | 123 |
| 5.5.1. Dejar decidir, dejar dirigir | 123 |
| 5.5.2. Factores que condicionan la toma de decisiones de las parejas corresponsables | 126 |

| | |
|--|-----|
| 5.5.3. Conflictos por las diferencias entre estándares domésticos | 129 |
| 5.5.4. La gestión de los conflictos por la desigualdad en el reparto | 136 |
| 6. CONCLUSIONES | 140 |
| 6.1. Principales hallazgos de la investigación | 141 |
| 6.2. Contribución de la investigación a la literatura académica | 150 |
| 6.3. Limitaciones y líneas de investigación futuras | 151 |
| 6. CONCLUSIONS | 153 |
| 6.1. Principales conclusions de la recherche | 154 |
| 6.2. Contribution de la recherche à la littérature académique..... | 163 |
| 6.3. Limitations et axes de recherche futurs | 164 |
| 7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS | 166 |
| 8. ANEXOS | 183 |
| Anexo 1. Características de las parejas entrevistadas | 184 |
| Índice de tablas y figuras | 189 |

Resumen

La división del trabajo doméstico en la relación de pareja ha suscitado un interés creciente en la Sociología porque evidencia la contradicción de las sociedades democráticas que dicen creer y promover la igualdad entre las mujeres y los varones, pero en la práctica, las mujeres continúan siendo las principales responsables de llevar a cabo esta tarea (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010; González y Jurado, 2015). Desde comienzo de los años 40 del siglo XX hasta la actualidad, diferentes enfoques teóricos han tratado de dar una respuesta a esta cuestión con la finalidad de explicar por qué la división sexual del trabajo doméstico persiste a pesar de los avances que se han logrado en materia de igualdad (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010; Kan et al., 2022).

Uno de los enfoques que más ha destacado por la profundidad con la que ha abordado este problema ha sido la teoría de las relaciones de género caracterizada por cuestionarse cómo la sociedad desarrolla modelos culturales que contienen creencias, normas y valores inclinados a producir fuertes diferencias entre los varones y las mujeres o, por el contrario, modelos que facilitan el desarrollo de semejanzas entre ambos (Lamas, 2015; Duru-Bellat, 2017). Esta tesis doctoral parte de este marco teórico para hacer de la división sexual del trabajo doméstico un laboratorio social a través del cual analizar cómo estos modelos de producción de diferencias y semejanzas condicionan la experiencia que los hombres y las mujeres tienen con las labores del hogar (Cunningham, 2001; Couprie, Cudeville y Sofer, 2020; Carriero, 2021).

En base a esto, el objetivo general de la tesis doctoral es analizar la división del trabajo doméstico en parejas heterosexuales de doble ingreso, prestando especial atención a los factores, procesos y dinámicas que la condicionan. Para ello, se ha utilizado la técnica de la entrevista semiestructurada con la que se ha producido y recogido la información de ambos miembros de la pareja por separado.

Como hallazgos principales hay que destacar la influencia que ejercen los procesos de socialización en la experiencia que las personas tienen con el trabajo doméstico; la heterogeneidad de perfiles masculinos y femeninos que explican las diferentes actitudes y grados de implicación doméstica en la relación de pareja; y, por último, cómo las distintas dinámicas de toma de decisiones y conflictos pueden facilitar el desarrollo de un reparto del trabajo doméstico más igualitario o, por el contrario, favorecer repartos desiguales.

Résumé

La division du travail domestique dans la relation de couple suscite un intérêt croissant en sociologie car elle met en évidence la contradiction des sociétés démocratiques qui prétendent croire et promouvoir l'égalité entre les femmes et les hommes, mais où ces dernières continuent d'être principalement responsables de l'exécution de cette tâche (Lachance-Grzela et Bouchard, 2010 ; González et Jurado, 2015). Depuis le début des années 1940, différentes approches théoriques ont tenté de répondre à cette question pour expliquer pourquoi la division sexuelle du travail domestique persiste malgré les progrès réalisés en matière d'égalité (Lachance-Grzela et Bouchard, 2010 ; Kan et al., 2022).

L'une des approches qui s'est distinguée par la profondeur de son analyse est la théorie des relations de genre, caractérisée par un questionnement sur la manière dont la société développe des modèles culturels contenant des croyances, des normes et des valeurs qui tendent à produire de fortes différences entre les hommes et les femmes, ou, au contraire, qui facilitent le développement de similitudes entre eux (Lamas, 2015 ; Duru-Bellat, 2017). Cette thèse de doctorat s'appuie sur ce cadre théorique pour traiter la division sexuelle du travail domestique comme un laboratoire social permettant d'analyser comment ces modèles de production de différences et de similitudes influencent l'expérience des hommes et des femmes en matière de travaux ménagers (Cunningham, 2001 ; Couprie, Cudeville et Sofer, 2020 ; Carriero, 2021).

L'objectif général de la thèse est d'analyser la division du travail domestique dans les couples hétérosexuels à double revenu, en accordant une attention particulière aux facteurs, processus et dynamiques qui la conditionnent. Pour ce faire, la technique de l'entretien semi-structuré a été utilisée afin de produire et de collecter des informations auprès des deux membres du couple séparément.

Les résultats principaux incluent l'influence des processus de socialisation sur l'expérience des personnes en matière de travail domestique ; l'hétérogénéité des profils masculins et féminins qui expliquent les différentes attitudes et degrés d'implication domestique dans la relation de couple ; et, enfin, comment les diverses dynamiques de prise de décision et de conflit peuvent soit faciliter le développement d'une répartition plus égalitaire du travail domestique, soit, au contraire, favoriser des répartitions inégales.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. ¿Por qué estudiar el trabajo doméstico?

Parte del interés en investigar sobre el trabajo doméstico se debe a que la gran mayoría de las personas han tenido que hacer esta actividad en algún momento de sus vidas. La familiaridad con la temática tiene la ventaja de despertar la curiosidad de los no expertos. Al fin y al cabo, que otros hablen sobre experiencias que nos resultan conocidas nos transporta a una realidad familiar porque poseemos conocimiento de primera mano. Sin embargo, más allá de la cotidianidad de esta tarea, en las últimas décadas el trabajo doméstico ha sido uno de los temas que mayor atención ha suscitado en la comunidad científica debido a que las mujeres continúan siendo las principales responsables de este tipo de labor (Kan et al., 2022). La persistencia de la brecha ha puesto de manifiesto la contradicción de las sociedades democráticas que dicen promover y creer en la igualdad, pero en la práctica siguen reproduciendo formas desiguales de reparto (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010; González y Jurado, 2015).

Este interés creciente por el trabajo doméstico surgió con las aportaciones epistemológicas del feminismo de comienzos y mediados del siglo XX interesado en analizar las condiciones culturales y materiales que facilitaban el desarrollo de relaciones igualitarias. En efecto, esta corriente teórica señaló que las relaciones sociales entre las mujeres y los varones no estaban dadas por la naturaleza biológica, sino que eran un producto cultural de la época (Varela, 2019).

Hasta entonces el discurso dominante estaba focalizado en elaborar argumentos que justificaran por qué las mujeres debían de ocuparse de las tareas del hogar y los varones ser los principales sustentadores económicos (Donzelot, 2008; Duby y Perrot, 2018; Garibo, 2022). Sin embargo, a raíz de este giro se logró situar en el centro del debate el análisis de la división sexual del trabajo doméstico y los perjuicios sociales y económicos que experimentan las mujeres a causa de ello (Torns, Recio y Durán, 2013; Ruggles, 2015).

En relación con esto, los primeros estudios que ofrecieron una explicación sobre el fenómeno se fechan entre los años 40 y 60 del siglo XX (De Beauvoir, 1949; Blood y Wolfe, 1960; Friedan, 1963). Si bien, algunas de estas investigaciones examinaron de forma tangencial la cuestión del trabajo doméstico, lo cierto es que constituyeron los primeros esfuerzos por desnaturalizar las relaciones sociales entre las mujeres y los varones. Desde entonces la comunidad científica no ha dejado de examinar el tema

utilizando distintos enfoques y metodologías para medir, describir e interpretar la información recopilada (Fenstermaker, 1985; Durán, 1987; Meil, 1997; Sullivan, 2004; Amigot et al., 2015; Martín-García y Solera, 2023).

Partir de la premisa de que la división sexual del trabajo doméstico es producto de una construcción cultural conlleva investigar las creencias, los valores y las actitudes, socialmente transmitidas que influyen en las experiencias que las mujeres y los hombres tienen con este tipo de actividad. En este sentido, la forma de organizar las tareas del hogar se ha convertido en una especie de laboratorio social desde el cual examinar las dinámicas de reparto, los mecanismos y los factores que facilitan la neutralización de los efectos negativos que la brecha ocasiona principalmente en las mujeres (Domínguez-Folgueras, 2012; Ajenjo y García, 2019; Botía-Morillas, 2019; Lázaro et al., 2022).

1.2. ¿Por qué estudiar la división sexual del trabajo doméstico en la relación de pareja?

La desigualdad en el reparto de las tareas domésticas está teniendo un impacto negativo en las mujeres a nivel social y económico a causa de la falta de reconocimiento social y la ausencia de remuneración económica de estas actividades. La situación requiere de explicaciones que identifiquen las dinámicas y procesos que mantienen la desigualdad, así como de aquellos que logran modificarla. Concretamente, el análisis del reparto doméstico en la relación de pareja es fundamental debido a que en este tipo de vínculos las desigualdades tienden a incrementarse.

En efecto, como observan Julià y Escapa (2021) la convivencia con la pareja incrementa significativamente el tiempo que las mujeres dedican a las tareas del hogar. En concreto, las mujeres que conviven en pareja dedican casi diez horas más al trabajo doméstico que las mujeres que no conviven con la pareja. En cambio, los varones que conviven en pareja solamente dedican tres horas más a las tareas domésticas que los varones que no conviven en pareja (Julià y Escapa, 2021).

El impacto negativo de la desigualdad en el reparto conlleva una triple brecha de género que es necesario suprimir para favorecer el desarrollo de relaciones igualitarias. Esta triple brecha hace referencia a tres aspectos de la vida social:

- 1) Brecha económica: está demostrado que el trabajo doméstico tiene un impacto positivo sobre el PIB (Moltó y Uriel, 2007). Sin embargo, el tiempo dedicado a

las tareas del hogar no repercute económicamente en la persona que lo realiza, siendo éste esencial para el funcionamiento de cualquier familia y sociedad (Coltrane, 2000). De forma que si las mujeres dedican más tiempo que los varones a trabajos no remunerados su nivel de ingresos tiene más probabilidades de ser menor (Díaz y Simó-Noguera, 2016).

- 2) Brecha de ocio: la doble presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y en el hogar ocasiona que en términos generales dispongan de menos tiempo libre que los hombres (Closingap, 2023). El hecho de disponer de menos tiempo libre las expone a tener más probabilidades de sufrir sobrecarga de roles que está correlacionado con problemas de salud como la depresión (Molarius y Metsini, 2021) y con mayores posibilidades de sufrir bajas laborales (Staland-Nyman et al., 2021).
- 3) Brecha de estatus: en la medida en que el tiempo es limitado, si las mujeres dedican más horas que los varones al trabajo doméstico tienen menos probabilidades de ocupar puestos de mayor prestigio. Si cabe, esto se hace aún más evidente cuando las mujeres salen del mercado laboral o reducen su jornada para cuidar de los hijos (Goldin, 2023).

Por otra parte, el estudio del trabajo doméstico en la relación de pareja no solo nos informa sobre las desigualdades que experimentan las mujeres, sino también sobre las propias dinámicas de interacción de las parejas. Es decir, la forma en que toman las decisiones sobre el reparto, el tipo de conflictos que se producen y las soluciones que las parejas dan a estos conflictos, son dimensiones que apuntan al análisis sobre cómo las parejas gestionan la relación (Kaufmann, 2007; Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello y Becerril-Ruiz, 2024).

De hecho, la forma en que las parejas gestionan el reparto doméstico nos muestra cómo hacen y deshacen los consensos y cómo resuelven los desacuerdos. Aspectos que no son baladí a la hora de comprender los cimientos que sostienen una relación sentimental. De forma que el análisis de la relación de pareja en el contexto del trabajo doméstico también es fundamental para comprender parte de su funcionamiento (Kaufmann, 1992).

Ahora bien, en la medida en que la interacción entre varones y mujeres se ve influenciada por relaciones de género, la toma de decisiones y la gestión de los conflictos estarán, a su

vez, condicionadas por este aspecto de la realidad social (Wiesmann et al., 2008; Hochschild, y Machung, 2012). Es por ello por lo que la teoría de las relaciones de género es fundamental para comprender y explicar tanto la división sexual del trabajo doméstico como las dinámicas de pareja que surgen alrededor de este fenómeno.

1.3. El valor de la teoría de las relaciones de género

La importancia de la teoría de las relaciones de género radica en su interés por comprender cómo las sociedades desarrollan modelos culturales conformados por normas, valores y creencias que tienden a producir diferencias o similitudes en las experiencias que los varones y las mujeres tienen con el trabajo doméstico, condicionando así el grado de implicación que cada parte dedica a esta actividad (Couprie, Cudeville y Sofer, 2020; Carriero, 2021; Tobío, Alcañiz y Martín, 2021).

De modo que las parejas que presentan fuertes desigualdades en el reparto se ven inmersas en procesos de *doing gender*, es decir de construcción de diferencias que tienden a reproducir relaciones de género asimétricas (West y Zimmerman, 1987; Thompson, 1991). Mientras que las parejas con un reparto más equitativo se caracterizan por procesos de *undoing gender*. Esto es, de construcción de similitudes que tienden a reproducir relaciones de género corresponsables con el trabajo doméstico (Deutsch, 2007).

Este modelo teórico facilita la descripción y explicación de las diversas formas de división del trabajo doméstico, así como de las dinámicas que se generan en la toma de decisiones y en la gestión de los conflictos. Por esta razón, la presente investigación fundamenta el análisis de sus resultados desde este marco interpretativo con el objeto de conocer los procesos y factores que originan el desarrollo de relaciones de género asimétricas y corresponsables. Al fin y al cabo, una de las principales tareas de la Sociología es examinar los condicionantes que facilitan la consolidación de sociedades donde las mujeres y los varones tengan los mismos derechos y deberes.

1.4. Planteamiento y estructura de la investigación

La tesis doctoral tiene como objetivo general analizar la división del trabajo doméstico en parejas heterosexuales de doble ingreso atendiendo a los factores, procesos y dinámicas que la condicionan. Para ello se ha diseñado una investigación de corte cualitativo con entrevistas semiestructuradas a ambos miembros de la pareja por separado. Asimismo, se ha seguido una estrategia analítica basada en el método

comparativo constante (Verd y Lozares, 2016) complementado con un enfoque de carácter abductivo (Conde, 2009; Tracy, 2018).

El método comparativo constante hace referencia a un proceso de análisis basado en la revisión, comparación y agrupación de la información con el objetivo de reconstruir perfiles o procesos específicos que den cuenta de la realidad social de una forma más minuciosa (Verd y Lozares, 2016). Por otro lado, el enfoque abductivo se refiere al diálogo entre el marco teórico de referencia y la información empírica (Conde, 2009). En este caso, el marco teórico está relacionado con la teoría de las relaciones de género a través de la cual se examinará la experiencia que las mujeres y los varones han tenido con las tareas del hogar desde su adolescencia hasta la convivencia con la pareja y la llegada de los hijos e hijas a la familia.

En concreto, la presente investigación reconstruye las distintas trayectorias de socialización con el trabajo doméstico, prestando especial atención a los agentes sociales que participan en el proceso y a las diferencias y similitudes que se pueden observar entre ambos sexos. Asimismo, se construirá una tipología masculina y femenina según la actitud y el grado de implicación doméstica de los varones y las mujeres que conviven en pareja. Esta tipología integrará una variedad significativa de perfiles mostrando las diferentes formas de participar en las tareas del hogar y las múltiples capas de desigualdad en el reparto. Por último, esta tesis doctoral examina la toma de decisiones y los conflictos que se producen por la organización del trabajo doméstico y la influencia que estos tienen sobre el reparto y la convivencia.

En cuanto a la hipótesis principal de este estudio, se fundamenta en la idea de que las sociedades construyen modelos culturales a través de los cuales las personas interpretan la realidad social. La estructura de estos modelos está cimentada en base a la producción, más o menos acentuada, de diferencias o similitudes de género que condicionan la experiencia de las mujeres y los varones con el trabajo doméstico. De modo que, al examinar la forma de hablar y de expresarse de las personas podremos conocer el estado de las relaciones de género en un determinado momento histórico y sus posibilidades de desarrollo (Lamas, 2015).

La tesis doctoral pretende integrarse dentro del amplio e importante campo de investigaciones dedicado a analizar la división sexual del trabajo doméstico (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010) y, más concretamente, en los estudios interesados en conocer

los procesos y las dinámicas que condicionan el grado de implicación doméstica a lo largo del curso vital de los individuos (Thompson, 1991; Sullivan, Gershuny y Robinson, 2018; Schulz, 2021).

En especial, este estudio busca realizar una nueva aportación en dos aspectos. En primer lugar, destacando la utilidad del concepto de trayectoria de socialización que apunta a la reconstrucción de los procesos y los agentes sociales que contribuyen a moldear la experiencia que las personas tienen con las tareas del hogar. Cabe destacar cómo la comprensión de estos procesos ha ido adquiriendo cada vez más importancia. Sin embargo, el cuerpo de investigaciones que analizan el tema sigue siendo reducido, más aún si se tratan de procesos de socialización que contemplan largos periodos de la vida de las personas (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010).

En segundo lugar, la tesis doctoral propone una nueva tipología de perfiles masculinos y femeninos que contempla el trabajo doméstico en su doble dimensión física y mental. Existen diversas tipologías elaboradas a partir del análisis de la pareja en su conjunto (Hochschild, y Machung, 2012; Amigot et al., 2015) o teniendo en cuenta el grado de implicación de uno de sus miembros (generalmente el varón) (Penha-Lopes, 2006; Julià y Escapa, 2021). No obstante, son tipologías que solamente contemplan el aspecto físico dejando en un segundo plano la dimensión mental. Ahora bien, si queremos comprender de un modo más completo lo que supone una actividad como el trabajo doméstico y las múltiples capas de desigualdad que origina su división es indispensable incluir el aspecto cognitivo como parte del análisis (Reich-Stiebert et al., 2023).

Por otro lado, en lo que respecta a la estructura de la tesis doctoral se ha dividido en cinco apartados. El primero de ellos está dedicado a presentar el marco de referencia en tres subapartados: uno dedicado a la contextualización empírica, otro para la contextualización teórica y un tercero para la elaboración de los conceptos. En la contextualización empírica se realiza un estado de la cuestión sobre la división sexual del trabajo doméstico a nivel internacional y a nivel nacional para el caso español. La contextualización teórica contiene una justificación sobre la utilización de la teoría de las relaciones de género al tiempo que explica los motivos para dejar en un segundo plano las otras teorías competidoras. Además, se hace un recorrido sobre las soluciones propuestas para reducir las desigualdades económicas y sociales que experimentan las mujeres a causa de su rol como principales responsables de las tareas del hogar. Por último, la elaboración conceptual explica los conceptos de trayectoria de socialización y

perfil doméstico y elabora una explicación sobre la utilidad de analizar las dimensiones relacionadas con la toma de decisiones y los conflictos por el reparto doméstico.

El siguiente apartado está enfocado en los objetivos de la investigación donde se incluyen los objetivos específicos y las limitaciones de otros estudios que este trabajo busca superar. A continuación, se describen los pasos metodológicos seguidos para la elaboración de esta investigación. Este apartado comprende una explicación del enfoque cualitativo, del diseño de la investigación y del trabajo de campo. Así como una justificación del uso de la técnica de la entrevista semiestructurada, el diseño del guion y el procedimiento analítico que se llevó a cabo.

El apartado de resultados está compuesto por cuatro secciones donde se analiza la información obtenida a través de las entrevistas. El primer subapartado reconstruye la socialización con el trabajo doméstico desde la adolescencia hasta que las personas entrevistadas comienzan a convivir con sus respectivas parejas. El segundo y tercer subapartado continúan con la socialización en el contexto de la relación de pareja y cómo esta puede afectar a la distribución del trabajo doméstico. Asimismo, se expone la tipología de perfiles masculinos y femeninos y sus principales características. El cuarto y último subapartado analiza la toma de decisiones y los conflictos, prestando especial atención a la forma que adoptan y las consecuencias que tienen para el reparto y la convivencia en pareja.

El apartado de conclusiones resume los hallazgos de los resultados y su relación con el cuerpo de investigaciones publicadas. También se mencionan las principales contribuciones teóricas y empíricas, las limitaciones de la investigación y las direcciones de futuros trabajos.

Finalmente, es importante resaltar que la estructura de la tesis, en especial el apartado de resultados, se fundamenta en artículos o capítulos de libro que o bien ya han sido publicados o están en proceso de evaluación. En lo que respecta a las publicaciones destaca un capítulo de libro titulado “Las discrepancias en el trabajo doméstico por los niveles de exigencia: efectos en la convivencia y en el reparto igualitario” publicado en el libro *Amores, desamores y rupturas* en la editorial *Tirant Humanidades*. En cuanto a los artículos cabe mencionar “¿Se habla o no se habla? La toma de decisiones en el reparto del trabajo doméstico” publicado en la revista *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias*

Sociales. Y “Trayectorias de socialización masculina con el trabajo doméstico” publicado en la revista *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*.

2. MARCO DE REFERENCIA

2.1. Introducción

Para examinar con un enfoque cualitativo la distribución del trabajo doméstico en parejas heterosexuales de doble ingreso, se ha diseñado un marco de referencia que consta de tres partes y que sirve para captar los aspectos fundamentales del análisis. En primer lugar, en la contextualización empírica se define el concepto de trabajo doméstico identificando sus características y delimitando el objeto de estudio. Asimismo, en este apartado se describe la situación a nivel internacional y para el caso español.

En segundo lugar, la contextualización teórica justifica la aplicación de la teoría de las relaciones de género como marco de interpretación. También se muestra aquí las soluciones que los movimientos feministas y los grupos académicos han propuesto para cambiar la persistente desigualdad en el reparto doméstico. Además, se abordan las principales características de las denominadas relaciones de género asimétricas y relaciones de género corresponsables.

Finalmente, la tercera sección desarrolla los conceptos y las dimensiones esenciales para el análisis cualitativo dentro del marco teórico de las relaciones de género. En primer lugar, se presentará el concepto de trayectoria de socialización con el que examinar cómo los diferentes agentes sociales influyen en la experiencia que las personas tienen con el trabajo doméstico a lo largo de su curso vital. Por otra parte, se presenta el concepto de perfil doméstico y la relevancia que ha tenido en los estudios dedicados a la construcción de tipologías. Por último, se definen las dimensiones relacionadas con la toma de decisiones y los conflictos explicando su impacto en el reparto y en las dinámicas de convivencia de las parejas.

2.2. Contextualización empírica

2.2.1. Definiendo el concepto de trabajo doméstico

Para comprender a qué hace referencia el concepto de trabajo doméstico es preciso ofrecer una definición que lo limite a ciertos aspectos de la realidad social. En primer lugar, hay que destacar que esta actividad está compuesta por una dimensión física y una dimensión mental. La dimensión física alude a la ejecución de las tareas, clasificándose éstas en tareas rutinarias y tareas espontáneas u ocasionales. Las tareas rutinarias están relacionadas con limpiar las habitaciones, hacer la colada, planchar, lavar la ropa, preparar la comida, etc. Es decir, las tareas que se realizan diariamente o de manera frecuente

constituyen el conjunto de las tareas rutinarias. Mientras que las pequeñas reparaciones del hogar, el cuidado del jardín o la revisión de las facturas engloban las tareas de carácter más espontáneo. Esto es, trabajos que se hacen de manera poco habitual (Domínguez-Folgueras, 2012).

Por otro lado, la dimensión mental del trabajo doméstico abarca todas las tareas relacionadas con la planificación. Además de recordar cuándo realizar las tareas, el trabajo mental también implica entender las necesidades del hogar, conocer la mejor forma de hacer el trabajo e identificar los momentos más adecuados para llevarlo a cabo. Es decir, planificar conlleva conocer las dinámicas del hogar y el cálculo entre lo que una tarea requiere y los recursos disponibles (Reich-Stiebert et al., 2023).

Además de esto, la planificación supone que las personas hagan uso de una parte de su espacio psíquico. Esto comporta un conjunto de esfuerzos cognitivos que incluyen el procesamiento de la información y la toma de decisiones con la que lograr un trabajo efectivo. Sin embargo, un uso excesivo de este espacio psíquico conduce a experimentar fuertes sobrecargas mentales. A este respecto, como señalan Ciciolla y Luthar (2019) la baja participación de los varones en el trabajo cognitivo tiene como consecuencia que muchas mujeres sufran sobrecarga mental, aceleración y estrés.

En resumen, el trabajo doméstico tiene una dimensión física relacionada con el hacer y una dimensión mental referida a la organización del propio trabajo. Esta doble dimensión revela el valor de comprender las tareas del hogar de un modo más completo, pese a que las encuestas sobre el uso del tiempo solamente recogen la parte física de este tipo de actividad. En definitiva, se podría decir que el concepto de trabajo doméstico hace referencia tanto a la planificación como a la ejecución de las tareas del hogar rutinarias y ocasionales.

Por lo demás, la propia conceptualización del trabajo doméstico en tanto que trabajo destaca el esfuerzo que supone este tipo de tareas históricamente devaluadas. No fue hasta la última mitad del siglo XX cuando se conquistó la idea de que el trabajo doméstico es similar a cualquier otro tipo de trabajo pese a no estar remunerado. Este cambio de sentido generó que las tareas del hogar dejaran de ser consideradas como parte del rol de la mujer en el matrimonio y fuesen percibidas como actividades que consumen energía y que resultan indispensables para el funcionamiento de cualquier tipo de sociedad y economía (Oakley, 1974; Durán, 1986).

2.2.2. Estado de la cuestión a nivel internacional

Tras la definición de trabajo doméstico se presenta el estado de su división a nivel internacional con la intención de conocer la evolución que ha experimentado en las últimas décadas. Posteriormente se tratará su división en el caso español.

Los estudios que examinan largos periodos de tiempo a nivel internacional destacan que las mujeres continúan siendo las principales responsables de realizar la mayor parte del trabajo doméstico. Aunque parece que se está produciendo una lenta convergencia hacia la igualdad, hay un debate sobre si esta convergencia representa un aumento de la igualdad en el reparto o, por el contrario, una revolución estancada (Hook, 2006; Grunow, 2019; Kan, Sullivan y Gershuny, 2011; Kan et al., 2022). Quienes defienden que nos encontramos en un momento donde la igualdad de género está en alza señalan el número creciente de mujeres y hombres con idénticas responsabilidades tanto en el entorno profesional como en el ámbito doméstico (Sullivan, Gershuny y Robinson, 2018). En cambio, quienes argumentan a favor de una interpretación en términos de revolución estancada resaltan: 1) la persistencia de creencias y valores tradicionales donde la mujer es considerada la principal responsable del hogar (Hochschild y Machung, 2012); 2) las dificultades que experimentan las mujeres cuando quieren ingresar en el mercado laboral (England, 2010).

En todo caso, es evidente que si tomamos como punto de referencia la década de los años 60 del siglo XX podemos observar una disminución del tiempo que las mujeres dedican al trabajo doméstico y, en menor medida, un aumento del tiempo que los varones invierten en estas tareas (Grunow, 2019). En relación con esto, destaca el estudio de Kan, Sullivan y Gershuny (2011) en el que obtienen información de 16 países utilizando la encuesta *Multinational Time Use Study* (MTUS). Según el estudio, en 1960 las mujeres del Reino Unido y de Francia dedicaban al trabajo doméstico 360 y 425 minutos diarios respectivamente. En cambio, durante la década de 1990 este tiempo disminuyó hasta los 274 minutos en el caso de Reino Unido y a 302 minutos en el caso francés. Por contra, en el transcurso de este tiempo, los varones solamente incrementaron su participación entre 20 y 40 minutos diarios. Por ejemplo, en la década de los 60 los hombres canadienses dedicaban al trabajo doméstico unos 28 minutos diarios. Mientras que en la década de los 90 esta cifra solo se incrementó a 47 minutos.

Siguiendo con este estudio, entre los años 2000 y 2004 el tiempo que las mujeres de distintos países dedicaban al trabajo doméstico se encontraba entre los 272 minutos de Estados Unidos y los 341 minutos de Italia. En cambio, el tiempo de los varones oscilaba entre los 97 minutos de Italia y los 173 minutos diarios de los noruegos. En otras palabras, para comienzos de siglo las mujeres dedicaban diariamente entre 99 y 244 minutos más que los hombres a los quehaceres domésticos. De forma que los cambios que se han producido en la división del trabajo doméstico se deben en mayor medida a la disminución del tiempo que las mujeres dedican a estas actividades (Kan, Sullivan y Gershuny, 2011; Moreno-Colom, Ajenjo y Borràs 2018).

Utilizando la encuesta *Family and Changing Roles IV*, Julia y Escapa (2021) llevaron a cabo un estudio que analizaba el tiempo que varones y mujeres dedicaban al trabajo doméstico en 2012. La encuesta ofrecía información de 40 países de los cuales seleccionaron 23 porque pertenecían a Europa. En base a esto, el estudio construye una tipología de los distintos países según el modelo de Estado de Bienestar, diferenciando entre Estados socialdemócratas, liberales y conservadores o “familistas”. El Estado socialdemócrata se caracteriza por aplicar políticas dirigidas a reducir las brechas de género, sobre todo dentro del mercado laboral. A diferencia del Estado liberal definido por no aplicar políticas que favorezcan la igualdad de género. En cambio, el Estado conservador o “familista” es definido por la baja cobertura que proporcionan sus políticas de igualdad. Dentro de este último modelo se encontrarían los países del sur de Europa, entre ellos España (Julia y Escapa, 2021). Los resultados de la investigación señalan que las mujeres son las principales encargadas de las tareas del hogar, especialmente en países con un Estado de bienestar conservador donde la brecha está más acentuada. Además, es reseñable que España tiene la segunda brecha más alta, solo por detrás de Lituania (Julia y Escapa, 2021).

En líneas generales, se puede afirmar que la desigualdad en la distribución del trabajo doméstico ha disminuido de manera gradual y lenta. Sin embargo, no es tan evidente que esto signifique que nos encontramos en un proceso de convergencia de género. Al mismo tiempo, la desigualdad no se ha reducido de la misma forma en todos los países. En España, concretamente, la diferencia sigue siendo de las más altas a nivel europeo. La magnitud de la brecha convierte a este país en un ejemplo particularmente importante donde analizar las dinámicas y los procesos que reproducen la desigualdad en el reparto.

En el siguiente apartado se examinarán las características del caso español con la intención de esclarecer los factores que han condicionado su situación actual.

2.2.3. La división sexual del trabajo doméstico en España

En España, la distribución del trabajo doméstico ha estado condicionada por el hecho de que los cambios a nivel cultural y político han sido más tardíos en comparación con el resto de los países europeos. A pesar de que los cambios empiezan a aparecer en la década de 1960, no es hasta los 80, con la consolidación del régimen democrático, cuando presenciamos un declive del modelo de familia tradicional (Alberdi, 1999). A partir de esta época, y de forma progresiva, el modelo de familia basado en el varón como único sustentador y la mujer como ama de casa comienza a perder legitimidad social al tiempo que las parejas de doble ingreso se extienden por todas las capas de la sociedad (Iglesias y Meil, 2001).

Un vistazo a la evolución de las creencias de la población española en materia de roles de género muestra este tardío y lento cambio a nivel cultural. Según de Pablo (1976, citado en Alberdi, 1999) en 1975 un 81% de los hombres y un 83% de las mujeres pensaban que las tareas del hogar correspondían a la mujer y solo en caso de enfermedad los maridos deberían de encargarse de estas. Diez años más tarde, hubo una notable disminución en estas cifras y un 46% de las personas entrevistadas indicaban que las actividades del hogar debían de recaer en las mujeres (Inner, 1998). Más recientemente, en la encuesta de Familia y Género de 2012 (CIS n.º 2942) solamente un 21,8% de los hombres y un 15,4% de las mujeres pensaban que el deber de los hombres era ganar dinero y el deber de las mujeres cuidar de su casa y su familia (Julià y Escapa, 2021).

Si atendemos a la evolución del mercado laboral podemos observar que en 1970 las mujeres activas solamente constituían el 14%. En 1994 la cifra se incrementa hasta el 37%, aunque en Europa la participación de las mujeres en el mercado laboral se elevaba hasta el 44% (Alberdi, 1999). Sin embargo, a pesar de que las cifras en España eran inferiores a la media europea, lo cierto es que se estaba constatando un cambio en el significado que las mujeres daban al trabajo remunerado. Según Tobío (2019) en la década de los 90 las mujeres empezaron a definir su incorporación al mercado laboral en términos de responsabilidad económica, autonomía y satisfacción con la vida. Al mismo tiempo que la figura de ama de casa era desvalorizada como parte de un modelo tradicional que comenzaba a ser rechazado.

Dando un salto a un pasado más reciente, en 2022 el informe estatal sobre la situación de las mujeres en el mercado laboral publicó que la tasa de ocupación femenina aumentó a 60,5% y su tasa de actividad alcanzó el 71,1%. En cuanto a las parejas, García (2013) señaló un incremento significativo del número de parejas de doble ingreso. Si en 1991 solo el 23,2% de las parejas tenían dos ingresos, en 2011 esta cifra subió al 45,8%. Se puede decir que la entrada masiva de las mujeres al mercado de trabajo provocó un cambio sustancial en la estructura laboral y en el tiempo que dedicaban a las tareas del hogar. De forma progresiva, España entraba en las dinámicas habituales de las sociedades postindustriales (Bianchi, 2011).

No obstante, de forma similar a otros países europeos, las mujeres en España continúan siendo las principales encargadas del trabajo doméstico. En este sentido, utilizando la Encuesta del Tiempo del Instituto Nacional de Estadística, Ajenjo y García (2014) observaron que en 2002-2003 las mujeres dedicaban a las tareas domésticas rutinarias 4 horas y 11 minutos de media al día y 1 hora y 6 minutos a las tareas no rutinarias. En conjunto, las mujeres dedicaban 5 horas y 17 minutos. En cambio, en 2009-2010 el tiempo que dedicaban a estas labores descendió hasta las 3 horas y 29 minutos para el caso de las tareas rutinarias y aumentó a 1 hora y 7 minutos para el caso de las tareas no rutinarias. Siendo el total 4 horas y 36 minutos el tiempo que diariamente dedicaban al trabajo doméstico. Es decir, que en menos de una década las mujeres invierten 41 minutos menos en este tipo de actividades.

Por el contrario, la participación de los varones no ha aumentado tanto como se esperaba teniendo en cuenta la incorporación masiva de las mujeres al mundo profesional. En 2002-2003 los varones dedicaban al día 1 hora y 11 minutos al trabajo doméstico rutinario y 1 hora y 4 minutos al trabajo doméstico no rutinario. En conjunto, los hombres participaban 2 horas y 15 minutos. En 2009-2010 el tiempo que invertían en el trabajo doméstico rutinario aumentó a 1 hora y 25 minutos y a 1 hora y 7 minutos en el caso de las tareas no rutinarias, sumando en total 2 horas y 32 minutos. En otras palabras, el aumento fue tan solo de 17 minutos.

Si nos centramos en las parejas de doble ingreso, la dinámica de desigualdad en el reparto también sigue estando muy presente en la medida en que las mujeres dedican 3 horas y 8 minutos a las tareas del hogar por 1 hora y 28 minutos de los hombres (Moreno-Colom, Ajenjo y Borràs, 2018). Es más, incluso en las parejas donde las mujeres son las únicas sustentadoras económicas éstas continúan dedicando más tiempo que los varones al

trabajo doméstico, concretamente 13 minutos al día más que ellos (García, 2020). Ya desde la década de 1980 autoras como Durán (1986) subrayaban que si los cambios no se producían al mismo nivel en las dos esferas el desarrollo personal y profesional de las mujeres se vería gravemente comprometido.

La comparación con la situación de otros países permite visualizar mejor la magnitud de esta desigualdad. Siguiendo la investigación de Julià y Escapa (2021) se pueden observar las diferencias entre un país como España, con un Estado de bienestar conservador, y Suecia como representante del modelo de Estado socialdemócrata. Mientras que en el primer caso la diferencia media de la brecha varón-mujer es de aproximadamente 15 horas semanales, en Suecia la diferencia es de poco más de 4 horas.

No obstante, pese a que la desigualdad está muy marcada, se viene observando la emergencia de un nuevo perfil de varón con actitudes corresponsables y con una alta implicación. Lo cual podría ser indicativo de un cambio notable en el papel que tradicionalmente los hombres han desempeñado en el hogar (Bjørnholt, 2011; Botía-Morillas, 2019). Más adelante se analizará la emergencia de este nuevo perfil y su vinculación con ideales corresponsables que progresivamente están constituyendo un nuevo marco normativo.

En resumen, la doble presencia de la mujer en el mercado laboral y en el hogar destaca la importancia de examinar la construcción de las relaciones de género con la finalidad de constituir una sociedad donde varones y mujeres dispongan del mismo tiempo de descanso y las mismas oportunidades laborales (Murillo, 2006; García, 2023).

2.3. Contextualización teórica

2.3.1. La teoría de las relaciones de género

Según diversos especialistas (Sullivan, 2006; Coltrane, 2010; Lachance-Grzela y Bouchard, 2010; Bereni, et al., 2020) la teoría de las relaciones de género ha desarrollado el cuerpo de ideas y premisas con mayor capacidad para explicar la persistente división sexual del trabajo doméstico. En base a estos hallazgos, la presente investigación se apoyará en esta teoría para construir un marco de referencia que permita interpretar los resultados. No obstante, antes de exponer sus principales contribuciones, se explicarán las razones por las cuales la teoría de los recursos relativos y la teoría del tiempo

disponible, consideradas como teorías alternativas, han sido relegadas a un segundo plano.

En primer lugar, la teoría de los recursos relativos plantea que los quehaceres domésticos son percibidos como desagradables e incómodos por ambas partes de la pareja quienes intentarán negociar para determinar cómo repartir las responsabilidades. Durante esta negociación, hipotéticamente, ambos utilizarán los recursos que aportan a la relación (nivel de ingresos, nivel educativo, estatus profesional) con la finalidad de dedicar el menor tiempo posible al trabajo doméstico. De forma que la persona que contribuya con más recursos será la que menos tiempo dedique a las tareas del hogar porque de ese tiempo se extrae o potencialmente se podría extraer un nivel de ingresos más elevado. En otras palabras, detrás de cada división del trabajo doméstico habría un cálculo sobre el impacto económico que tendría para la pareja o la familia el tiempo dedicado a esta actividad no remunerada (Becker, 1985; Knudsen y Wærness 2008).

La dificultad de poner en práctica esta teoría radica en asumir que el trabajo doméstico es percibido como una tarea desagradable que las personas tratan de eludir. En vez de ser sometida a prueba, esta idea es considerada como el punto de partida de la teoría. Sin embargo, no existen evidencias que confirmen esta afirmación. En segundo lugar, la teoría de los recursos relativos cree que las personas negocian el reparto de responsabilidades calculando la maximización de los beneficios económicos. Es decir, la teoría supone que las parejas interactúan y piensan desde la racionalidad económica, pero tampoco lo demuestra (Miedes y Flores, 2013; Bourdieu, 2017). Además, también cree que las parejas negocian el reparto cuando en realidad una buena parte de ellas no hablan sobre este tema (Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello y Becerril-Ruiz, 2024).

En cualquier caso, esta teoría no logra explicar por qué las mujeres que obtienen más ingresos económicos que sus parejas continúan dedicando más tiempo que ellos al trabajo doméstico (Lyonette y Crompton, 2015; Syrda, 2023). Este hecho empírico demuestra que el reparto doméstico no está determinado por una hipotética negociación donde la persona que aporta más recursos realiza menos trabajo doméstico por estar mejor posicionada en el mercado laboral. Sino que la distribución de las tareas está mediada por modelos culturales que delimitan el comportamiento de los individuos. Si la teoría de los recursos relativos estuviera en lo cierto las mujeres que ganan más dinero que sus parejas harían significativamente menos tareas que éstas.

En segundo lugar, la teoría del tiempo disponible plantea que la cantidad de tiempo que las parejas dedican al trabajo doméstico varía dependiendo de la disponibilidad de cada parte. Si uno de los miembros de la pareja dispone de más tiempo su contribución a las tareas del hogar será mayor, mientras que la parte que cuenta con menos tiempo tendrá un compromiso menor con estas actividades (Gershuny y Sullivan, 2003; Aassve, Fuochi y Mencarini, 2014). Al igual que la teoría anterior, esta teoría también considera que el reparto doméstico se hace en base a un cálculo, en este caso de tiempo, a través del cual las parejas alcanzan un consenso en el que ambos se reconocen porque previamente lo han negociado de forma racional. Es decir, la teoría ofrece una imagen idealizada de la relación pareja en la que supuestamente cada uno cumpliría con la parte que le corresponde del acuerdo, sin tener en cuenta el impacto de la socialización en la negociación y en las actitudes hacia el trabajo doméstico (Jurado-Serrano y Becerril-Ruiz, 2024). Además, esta teoría tampoco puede explicar los hallazgos de García (2020) que muestra que en las parejas españolas donde la mujer está empleada y el varón desempleado, las mujeres continúan siendo las principales encargadas del trabajo doméstico.

A pesar de las limitaciones de estas teorías, es fundamental resaltar sus valiosas aportaciones al desvelar una serie de factores que influyen en la división del trabajo doméstico. En efecto, es importante distinguir entre los argumentos y premisas que sustentan a ambas teorías y, por otra parte, los hallazgos que han conseguido. Lo que aquí se discute es la aplicación y validez de las teorías, no si el tiempo disponible o los recursos relativos son factores que influyen en la organización de los hogares. De hecho, hay numerosas investigaciones que respaldan esta última cuestión (Lothaller, Mikula y Schoebi, 2009; Menniti et al., 2015; Lázaro et al., 2022; Magda, Cukrowska-Torzewska y Palczyńska, 2024).

Después de detallar las razones sobre por qué estas teorías son secundarias para el análisis de los datos, se presenta la teoría de las relaciones de género con la finalidad de exponer sus premisas y fundamentos principales. De acuerdo con esta teoría, las sociedades desarrollan modelos culturales conformados por creencias, normas y valores inclinados a la producción de diferencias o similitudes entre varones y mujeres (Lamas, 2015; Duru-Bellat, 2017). Estos modelos culturales estructuran el sentido común influyendo en la percepción y en la participación de los hombres y las mujeres en las tareas del hogar (Cunningham, 2001; Couprie, Cudeville y Sofer, 2020; Carriero, 2021; Farré et al., 2021).

Examinar estos modelos y sus variantes proporciona información acerca de la estructura de las relaciones de género en un momento específico de la historia. La creación de modelos que generan diferencias de género suele conducir a desigualdades significativas entre los hombres y las mujeres de una misma sociedad, ya que estas diferencias están influenciadas por la jerarquización de actividades, espacios y funciones (Torns, Recio y Durán, 2013).

En tanto que estas desigualdades perjudiquen el desarrollo personal, económico y social de las mujeres decimos que una sociedad ha construido relaciones de género asimétricas sesgadas androcéntricamente. En el caso de la división sexual del trabajo doméstico, se puede afirmar que es una clara manifestación del carácter asimétrico de las relaciones de género: es un trabajo no remunerado, carece de influencia en la sociedad y tiene un escaso reconocimiento social, pese a ser una actividad imprescindible para cualquier familia o grupo social (Coltrane, 2000). El hecho de que las mujeres continúen siendo las principales responsables de este trabajo implica que ocupen una posición social más subordinada respecto de los varones a causa del menor reconocimiento que reciben las actividades de carácter reproductivo (Varela, 2019).

En la actualidad, la supervivencia de ideologías que fomentaban el desempeño altruista de las mujeres como amas de casa (Yalom, 2001; Cruz, 2014; Duby y Perrot, 2018; Hayden, 2023) siguen presentes de manera sutil y difuminada, a pesar de la incorporación masiva de las propias mujeres al mercado laboral. Sin embargo, la aparición de otros modelos más orientados hacia la igualdad ha conducido a la teoría de las relaciones de género a ampliar su mapa conceptual para explorar las complejidades de esta nueva realidad social. En este caso, la teoría analiza no solo los mecanismos que reproducen las asimetrías de género, sino también aquellos que favorecen la emergencia de relaciones de género corresponsables.

En primer lugar, el concepto de *doing gender* dedicado a examinar las actitudes, expectativas y creencias que perpetúan las asimetrías de género y, por ende, formas desiguales de reparto doméstico (West y Zimmerman, 1987; Thompson, 1991). En segundo lugar, el concepto *partially undoing gender* con el que analizar las prácticas que parcialmente deshacen las relaciones de género asimétricas y las circunstancias que lo facilitan (Botía-Morillas, 2019). En tercer lugar, el concepto *undoing gender* centrado en examinar la emergencia de relaciones de género simétricas que en la práctica reflejan divisiones del trabajo doméstico equitativas y actitudes corresponsables (Deutsch, 2007).

Este conjunto de conceptos ayuda a analizar las diferentes formas de las relaciones de género y los perjuicios que la desigualdad causa en la vida de las mujeres. En concreto, estos perjuicios les afectan en tres aspectos: 1) el salario; 2) el tiempo libre; 3) la salud mental. A continuación, se explicará cada una de estas dimensiones:

- 1) La mayor responsabilidad de las mujeres con las tareas del hogar a menudo las obliga a renunciar a empleos que les demandan mayores exigencias de tiempo, viendo reducidas sus probabilidades de ascenso. El hecho de que las mujeres dediquen más tiempo a las actividades no remuneradas contribuye a que exista una brecha de género a nivel salarial (Díaz y Simó-Noguera, 2016; Matteazzi y Scherer, 2021; Goldin, 2023).
- 2) Según un estudio realizado por Closingap (2023) las mujeres disponen cada día de 1 hora y 37 minutos de tiempo libre menos que los varones. Esto les ocasiona más problemas a la hora de lograr un equilibrio entre la vida intrapersonal e interpersonal. Equilibrio que resulta esencial para desarrollar una vida más plural y armoniosa entre el empleo, la familia y la vida personal (Burguet, 2014).
- 3) La doble jornada de trabajo (trabajo doméstico y empleo) aumenta las probabilidades que tienen las mujeres de sufrir sobrecarga de rol. Se ha observado que la sobrecarga de rol está correlacionada con problemas de salud como la depresión (Molarius y Metsini, 2021) y con mayores probabilidades de contraer bajas por enfermedad (Staland-Nyman et al., 2021).

A este respecto, con el objetivo de abordar el desafío de la desigualdad en el reparto doméstico, el movimiento feminista y los grupos de académicos propusieron dos soluciones desde diferentes perspectivas para fomentar el desarrollo de una sociedad más equitativa. El primer intento de resolver el problema se caracterizó por la reivindicación de un salario para el trabajo doméstico con el objetivo de que las mujeres lograran la independencia económica. En cambio, la segunda propuesta buscó modificar el modelo cultural de las relaciones de género promoviendo ideales de corresponsabilidad entre las mujeres y los hombres. El siguiente apartado se dedicará a exponer las principales características de ambas propuestas.

2.3.2. Dos soluciones para un mismo problema

Empezando por la primera solución, cabe destacar que tuvo su auge en dos momentos históricos distintos. El primero se remonta a las últimas décadas del siglo XIX y finaliza alrededor de 1930. Fue una iniciativa organizada por mujeres que demandaban reestructurar el espacio social para poder hacer el trabajo doméstico de forma colaborativa y recibir un salario por ello. El libro de Dolores Hayden (2023) recupera la historia de este movimiento que la propia autora denomina “feminismo materialista”. Este movimiento estuvo formado, entre otras, por Charlotte Perkins Gilman, Melusina Fay Peirce y Mary Livermore.

La lucha por conseguir que este trabajo fuese remunerado y realizado de forma colectiva se oponía frontalmente a la idea de que las tareas domésticas expresaban el amor que una mujer debía de sentir por su familia. Para el feminismo materialista, el carácter gratuito del trabajo doméstico estaba injustificado en la medida en que contribuía a la propia supervivencia de la especie, al bienestar de la familia y al desarrollo económico. Al mismo tiempo que su carácter gratuito mantenía a las mujeres en una situación de dependencia económica. Por ello, este feminismo intentó reemplazar la creencia en el sacrificio personal de las mujeres en favor de un cambio en la estructura económica (Hayden, 2023).

Por otra parte, el movimiento también trató de cambiar la soledad en la que muchas mujeres se encontraban al tener que trabajar dentro de los límites de la propiedad privada. En este sentido, la vida hogareña constituía un obstáculo que separaba física y socialmente a la población, y en especial a las mujeres que no tenían la posibilidad de practicar una sociabilidad amplia. El hecho de compartir el espacio de trabajo desafiaba la tendencial cada vez más extendida de una sociedad atomizada y confinada en los límites de la familia (Hayden, 2023).

En la década de los 70 del siglo XX, otro grupo de feministas también reivindicó un salario para el trabajo doméstico, aunque esta vez sin la intención de unir a las mujeres en un mismo espacio de trabajo. Lo cual evidenciaba un cambio sustancial de mentalidad respecto al anterior movimiento feminista: la vida en el hogar, característica de la sociedad burguesa (Cruz, 2014), había pasado a formar parte del sentido común de la sociedad.

Como impulsoras de este movimiento, Silvia Federici y Arlen Austin elaboraron en uno de sus libros una serie de razones a través de las cuales justificar y reivindicar un salario

para el trabajo doméstico (Federici y Austin, 2019). A continuación, de forma esquemática se recogen los puntos más destacables de esta propuesta:

- 1) El trabajo doméstico ha sido representado como un servicio personal que las mujeres ofrecen a la familia enmascarando el beneficio económico que el sistema capitalista obtiene gracias a la reproducción gratuita de la fuerza de trabajo.
- 2) El trabajo doméstico no remunerado supone que las mujeres dependan económicamente de los varones. La dependencia económica deriva en una falta de poder que favorece el desarrollo de actitudes serviciales.
- 3) La relación salarial es la base material para una vida emancipada, con poder de decisión y espacio para los intereses personales. Sin la posibilidad de un salario la vida de las mujeres depende de la voluntad de los grupos económicamente dominantes.
- 4) Reivindicar un salario para el trabajo doméstico es una estrategia que facilita el cambio de las relaciones de poder entre la clase obrera y los grupos dominantes. De modo que la lucha de clases se situaría entre los lugares de trabajo y los hogares.
- 5) El salario para el trabajo doméstico libera a las mujeres de emparejarse por necesidad, ofreciéndoles mayor autonomía para la planificación de proyectos personales o grupales que trascienden las relaciones familiares.

La demanda de un salario para el trabajo doméstico abría una vía para reducir las desigualdades que ocasionaba la división sexual de su reparto. Además de constituirse como parte de una estrategia de la lucha de clases. Aunque su impacto en la sociedad fue bastante reducido, no cabe duda de que sus ideas alimentaron la posibilidad de un cambio en las relaciones de poder a escala global y ayudó a difundir la idea de que el trabajo doméstico contribuye al desarrollo de la economía.

La segunda solución que se ensayó para abordar los problemas generados por la desigualdad en el reparto doméstico estuvo centrada en los aspectos más culturales de la sociedad. Es decir, en la promoción de nuevos valores e ideales de igualdad. En este sentido, por medio de la difusión y aceptación de un nuevo marco normativo basado en

la corresponsabilidad se buscó fomentar un cambio en la implicación de los varones y las mujeres con el trabajo doméstico.

A diferencia de las demandas de un salario para el trabajo doméstico que pretendían modificar la estructura económica y de clases, la idea de una familia corresponsable está enfocada en la transformación de las actitudes, especialmente de los varones, y en los estereotipos empresariales e institucionales que dificultan que éstos dediquen más tiempo a la unidad familiar. Sin embargo, solo en los últimos veinte años la corresponsabilidad familiar ha comenzado a ocupar el centro del debate. Su creciente hegemonía la ha situado como el nuevo marco moral y político desde el cual construir las relaciones entre mujeres y hombres. Incluso las medidas políticas sobre la conciliación trabajo-familia que no pudieron anticipar el impacto que las asimetrías de género podían ocasionar sobre la feminización de su uso, se han visto influenciadas por este nuevo marco normativo de la corresponsabilidad (Tobío, Alcañiz y Martín, 2021).

De manera general, hay tres argumentos que justifican la promoción de la corresponsabilidad familiar como modelo de organización de las relaciones sociales. En primer lugar, la corresponsabilidad supone una postura ética de apertura hacia las necesidades de la otra persona con la intención de mejorar su bienestar y desarrollo personal. Esto supone aceptar que la coexistencia precede y limita la propia existencia individual (Devisch, 2011). Como señala Singly (2016), por lo menos es necesario ser dos para ser humano.

En segundo lugar, la corresponsabilidad familiar repercute en las oportunidades laborales de las mujeres y reduce las tensiones que experimentan a causa de la sobrecarga de roles. Además de que la corresponsabilidad favorece que las mujeres dispongan de más tiempo libre para su propio desarrollo personal (González y Jurado, 2015). En tercer y último lugar, indirectamente la corresponsabilidad es un correctivo ante las actitudes y creencias que discriminan por razón de sexo. Ésta fomenta la igualdad de trato en la medida en que insta un modelo de relación donde varones y mujeres tienen las mismas obligaciones y derechos (Murillo, 2006).

Se podría decir que la corresponsabilidad vendría a ser un pacto social a través del cual ambas partes mantienen un reparto equitativo del trabajo doméstico y de cuidados con la intención de dividir los tiempos de vida de una manera más justa y equilibrada (Bardón

et al., 2013). Para que las familias logren desarrollar esta actitud es ineludible cuidar de tres elementos señalados por Maganto, Etxeberría y Porcel (2010):

- 1) Reparto justo: distribuir el trabajo doméstico de manera que cualquiera de los miembros de la pareja pueda desarrollar su potencial humano en igualdad de condiciones.
- 2) Actuación coordinada: coordinar de manera conjunta y con la suficiente antelación las labores domésticas de forma que se pueda planificar el resto de los aspectos de la vida social sin descuidar esta clase de trabajo.
- 3) Asunción de responsabilidades compartida: la labor de planificación, supervisión y ejecución estará repartida de manera equitativa entre los distintos miembros de la pareja, de tal modo que se establezca un sentimiento de trabajo compartido y de rotación de tareas en función de las necesidades familiares igualmente compartidas.

A diferencia de las luchas por un salario para el trabajo doméstico, el giro hacia la corresponsabilidad ha tenido un alto impacto social al cambiar el acuerdo sobre los requisitos mínimos que se necesitan para que un Estado y una sociedad aspiren a ser democráticas. En este sentido, la puesta en práctica de actitudes corresponsables facilita que las parejas negocien explícitamente acuerdos para lograr una distribución igualitaria que reduzca la brecha del trabajo doméstico (Wiesmann et al., 2008; Agirre, 2016; Garcia y Tomlinson, 2021). Así, cuando la corresponsabilidad forma parte de los valores de una sociedad, las necesidades de la otra persona ocupan el primer plano. La coordinación y el sentido de compartir se transforman en principios que estructuran las relaciones sociales (Maganto, Etxeberría y Porcel, 2010). No cabe duda de que la corresponsabilidad se ha erigido como el modelo cultural desde el cual cuestionar y deshacer las relaciones de género asimétricas (Deutsch, 2007; Tobío, Alcañiz y Martín, 2021).

2.3.3. Ampliando la teoría de las relaciones de género

La corresponsabilidad familiar ha provocado un cambio significativo en la teoría de las relaciones de género al establecer un nuevo horizonte desde el cual interpretar los comportamientos y las actitudes de los varones y las mujeres en el seno de la relación de pareja. De hecho, no se puede comprender cómo esta teoría ha considerado la posibilidad

de analizar los procesos y dinámicas que deshacen el género si no se sopesa la extensión y aceptación de la corresponsabilidad familiar como el nuevo marco normativo que justifica la igualdad y cuestiona las asimetrías.

Esta alianza entre la teoría de género y el modelo de pareja corresponsable ha ampliado la propia teoría al construir un horizonte donde proyectar una relación social ideal con la que describir e interpretar los hechos. Así, por un lado, habría que analizar las asimetrías y las formas de hacer género (Miller, y Sassler, 2010). Mientras que, por otro lado, se examinan las condiciones que fomentan la corresponsabilidad y las formas de deshacer el género (Botía-Morillas, 2019).

Asimismo, otro aspecto fundamental en el avance de esta teoría ha sido la integración de factores que contribuyen a potenciar las relaciones de género en su sentido asimétrico o corresponsable. De forma que la interrelación de factores como el tiempo disponible, el nivel educativo o los ingresos económicos juegan un papel fundamental.

Esta operación teórica, que engloba el resto de los factores en favor de una teoría más completa, es legítima porque empíricamente se ha demostrado que las relaciones de género afectan al tiempo que las parejas dedican a las tareas del hogar (Dotti; 2014; González y Jurado, 2015; Jurado-Serrano y Becerril-Ruiz, 2024), influye en la forma de negociar el reparto doméstico (García y Tomlinson, 2021) y condiciona la implementación de estrategias relacionadas con el reparto doméstico (Rodríguez, Peña y Torio, 2010; Hochschild y Machung, 2012). Sin embargo, aunque el contexto material de las parejas influye en el desarrollo de las relaciones de género, este no es condición suficiente para explicarlo. Las actitudes, al igual que las creencias y los valores, se forman a lo largo del curso vital de las personas, siendo los procesos de socialización los que nos permiten reconocer esta dimensión cultural fundamental de la vida social (Álvarez y Miles-Touya, 2012).

Durante esta sección hemos explicado cómo se articula la teoría de las relaciones de género, no obstante, su aplicación sigue estando difusa ya que todavía no se ha conectado con aspectos concretos de la vida social. En el siguiente apartado se presentarán los conceptos fundamentales que permiten la exploración más precisa de la realidad social. Para comenzar, se explicará el concepto de trayectoria de socialización doméstica con el que comprender cómo las personas interiorizan las relaciones de género a lo largo de su curso vital. La reconstrucción de las trayectorias de socialización es clave en la

descripción de los procesos y mecanismos que facilitan la emergencia de actitudes corresponsables. Seguidamente, se expondrá el concepto de perfil doméstico y las diversas tipologías que han destacado la pluralidad de sujetos que existen en una sociedad. Finalmente, se presentan las dimensiones vinculadas con la toma de decisiones y conflictos con las que observar las dinámicas del reparto doméstico.

2.4. Elaboración de conceptos

2.4.1. Trayectorias de socialización con el trabajo doméstico

Gracias a su capacidad para sintetizar información a nivel longitudinal, el concepto de trayectoria ha sido utilizado para conocer los itinerarios que recorren las personas o los grupos hasta alcanzar un determinado logro, estado o actitud. Por ejemplo, el concepto de trayectoria se ha usado para analizar las condiciones de emergencia y desarrollo de enfermedades mentales (Moreno, 2010), la forma en que el género condiciona la carrera laboral de las mujeres y los varones (Nilsen, 2011) o los contextos que favorecen la desviación de normas sociales y sus diferentes fases (Becker, 2009). La utilidad del concepto de trayectoria radica en su énfasis en la reconstrucción de los procesos y contextos más relevantes analizando los cambios que los individuos experimentan conforme ocupan y desempeñan diferentes posiciones y roles a lo largo de su curso vital (Bourdieu, 1997).

En cuanto a las trayectorias de socialización podemos decir que engloban un conjunto de procesos sociales que modelan las actitudes, creencias y expectativas de los individuos a través del aprendizaje de normas y valores (Darmon, 2016). Estos procesos están a su vez mediados por marcos normativos y sentimientos de pertenencia hacia un colectivo que regulan la conducta de los individuos al configurar un espacio simbólico, que ofrece un sentido y valor a sus acciones, por medio del cual negocian la interacción con los otros (Dubar, 2015).

De forma general, el proceso de socialización está compuesto por tres momentos. La externalización y objetivación que engloban un doble movimiento en el que los agentes socializadores definen, filtran y seleccionan aspectos de la realidad social presentándola como realidad objetiva. Y la internalización entendida como la comprensión e interpretación que las personas hacen de esa realidad construida por los agentes sociales, lo que en cierta medida implica compartirla (Berger y Luckman, 2012). En el proceso los

individuos intervienen de forma activa y con capacidad de influencia, es decir no son meros receptores pasivos de contenido (Guhin, McCrory y Miller-Idriss, 2021).

Estos tres elementos están influenciados por la interconexión de mecanismos conscientes e inconscientes. Los mecanismos conscientes se refieren a situaciones donde la socialización toma la forma de una educación orientada normativamente y bajo una dirección particular, constituyendo el aspecto más organizado y visible del contenido transmitido. Los mecanismos inconscientes señalan la transmisión e interiorización de la estructura social sin reflexión ni método, tanto por parte de los agentes socializadores como del individuo socializado (Darmon, 2016). En el caso de la socialización con el trabajo doméstico los mecanismos inconscientes de género ocupan una parte importante del proceso condicionando la visión y división de la realidad social de forma diferenciada para hombres y mujeres (Dema, 2006; Torns y Recio, 2013).

Los agentes que están involucrados en la socialización con el trabajo doméstico varían dependiendo del momento vital de las personas (Izquierdo, 2013). Es habitual que los agentes que intervienen sean la familia de origen, los grupos de pares, la pareja, los medios de comunicación y el sistema educativo (Darmon, 2016).

En cuanto a la familia de origen, su papel es fundamental por ser el primero de los agentes socializadores. En el hogar, las niñas y los niños interiorizan inconscientemente formas de hacer género observando la división del trabajo doméstico que adoptan sus progenitores y por medio de lo que estos esperan de ellos (Tobío, Alcañiz y Martín, 2021). En cuanto al grupo de pares se define por el hecho de que los individuos comparten un mismo espacio de interacción y de categorías comunes. Dentro del grupo de pares cabe diferenciar la influencia de los grupos de amistad y los grupos de trabajo (Darmon, 2016).

Por otro lado, la pareja constituye otro de los principales agentes de socialización. La convivencia en pareja marca el inicio de la socialización conyugal en el que las creencias, expectativas y actitudes de género se pueden ver modificadas gracias a estrategias de negociación y conflicto que reorientan la socialización previa (Botía, 2010). En cuanto al sistema educativo y los medios de comunicación podemos decir que son agentes de socialización indirectos puesto que actúan mediante la promoción y difusión de estereotipos de género asimétricos o corresponsables (Subirats, 2016; Menéndez, 2021).

Del conjunto de los agentes socializadores, la familia de origen y la pareja destacan por tener una influencia más significativa que el resto. En efecto, el tiempo que las personas

comparten con ellos y la propia naturaleza del vínculo hace que estos agentes tengan mayor influencia y capacidad a la hora de moldear la conducta de las personas (Hochschild, 2011; Álvarez y Miles-Touya, 2012). Es por ello por lo que resulta oportuno detenerse en desarrollar el peso que estos agentes tienen en el proceso de socialización con el trabajo doméstico.

Examinar los procesos de socialización en el seno del núcleo familiar es fundamental porque los progenitores suelen ser los primeros en transmitir modelos de género asimétricos o corresponsables. De hecho, son los padres y las madres quienes brindan a los niños sus primeras impresiones sobre cómo las parejas distribuyen las tareas del hogar. Primero, esta influencia sucede a través del reparto que los propios progenitores han establecido. De forma que las familias donde la mujer desempeña el rol de principal responsable tienen más probabilidades de transmitir la impresión de que el trabajo doméstico es una actividad de “mujeres”. Mientras que si los progenitores se implican de forma corresponsable es más probable que los hijos perciban el trabajo doméstico desde la neutralidad de género (Evertsson, 2006; Penha-Lopes, 2006).

Segundo, los menores también se forman sus primeras impresiones según el tipo de tarea y el tiempo que los progenitores les demandan participar. Las familias donde los hijos varones tienen escasas responsabilidades domésticas están más inclinadas a reproducir dinámicas de *doing gender* que aquellas familias donde los hijos participan de forma asidua en este tipo de actividad (Jurado-Serrano y Becerril-Ruiz, 2024). Asimismo, dentro de una misma familia formada por menores de ambos sexos, el trato que reciben de sus progenitores también condiciona la propia socialización. En este sentido, la socialización de género asimétrica destaca porque las madres y las hijas son las principales encargadas de las tareas del hogar. En cambio, una socialización de género corresponsable se caracteriza porque el conjunto de la familia tenga una participación similar (Platt y Polavieja, 2016; Schulz, 2021).

Los estudios realizados sobre este tema resaltan que las madres son las principales responsables del hogar (Schulz, 2021) y los menores así lo perciben (Montañés y Moreno, 2022). Además, en líneas generales se ha observado que las niñas dedican significativamente más tiempo que los niños a las tareas domésticas (Meil, 2005b; Bonke, 2010; Dotti, 2016). De igual manera, dentro de una misma familia las hijas suelen dedicar más tiempo al trabajo doméstico que los hijos (Cordero-Coma y Esping-Andersen, 2018;

Schulz, 2020). En resumen, se puede decir que la familia nuclear continúa perpetuando relaciones de género asimétricas.

En cuanto a la socialización conyugal, su creciente relevancia se debe al valor que ha adquirido la relación de pareja en la vida de las personas, lo que promueve la necesidad de una integración cada vez mayor entre sus miembros (Kaufmann, 2021). De esta manera, por pequeña que sea la discrepancia las parejas se ven involucradas en dinámicas de ajustes para encontrar puntos en común que restauren la unidad conyugal percibida en riesgo (Kaufmann, 2007). La convivencia en pareja activa un proceso de socialización que provoca importantes cambios en los individuos debido a las adaptaciones e intercambios requeridos para construir un universo de referencias y acciones compartidas. La socialización conyugal resignifica y refuerza los procesos de socialización anteriores por medio de la confrontación y el acople de los modelos culturales interiorizados por ambos miembros de la pareja (Berger y Kellner, 1964; Darmon, 2016).

Debido a la importancia de estos modelos culturales en las dinámicas de reparto y socialización conyugal, es necesario elaborar tipologías que faciliten la distinción de perfiles domésticos según el grado de asimetría o corresponsabilidad que expresen con las tareas del hogar. En el siguiente apartado se examinan los estudios dedicados a la construcción de tipologías con el objetivo de conocer cómo se han elaborado y las posibilidades analíticas que ofrecen.

2.4.2. Tipologías de perfiles domésticos

Mediante el uso del concepto de “perfil” o “tipo social” se pueden crear tipologías que resuman un conjunto de características dispersas en los datos (Paillé y Mucchielli, 2021). Para esta investigación, la construcción de perfiles contribuye a la comprensión de los diversos grados de implicación doméstica y la perspectiva desde la cual las personas realizan esta actividad. En cuanto a esta última cuestión, algunos estudios han destacado la relevancia de diferenciar entre una implicación basada en la ayuda y una implicación desde la corresponsabilidad (Coltrane, 1989; Hochschild y Machung, 2012).

Respecto de las investigaciones centradas en elaborar tipologías, se puede distinguir entre aquellas que están enfocadas en crear perfiles de parejas y las centradas en la construcción de perfiles individuales. Entre los estudios dedicados a la elaboración de tipologías de parejas destaca el trabajo realizado por Hochschild y Machung (2012). Las autoras distinguieron entre parejas tradicionales, parejas en transición y parejas igualitarias. Las

parejas tradicionales se caracterizaban porque las mujeres se hacían cargo de la mayor parte del trabajo doméstico. Mientras que las parejas en transición hacían referencia a relaciones donde el varón colaboraba de forma asidua, aunque en última instancia la mujer seguía siendo la principal responsable. Por último, las parejas igualitarias se caracterizaban por tener actitudes corresponsables y un reparto del trabajo doméstico igualitario o cercano a este.

En el contexto español destaca la tipología de Amigot-Loache et al. (2015) centrada en analizar parejas que están en proceso de lograr un reparto equilibrado. Su estudio distinguía entre: 1) parejas con actitudes igualitarias con una división 50/50; 2) parejas que priorizaban una distribución equitativa del tiempo libre a la hora de dividir las tareas del hogar; 3) parejas *pushing and pulling* caracterizadas por una división 60/40 donde las mujeres eran las principales responsables. En estas, las mujeres se encontraban inmersas en situaciones en las que debían de presionar constantemente para que los hombres aumentaran su compromiso y el reparto no se desequilibrara aún más; 4) parejas con altos niveles de ingresos que externalizaban el trabajo doméstico para disfrutar de su tiempo de ocio, evitando realizar las tareas que les resultarán más incómodas.

En cuanto a los estudios dedicados al análisis de perfiles individuales, su principal foco de atención ha estado en los varones. Teniendo en cuenta que las mujeres han sido las principales promotoras de los últimos cambios acaecidos en el reparto doméstico, parece comprensible que el análisis se haya centrado en el sexo masculino. En su mayoría estas tipologías reúnen distintos perfiles masculinos dependiendo de su grado de implicación con el trabajo doméstico. Entre estos estudios cabe destacar el trabajo realizado por Penha-Lopes (2006) que distingue tres perfiles masculinos: *sharers*, *helpers* y *shirkers*. Los primeros son un grupo de varones muy implicados responsables de al menos la mitad de las tareas. Los *helpers* hacen al menos un tercio del trabajo doméstico, pero menos de la mitad. Y los *shirkers* que realizaban menos del 10% del trabajo doméstico.

En España, la tipología de perfiles masculinos elaborada por Julià y Escapa (2021) destaca como una de las más actuales. En su trabajo proponen cinco perfiles estructurados jerárquicamente según la cantidad de horas que dedicaban a las tareas domésticas durante la semana. El primer perfil denominado como “desentendido” está compuesto por varones que no dedican tiempo al trabajo doméstico. El segundo de ellos definido como “esporádico” dedica menos de una hora de media al día a las tareas del hogar. El “participativo” incluye hombres que participan más de una hora al día en las tareas del

hogar, pero menos de 14 horas a la semana. El cuarto perfil lo componen los llamados “corresponsables moderados” cuya participación se sitúa entre las 14 y 20 horas semanales. Por último, los “corresponsables comprometidos” dedican a las actividades domésticas como mínimo 21 horas a la semana.

La elaboración de tipologías es útil para demostrar que existen diferentes grados de implicación con el trabajo doméstico, por lo que carece de sentido creer que la población masculina o femenina se puede englobar en una única categoría. A pesar de esto, todavía hay un vacío en lo que respecta al estudio de la dimensión mental del trabajo doméstico y a la construcción de tipologías femeninas. Igualmente, son escasos los estudios que analizan cómo la socialización previa a la convivencia en pareja afecta al desarrollo de los distintos perfiles y, por ende, a las dinámicas de división del trabajo doméstico.

Respecto a la cuestión de las dinámicas de reparto doméstico, cabe señalar la importancia que tiene la toma de decisiones y los conflictos a la hora de conocer los efectos que causan en la distribución de las tareas del hogar y en la convivencia de las parejas (Kluwer, Heesink y Van de Vliert, 2000; Ridgeway y Correll, 2004; Nyman, Reinikainen y Eriksson, 2018). En este sentido, es crucial la forma de decidir el reparto y lo que se decide en la medida en que refuerza o modifica las asimetrías de género (Mui-Teng y Knudson-Martin, 2006; Agirre, 2016; Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello y Becerril-Ruiz, 2024). Mientras que los conflictos por el trabajo doméstico y la forma de gestionarlos informan del grado de insatisfacción y la percepción que los miembros de la pareja tienen sobre la justicia/injusticia del reparto (Mannino y Deutsch, 2007). En base a esto, el siguiente apartado estará dedicado a examinar las características de estas dos dimensiones y las consecuencias que tienen en la distribución del trabajo doméstico.

2.4.3. La toma de decisiones y los conflictos por el trabajo doméstico

Como en cualquier organización social, la toma de decisiones es un mecanismo que sirve para establecer una determinada división del trabajo. En lo que respecta al trabajo doméstico, la toma de decisiones es un aspecto clave para comprender cómo las parejas negocian y alcanzan los acuerdos (Carlson y Hans, 2020). En líneas generales, la toma de decisiones se define por ser un proceso dinámico a través del cual las personas deciden los resultados que esperan lograr y los medios para alcanzarlos, trazando planes de acción más o menos compartidos. Además, en este proceso, las personas también tratan de

adecuar las decisiones que han tomado a las circunstancias de sus vidas (Taniguchi y Kaufman, 2022).

Sin embargo, las personas no suelen ser conscientes que la manera de tomar decisiones y los propios acuerdos alcanzados configuran formas de relación social (Sillars y Kalbflesch, 1989). Según la manera de comunicarse podemos decir que nos encontramos ante una toma de decisiones explícita o implícita. La toma de decisiones explícita es organizada, deliberativa y proactiva. A través de ésta las personas intercambian opiniones y participan con la intención de llegar a acuerdos que ofrezcan soluciones constructivas que satisfagan a ambas partes. En cambio, la toma de decisiones implícita es indirecta, con un carácter más espontáneo y donde priman los acuerdos silenciosos. Es decir, acuerdos que no han sido hablados ni discutidos de forma abierta, evitando con ello posibles confrontaciones por intereses contrapuestos (Scanzoni y Szinovacz, 1980).

En el caso de las relaciones de pareja, la toma de decisiones explícita facilita que los puntos conflictivos se discutan y se ponga en marcha un proceso de acoplamiento mutuo que redistribuya de una manera más equitativa la división del trabajo doméstico. Es decir, cuando la toma de decisiones es explícita el reparto tiende a ser más igualitario. En cambio, cuando la toma de decisiones sobre la división doméstica se lleva a cabo de forma implícita, sin mediar intercambio verbal, aumentan las probabilidades de que las mujeres asuman el rol de principales responsables de las tareas del hogar. En este sentido, distintos estudios señalan que, cuando las parejas no deciden explícitamente, la corresponsabilidad tiene más probabilidades de no producirse en favor de una creciente desigualdad en el reparto (Wiesmann et al., 2008; Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello, Becerril-Ruiz, 2024). La falta de comunicación facilita que los varones se desentiendan o se desvinculen del trabajo doméstico y las mujeres dediquen más tiempo a estos quehaceres (Mui-Teng y Knudson-Martin, 2006).

Esto no significa que la toma de decisiones explícita resuelva el problema de la desigualdad en el reparto, puesto que los acuerdos alcanzados pueden ir en beneficio de los varones (Hochschild y Machung, 2021). Pero al menos supone una primera ruptura con la idea de que la negociación es una acción que atenta contra la unidad de la pareja. En efecto, como señala Coria (2016) el ideal de pareja como una relación donde no existen conflictos obstaculiza que las mujeres planteen acuerdos en términos de equidad. De lo que se trata es de cambiar la percepción que se tiende a tener de la negociación,

como si esta fuese una acción violenta que pone en cuestión los vínculos afectivos, por la idea de que la defensa de los intereses personales es intrínseca a toda relación humana.

En lo que respecta a los conflictos, se puede afirmar que son procesos universales e inherentes a la vida colectiva y su desarrollo está relacionado con la confrontación abierta de intereses, percepciones o actitudes hostiles entre dos o más partes (Vinyamata, 2001; París, 2009; Becerril, 2015). Los conflictos de pareja permiten expresar y promover las necesidades personales que se han visto afectadas por cambios inesperados o dinámicas que están causando insatisfacción (Canary, Cupachy Messaman, 2010).

La visión del conflicto de pareja como un suceso negativo para la relación suele estar presente en el imaginario de sociedades que idealizan el amor romántico (Beck y Beck-Gernsheim, 2008). Sin embargo, lo cierto es que el conflicto constructivo, es decir aquel encaminado a resolver los problemas, ayuda a estrechar y estabilizar la relación aumentando el nivel de bienestar general de ambas miembros (Gordon y Chen, 2016).

De entre los conflictos más habituales en la relación de pareja destacan los conflictos por el trabajo doméstico (Trübner, 2022). Siendo usual que este tipo de conflicto esté marcado por la insatisfacción que experimentan las mujeres a causa de la desigualdad con el reparto. Especialmente cuando ambas partes participan en el mercado laboral a tiempo completo y existe una perspectiva igualitaria de la relación de pareja (Meil, 2005a). Es decir, la situación de independencia económica y una ruptura, al menos parcial, con las relaciones de género asimétricas facilita que las mujeres inicien conflictos con el deseo de cambiar la división del trabajo doméstico. Por el contrario, cuando las mujeres se encuentran en situación de dependencia económica respecto del varón y no creen en un reparto del trabajo doméstico corresponsable, las probabilidades de que inicien un conflicto son significativamente más bajas (Ruppanner, 2010).

No obstante, el hecho de que no se desencadenen conflictos no por ello significa que las mujeres estén satisfechas con el reparto de las tareas domésticas. Siguiendo a Dema (2006) puede que el conflicto permanezca latente por la situación laboral y de dependencia económica de la mujer, lo cual implica que habría insatisfacciones que no se pueden poner de manifiesto porque las condiciones materiales no son favorables. Estas diferencias indican que las probabilidades de iniciar un conflicto, y de que éste ocasione un aumento del tiempo que los varones dedican al trabajo doméstico, depende tanto de

las condiciones materiales de las mujeres como del desarrollo de relaciones corresponsables en la pareja.

3. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

La presente tesis doctoral tiene como objetivo general analizar la división del trabajo doméstico en parejas heterosexuales de doble ingreso atendiendo a los factores, procesos y dinámicas que la condicionan. Esto implica reconstruir las trayectorias de socialización con las tareas del hogar; examinar los perfiles domésticos que se desarrollan dentro de la relación de pareja y los factores que los hacen emerger; analizar las dinámicas de toma de decisiones y conflictos y el impacto que causan en el reparto doméstico y en la convivencia. De forma que la tesis doctoral se integra dentro de los estudios cualitativos que priorizan la elaboración de tipologías y el análisis de los procesos sociales por encima de la comprobación de hipótesis.

A continuación, se describen los objetivos específicos que estructuran y guían los resultados. Si bien, con el objeto de evitar repeticiones, la cuestión del análisis de las relaciones de género no se ha incluido en todos los objetivos por ser una dimensión transversal. Los objetivos de la investigación son los siguientes:

1. Reconstruir las diferentes trayectorias de socialización de varones y mujeres con el trabajo doméstico desde la adolescencia hasta la convivencia con la pareja y la llegada de los hijos e hijas a la familia.

- 1.1. Conocer la influencia y la importancia de los distintos agentes sociales en las trayectorias de socialización.

- 1.2. Comparar las trayectorias de socialización de mujeres y varones para conocer sus diferencias y similitudes.

- 1.3. Analizar la influencia de las relaciones de género en los procesos de socialización doméstica.

2. Examinar la emergencia y configuración de los diferentes perfiles domésticos una vez las mujeres y los varones comienzan a convivir con sus respectivas parejas.

- 2.1. Describir los atributos de los perfiles masculinos y femeninos y sus características socioeconómicas con la finalidad de elaborar una tipología para cada sexo.

- 2.2. Analizar los factores que favorecen la emergencia y el desarrollo de los diversos perfiles.

- 2.3. Explorar las diferencias más significativas entre los perfiles masculinos y femeninos y explicar por qué se producen.
 - 2.4. Identificar si varones y mujeres transitan por diferentes perfiles a lo largo de la convivencia en pareja.
3. Analizar las dinámicas de toma de decisiones y conflictos por la organización del trabajo doméstico en la relación de pareja.
 - 3.1. Describir las diferentes formas de toma de decisiones y conflictos por el trabajo doméstico.
 - 3.2. Explicar cómo la toma de decisiones y los conflictos afectan a la división del trabajo doméstico y a la convivencia.
 - 3.3. Examinar cómo ambos miembros de la pareja resuelven los conflictos y detectar si existen diferencias entre ambos.
 - 3.4. Identificar si la forma de resolver los conflictos ocasiona perjuicios para alguna de las partes de la pareja.

En líneas generales, los objetivos de esta investigación tratan de superar dos limitaciones presentes en la mayoría de los estudios sobre la división del trabajo doméstico:

- 1) Aunque existe un consenso científico en que la socialización es un factor fundamental para comprender y explicar la división del trabajo doméstico, no es frecuente el desarrollo de estudios que reconstruyan su influencia en las actitudes, creencias y expectativas a lo largo del curso vital de los individuos (Lachance-Grzela y Bouchard, 2010).
- 2) Una importante cantidad de investigaciones se centra en examinar los factores que condicionan la división del trabajo doméstico sin considerar que la manera en que éstos se relacionan entre sí produce diferentes perfiles. En efecto, del mismo modo que hay una literatura especializada en analizar las distintas clases sociales según el tipo de capital que disponen y la forma de movilizarlo (Bourdieu, 2001), es posible reconstruir la variedad de perfiles presentes en una sociedad según el grado de implicación con las tareas del hogar.

Por último, cabe señalar que, la elaboración de los objetivos y la superación de estas limitaciones requirió de una interconexión y familiarización con el trabajo conceptual y los datos empíricos. En el caso de esta tesis doctoral los cambios en la forma de relacionar los conceptos y la información de las entrevistas fue decisivo para el resultado final del informe. Aunque el guion de la entrevista no se modificó en el transcurso de la investigación, la manera de analizar los datos se benefició del conocimiento de nuevos conceptos que facilitaron la puesta a punto de un análisis de mayor complejidad.

4. METODOLOGÍA

4.1. Introducción

Esta tesis doctoral parte de una investigación cualitativa mediante el empleo de la entrevista semiestructurada como técnica privilegiada de producción de la información empírica. Las entrevistas se realizaron de forma individual a ambos miembros de parejas heterosexuales de doble ingreso. Para esclarecer el conjunto de procedimientos metodológicos realizados, este capítulo estará dividido en cinco puntos. En el primero se expone el enfoque metodológico con la intención de situar la investigación dentro de una tradición de estudios sociológicos. En el segundo punto se presenta el diseño de la investigación y el desarrollo del trabajo de campo que sustenta el cuerpo de la tesis. El tercer punto servirá para justificar el uso de la entrevista como técnica de producción y recogida de datos. En cuarto lugar, se presenta el guion de la entrevista donde se exponen los temas tratados. Por último, se describe el procedimiento de análisis utilizado. En cada una de las partes se justifican las decisiones tomadas y se detallan las principales limitaciones con la finalidad de situar el apartado de resultados en un determinado contexto metodológico.

4.2. Enfoque cualitativo

El enfoque cualitativo no solo hace referencia a un conjunto de técnicas de producción y recogida de información, sino que también es una manera particular de desarrollar la investigación y el análisis de los datos. A este respecto, el enfoque cualitativo destaca por cuatro virtudes.

La primera de ellas está relacionada con el gran volumen de información que permite recoger mediante el uso de sus técnicas. Esta información enriquece la descripción y la explicación del fenómeno por la capacidad para captar detalles que evitan las simplificaciones excesivas de la vida social (Taylor y Bogdan, 1987).

La segunda virtud hace referencia al número reducido de unidades con el que trabaja el enfoque cualitativo y que facilita el análisis profundo de los mecanismos que fundan regularidades, así como la interconexión de los factores que operan en la realidad social y los efectos que éstos causan a largo plazo en el comportamiento de los individuos (Verd y Lozares, 2016).

En tercer lugar, la presencia sustantiva del lenguaje en el enfoque cualitativo facilita la comprensión del sentido que las personas dan a sus experiencias y acciones. En lo que

respecta al estudio de la distribución del trabajo doméstico, este aspecto es de vital importancia (Botía-Morillas, 2013; González y Jurado, 2015). Además, el enfoque cualitativo es esencial para recoger información sobre los procesos y las dinámicas domésticas (Penha-Lopes, 2006; Alcañiz, 2015; Agirre, 2016).

Si bien, aunque los resultados no aspiran a ser representativos del conjunto de la población, el enfoque cualitativo es capaz de conectar lo micro y macrosocial a través de un conocimiento detallado de la realidad (Verd y Lozares, 2016). En el caso de esta tesis doctoral, el enfoque cualitativo facilitó indagar en las experiencias que los individuos tenían con el trabajo doméstico a lo largo de su curso vital examinando los cambios más significativos.

Por último, cabe destacar la flexibilidad de los enfoques cualitativos cuando se trata de aplicar un marco conceptual que interprete y sintetice la información. En la medida en que los individuos no quedan relegados a la posición de “objetos”, sino que adoptan un papel activo como productores de realidad, el proceso metodológico conlleva mantener un diálogo constante entre la información empírica y el marco conceptual que se puede ver modificado a lo largo del análisis (Ibáñez, 1986).

4.3. Diseño de la investigación y trabajo de campo

La tesis doctoral se nutre de un diseño de investigación cualitativo basado en entrevistas semiestructuradas de carácter abierto realizadas a ambos miembros de la pareja de forma individual. En relación con esto, una de las primeras decisiones que se tomaron fue entrevistar a parejas en las que ambas partes estuvieran dispuestas a participar. Se descartaron las parejas donde solamente uno de los miembros quería colaborar en la investigación porque era prioritario obtener las perspectivas de ambos para contrastar y comparar la información.

Por otra parte, se planteó la posibilidad de entrevistar a ambos de forma conjunta. Pero se descartó porque la literatura señalaba que los conflictos por la división del trabajo doméstico solían ser habituales (Kluwer, Heesink y Van de Vliert, 1996; Meil, 2005a). La presencia de conflictos puede ocasionar que las parejas no quieran hablar abiertamente del tema o lo maquillen en exceso para no comprometer la imagen que ofrecen de su relación. En cambio, las entrevistas individuales facilitaban un ambiente relajado donde cada parte puede expresar su punto de vista sin la coacción que supone hablar de temas problemáticos delante de la persona directamente implicada (Botía-Morillas, 2013).

Además, los objetivos de la investigación se podían ver comprometidos por el hecho de tener que interconectar la información obtenida de la entrevista individual con la información extraída de ambos miembros en conjunto. Lo que en un principio puede parecer un enriquecimiento del trabajo en realidad implica plantear unos objetivos y análisis distintos que sinteticen la complejidad de las nuevas dimensiones que emergen de las entrevistas en pareja.

La selección de las parejas se llevó a cabo a través de intermediarios conocidos. Lo intermediarios formaban parte de la red de contactos personales que facilitaban las entrevistas con parejas desconocidas en función de los criterios que se detallan más abajo. Como se puede ver en el anexo 1, el uso de intermediarios conocidos facilitó el diseño de una muestra de parejas con características socioeconómicas heterogéneas.

Se utilizaron una serie de criterios que homogeneizaban la muestra con la intención de recoger el máximo y variado número de cambios, negociaciones y conflictos por el trabajo doméstico. En este sentido, buscamos parejas que viviesen en núcleos urbanos, que ambas partes tuviesen un empleo¹ y que al menos estuviesen en posesión del título de la E.S.O. para las generaciones más jóvenes y la E.G.B. para las generaciones de más edad. La literatura destaca que un mayor nivel educativo, la participación de ambos miembros en el mercado laboral y los valores más igualitarios de las zonas urbanas favorecen la erosión de las normas de género tradicionales. Lo cual facilita que se puedan recoger un mayor número de negociaciones y tensiones por el trabajo doméstico (Ruppanner, 2012; De Bruin y Lui, 2019). En relación con esto, los criterios pretendían aumentar las posibilidades de entrevistar a parejas donde estas negociaciones y disputas estuvieran más presentes.

Por otra parte, buscamos entrevistar a parejas de diferentes generaciones y que vivieran en distintas ciudades de España. Se entrevistaron a parejas de Jaén, Granada, Málaga, Barcelona y Madrid. Además, se entrevistaron a parejas sin hijos y con hijos en edades escolares con la intención de conocer la influencia que éstos podían ocasionar en la división del trabajo doméstico (ver anexo 1 para más detalles). Asimismo, puesto que el análisis de las relaciones de género era un objetivo transversal fue fundamental centrarse

¹ A excepción de la mujer de la pareja 10 y del varón de la pareja 19 que, anteriormente, habían tenido un empleo a tiempo parcial pero que en el momento de la entrevista estaban preparando un concurso de oposiciones.

en entrevistar a parejas heterosexuales por la influencia que las asimetrías de género ocasionan en este tipo de parejas.

A las parejas se les explicaba que la investigación se enfocaba en la toma de decisiones sobre aspectos relacionados con el hogar y la convivencia. Se evitó hablar directamente de trabajo doméstico para disminuir las probabilidades de que solamente participaran aquellas parejas que tenían un modelo de reparto corresponsable. Al mismo tiempo, también se eludió nombrar temas de género tanto en el proceso de captación como en la propia entrevista para no condicionar la participación y la información recogida (Botía-Morillas y Jurado-Guerrero, 2018).

Las parejas seleccionadas no son ni pretenden ser representativas del conjunto de las familias españolas. La heterogeneidad de sus características socioeconómicas tenía como finalidad facilitar la emergencia de diferentes dinámicas y procesos de implicación con el trabajo doméstico con los que poder elaborar tipologías más completas. Un ejemplo de esto se podrá observar en la importancia que ha tenido el hecho de entrevistar a parejas de distintas generaciones facilitando recoger formas variadas de socialización en el seno del núcleo familiar.

Se han entrevistado a veintidós parejas con un total de cuarenta y cuatro entrevistas realizadas en dos oleadas de trabajo. La primera oleada se hizo desde mediados de 2019 hasta principios de 2020, antes de decretarse el estado de alarma causado por la pandemia de la COVID-19. La segunda ola se realizó entre principios de 2021 y 2022. Tras finalizar el estado de alarma las parejas mostraban ciertas reticencias a ser entrevistadas cara a cara por ello se decidió dejar pasar un tiempo prudencial mientras se transcribían las entrevistas de la primera ola.

Para facilitar que las personas entrevistadas estuvieran cómodas se les propuso elegir el lugar que consideraban más idóneo para hacer la entrevista. Siempre que la elección del lugar garantizase un espacio con intimidad suficiente y sin la presencia de terceras personas que pudiesen alterar la información producida. La mayor parte de las entrevistas se realizaron en cafeterías y en la vivienda de las parejas cuando la otra parte se encontraba fuera del hogar o, en caso contrario, se le solicitaba que lo abandonase o que facilitara un espacio íntimo. También hubo algunas entrevistas que se hicieron vía on-line cuando las partes aludían a motivos personales para preferir esta opción, principalmente

algunas de las entrevistas que se realizaron en los primeros meses después del confinamiento.

Con el permiso de los participantes y bajo el compromiso de anonimato se transcribieron las entrevistas en su totalidad. Siendo su duración media de unos 70 minutos. Por otra parte, el trabajo de campo finalizó cuando se alcanzó la saturación de información, ya que resultaba redundante seguir recopilando datos. La saturación de información ha sido considerada tradicionalmente como uno de los criterios principales de validación cualitativa (Callejo, 1998).

4.4. La entrevista como técnica de producción y recolección de información

La entrevista semiestructurada se caracteriza por el diseño de un guion compuesto de preguntas y/o temáticas elaboradas con anterioridad al encuentro. Gracias a la interacción que existe entre el entrevistador/a y la persona entrevistada el orden de las preguntas se puede modificar y adaptar a las necesidades de la interlocución. Esta libertad para gestionar el guion facilita que se pueda crear un clima propicio para que la persona se sienta cómoda y ofrezca una información más rica en detalles. Así, en la medida en que las preguntas no tienen el mismo valor para la persona entrevistada, ni la comprometen de la misma forma, saber adaptar el guion a las circunstancias es indispensable para favorecer el flujo y la cantidad de información (Verd y Lozares, 2016).

El uso de la entrevista semiestructurada se debe a las ventajas que proporciona a la hora de cumplir con los objetivos de la investigación. En este sentido, podemos decir que existen tres razones que justifican la utilización de esta técnica. La primera de ellas está relacionada con la obtención de información contextualizada. El intercambio de preguntas y respuestas facilita la reconstrucción de una determinada situación o suceso. Esto enriquece la investigación gracias a que los individuos ofrecen una vía para la comprensión de su comportamiento y el significado de las palabras que utilizan. Dado que la investigación tiene como objetivo transversal analizar el peso de las relaciones de género, el uso de la entrevista es relevante porque en la forma de hablar y expresarse se observa la influencia de esta dimensión (Botía-Morillas, 2013). Asimismo, el intercambio de preguntas y respuestas hace posible que las personas puedan especificar la información que ofrecen. A diferencia del grupo de discusión que por su naturaleza no favorece un clima de intimidad donde desarrollar un punto de vista o la reconstrucción de una serie de sucesos (Valles, 2009).

Sin embargo, una de las limitaciones de esta técnica es que la reconstrucción de los sucesos no es imparcial. Cuando las personas hablan su información está condicionada por la necesidad de dar una buena imagen de sí mismas (Goffman, 2012a). Este escollo se ha intentado salvar entrevistando a ambas partes de la pareja por separado con el propósito de comparar sus perspectivas.

Otra ventaja de emplear la entrevista semiestructurada reside en la posibilidad de obtener información difícil de conseguir de otro modo. Existen escenarios o situaciones en los que se necesita invertir grandes cantidades de tiempo para ganar la confianza y cercanía con los demás. En el caso de esta tesis doctoral plantear el acceso al hogar de las personas entrevistadas no era viable por dos razones. La primera por la falta de confianza que provoca que un extraño solicite acceder al espacio de intimidad de las parejas. La segunda razón está relacionada con la gran cantidad de tiempo que el investigador necesita para observar las dinámicas habituales del reparto doméstico. Es decir que, aunque se logre el acceso a la vivienda de las parejas, esto no garantiza que se muestren con naturalidad. Se requiere de un largo periodo de tiempo para que las parejas interactúen de manera que el investigador no influya en la gestión de las apariencias.

Igualmente, el objetivo de examinar la participación doméstica de ambas partes en el pasado justifica que la entrevista sea la técnica más idónea para recoger la información. No obstante, si la observación fuera posible, podría descubrirse aspectos que las personas no mencionan en las entrevistas porque los consideran banales, los olvidan o porque les preocupan debido a que puedan comprometer su imagen (Hochschild y Machung, 2012).

La tercera ventaja de utilizar la entrevista semiestructurada es la capacidad de indagar sobre eventos que han tenido lugar en distintas etapas de la vida de los individuos (Valles, 2014). Esto es vital cuando se busca reconstruir las trayectorias de socialización con las tareas del hogar. La entrevista semiestructurada es eficaz para obtener información sobre acontecimientos pasados sin necesidad de reconstruir la biografía de la persona (Verd y Lozares, 2016). Además, el uso no directivo de esta técnica facilita que los entrevistados puedan reflexionar sobre las experiencias que consideran más significativas por el impacto que han tenido en sus vidas (Kaufmann, 2021).

En cambio, una de las limitaciones clave es que los individuos utilizan la narración de sus experiencias con fines prácticos. Es decir, las personas no solo se dedican a transmitir información, sino que también buscan legitimar su punto de vista o su comportamiento

por medio del relato. De forma que las narraciones se suavizan o se intensifican en función de los intereses de las personas entrevistadas. Según los enfoques centrados en los aspectos pragmáticos del discurso, la forma de comunicar es crucial para comprender las coacciones que afectan al relato (Martín, 2014). En el caso de esta tesis doctoral, a pesar de tener otros objetivos, este enfoque se ha tenido en cuenta a la hora de analizar las entrevistas. En parte, por esta razón, se han entrevistado a parejas donde ambas partes estuvieran dispuestas a participar.

4.5. Diseño del guion

El guion de la entrevista se redactó teniendo en cuenta que para algunas personas podía resultar incómodo abordar el tema de la distribución del trabajo doméstico, sobre todo para los varones que realizan considerablemente menos tareas que sus parejas. Partiendo de este supuesto se diseñó un guion que contemplase una primera temática que, aunque no estuviese relacionada con el objeto de estudio, sirviera para crear un ambiente agradable y cercano. No se trataba simplemente de “romper el hielo”, sino de que la persona sintiera que el investigador es amigable para que, cuando hubiera que tratar temas que pudieran ser comprometidos, se sintiera con cierta confianza para hablar de ellos. Aunque estas precauciones puedan parecer excesivas, la experiencia demostró que el trabajo doméstico es un tema bastante delicado para no pocas parejas.

La razón principal para emplear la entrevista era la obtención de descripciones densas sobre las experiencias de las personas con el trabajo doméstico. Se diseñaron preguntas abiertas para evitar respuestas cortas que no permitieran seguir planteando otras cuestiones. En este sentido, las preguntas abiertas facilitaban que posteriormente se pudieran realizar preguntas más concretas a raíz de lo que la propia persona relataba. Sin embargo, esta estrategia no era infalible y en ocasiones la persona daba respuestas breves, limitando la posibilidad de seguir haciendo más preguntas o, en el peor de los casos, con evasivas. Cuando esto sucedía se optaba por cambiar de tema para volver más adelante sobre él. Era una forma de insistir sin que el entrevistado llegara a definir la situación como una especie de interrogatorio. De lo contrario, podía suceder que la persona perdiera interés por contestar de forma detallada.

En relación con el guion de la entrevista estaba compuesto por seis partes que se podían abordar de manera secuencial o alternando entre los diferentes bloques según se fuera desarrollando la entrevista. También podía suceder que la persona entrevistada hablará de

un tema en específico sin que el investigador se lo solicitara. En estas circunstancias, se favorecía que la persona siguiera conversando acerca del asunto. La entrevista se dividió en seis bloques temáticos que se detallan a continuación:

Bloque 1. Breve historia de la relación. En este primer bloque se trató de generar un ambiente relajado y próximo. Se comenzó por el inicio y el desarrollo de la relación hasta la decisión de irse a vivir juntos ya que eran preguntas que hacían retroceder a las personas a situaciones felices, al tiempo que tenían importancia en sus vidas.

- Contexto en el que la pareja se conoció: lugar, circunstancias personales, primeros pasos en la relación, desarrollo posterior, etc.
- Contexto en el que se decidió vivir juntos y motivos de esta decisión.

Bloque 2. División del trabajo doméstico en la relación de pareja. En este segundo bloque se preguntó a cada miembro de la pareja por los diferentes aspectos que engloban el reparto y la organización del trabajo doméstico.

- Forma de dividir el trabajo doméstico y razones para hacerlo así.
- Toma de decisiones sobre la división del trabajo doméstico.
- Momentos del día y de la semana para realizar el trabajo doméstico.
- Tareas que se prefieren hacer y los motivos.
- Interés en cambiar la división del trabajo doméstico y cambios que se propondrían.
- Cambios en la división del trabajo doméstico a lo largo del tiempo y razones para que se hayan producido (o no) estos cambios.
- Atención que se le presta al estado del hogar.
- Importancia que se le concede al orden y la limpieza.
- Comparación sobre el tiempo que cada parte de la pareja dedica a las tareas del hogar.

Bloque 3. Conflictos por el reparto y la organización del trabajo doméstico. En este apartado se concentra el conjunto de situaciones que han podido generar algún tipo de conflicto en la relación de pareja a causa del reparto o la organización de las tareas del hogar.

- Diferencias en las costumbres sobre cómo organizar el trabajo doméstico o diferencias por las formas de hacer las tareas del hogar y la manera de resolver dichas diferencias.
- Conflictos por la división del trabajo doméstico y cambios que se han introducido a raíz de éstos.
- Evolución de los conflictos a lo largo del tiempo.
- Cambios personales que se han producido a causa de los conflictos.

Bloque 4. Socialización doméstica antes de convivir con la pareja. Este bloque recoge aquellos aspectos relacionados con la socialización doméstica en la familia de origen y posibles socializaciones posteriores antes de comenzar a convivir con la pareja actual.

- Implicación con el trabajo doméstico en la familia de origen.
- Participación en el trabajo doméstico de los hermanos y las hermanas.
- División del trabajo doméstico de los progenitores.
- Progenitor responsable de organizar y supervisar que se cumplieran las tareas encomendadas.
- Diferencias entre los hermanos y las hermanas en la asignación que los progenitores hacían de las responsabilidades domésticas.
- Otras situaciones en las que se haya estado en contacto con el trabajo doméstico una vez se abandona el nido familiar. Contextualización y relevancia.

Bloque 5. Situación sentimental actual. Para cerrar la entrevista a cada miembro de la pareja se le pregunta de manera breve sobre la situación sentimental actual, la convivencia en general y si desearían cambiar algunos aspectos de la relación.

Bloque 6. Características socioeconómicas. En este apartado se recogen una serie de características socioeconómicas que facilitaban la objetivación de cada miembro de la pareja. Como se podrá ver en el apartado de resultados, estas características se han tenido en cuenta en el análisis.

- Entre las características más relevantes cabe destacar la edad, el número y la edad de los hijos, los ingresos individuales, el nivel de estudios, la profesión y si había contratado personal de limpieza.

4.6. Procedimiento analítico

En este último apartado metodológico se describe el procedimiento utilizado para analizar los resultados. No obstante, antes de comenzar con este punto es importante destacar que el procedimiento analítico se modificó después de los primeros análisis de los datos. Esta decisión se tomó porque facilitaba la elaboración de una síntesis de los resultados más compleja. El cambio en el procedimiento analítico contribuía a reconstruir unos resultados más densos, sin que esto implicara perderse en los detalles.

Después de la transcripción de las entrevistas, la primera decisión que se tomó fue leer detenidamente cada una de ellas para familiarizarse con su contenido y tener una visión general. En esta primera lectura se hacían anotaciones para tener un primer acercamiento con el análisis. Como las entrevistas se hicieron en dos oleadas de trabajo esta operación se repitió en cada una de ellas.

Finalmente, se optó por utilizar los conceptos de trayectoria de socialización y perfil doméstico porque permitían la construcción de los distintos procesos, actitudes y grados de implicación con el trabajo doméstico. El concepto de trayectoria surgió a raíz de la lectura de bibliografía que no estaba directamente relacionada con la temática (Becker, 2009; Moreno, 2010). Por el contrario, el concepto de perfil doméstico nació de la literatura dedicada a la división del trabajo doméstico (Coltrane, 1989; Penha-Lopes, 2006; González y Jurado, 2015; Julià y Escapa, 2021).

La información restante se incluyó dentro de las dimensiones de toma de decisiones y conflictos, basadas en la literatura que analiza las dinámicas de interacción y el impacto que tienen en la distribución del trabajo doméstico y la convivencia (Kaufmann, 1992; Deutsch, 1999; Amigot-Loache et al., 2015; Moreno, 2015; Agirre, 2016). A modo de recordatorio, los objetivos de la investigación recogen con más detalle el desglose de cada uno de estos aspectos.

Entrando ya en el procedimiento analítico, en cuanto a la reconstrucción de las trayectorias de socialización se detectaban, en primer lugar, los distintos agentes implicados en el proceso. Una vez localizados se analizaba la influencia que los agentes habían tenido en las experiencias de las personas con las tareas del hogar. La reconstrucción de las diferentes trayectorias se realizó utilizando el método comparativo constante. Método que es de especial utilidad cuando se busca testar procesos sociales con el objetivo de generar teoría (Valles, 2009).

Como señalan Verd y Lozares (2016) el método comparativo constante es una de las formas clásicas de análisis cualitativo que no debe ser confundida con la teoría fundamentada, la cual que engloba el conjunto del diseño cualitativo. Este método se caracteriza por constituir un procedimiento basado en la revisión, comparación y agrupación de los datos con el objetivo de reconstruir la heterogeneidad de perfiles y procesos presentes en la realidad social (Verd y Lozares, 2016). La utilización de este método se complementó con un enfoque abductivo que implicaba alternar los datos cualitativos emergentes con un marco teórico e investigaciones contrastadas (Conde, 2009; Tracy, 2018).

Para la reconstrucción de los perfiles domésticos se tuvo en cuenta la dimensión física y mental del trabajo doméstico. Es decir, el conjunto de aspectos relacionados con la ejecución y organización de las tareas. Se prestó especial atención al uso del lenguaje de las personas entrevistadas debido a que la forma de hablar y de expresarse era relevante a la hora de construir la tipología de perfiles. A este respecto, Coltrane (1989) ya había observado diferencias importantes en el vocabulario de los hombres que decían “ayudar” en las tareas y aquellos que decían sentirse “responsables” de las mismas.

Para evitar sesgos en la construcción de los perfiles se tuvo en cuenta la información proporcionada por el otro miembro de la pareja. En especial, en la construcción de los perfiles masculinos fue clave la información que aportaban las mujeres, ya que aquellos varones con poca participación en las tareas domésticas evitaban o minimizaban hablar sobre los conflictos. En cambio, las entrevistas realizadas a las mujeres ofrecían mayor cantidad de información y de detalles. Para la elaboración de los perfiles también se utilizó el método comparativo constante y el enfoque abductivo.

Finalmente, en cuanto al análisis de la toma de decisiones y los conflictos, primero se diferenció entre dos grupos de parejas según la forma de reproducir las relaciones de género (parejas asimétricas y parejas corresponsables). En base a esto, se llevó a cabo una comparación entre ambos grupos para determinar si existían diferencias significativas en la toma de decisiones y conflictos, así como el impacto que estas dimensiones causaban en la división del trabajo doméstico y en la convivencia.

Como apunte general hay que destacar la atención que en todo momento se prestó al lenguaje que utilizaban las personas entrevistadas. La transcripción de las entrevistas fue determinante para analizar la información implícita que contenían (Conde, 2009). Cuando

se intenta reconstruir las dinámicas de interacción, lo sobreentendido o lo no dicho son pistas que mejoran la interpretación de la realidad social (Goffman, 2006).

5. RESULTADOS

5.1. Introducción

Los resultados han sido organizados en cuatro secciones. Cada una de ellas se corresponde con uno de los objetivos específicos de la investigación a excepción de los puntos 5.3. y 5.4. que de forma conjunta engloban el segundo objetivo específico. La sección 5.2. se corresponde con el primer objetivo y la 5.5. con el tercero.

En la primera de las secciones se reconstruyen las trayectorias domésticas de los varones y mujeres hasta antes de comenzar a convivir con la pareja. En concreto, se observa cómo la familia de origen, los grupos de amistad y de trabajo influyen en la experiencia que tienen con el trabajo doméstico. Por una parte, se analizan los distintos grados de implicación que la familia de origen demanda a las personas entrevistadas en su adolescencia, los conflictos que se producen por estas demandas y la propia división del trabajo doméstico de los progenitores. Con ello se pretende describir las similitudes, diferencias y desigualdades de género presentes en la socialización familiar. Más adelante se examinará el impacto que esto tiene en el reparto doméstico cuando las personas comienzan a convivir con sus respectivas parejas. En el caso de los grupos de amistad y de trabajo se destaca sobre todo aquellas vivencias que logran modificar las actitudes interiorizadas por la socialización familiar.

La segunda y tercera sección de los resultados está dedicada a construir una tipología de perfiles masculinos y femeninos. Para ello se ha tenido en cuenta el grado y la forma de implicarse en el trabajo doméstico una vez las personas entrevistadas comienzan a convivir en pareja. Cada perfil ha sido diseñado teniendo en cuenta la socialización previa a la convivencia con la pareja, la propia socialización conyugal y los factores socioeconómicos que condicionan el éxito o fracaso de esta última. En resumen, esta sección describe y explica la emergencia de los distintos perfiles domésticos considerando las condiciones socioeconómicas y la influencia de los diferentes agentes de socialización.

La cuarta sección examina la toma de decisiones y los conflictos por el reparto y la organización del trabajo doméstico. Para ello se distinguen dos grupos de parejas: parejas que reproducen asimetrías de género en tanto que las mujeres son las principales responsables del trabajo doméstico y parejas que deshacen las asimetrías mediante la puesta en práctica de actitudes corresponsables. De esta manera se podrá observar las

diferentes dinámicas de decisiones y conflictos que tienen lugar en el seno de la relación de pareja.

5.2. Agentes de socialización

En líneas generales, se han identificado tres tipos de trayectorias domésticas y la influencia de cuatro agentes de socialización: la familia de origen, los grupos de amistad, los grupos de trabajo y la pareja. Para facilitar la exposición de cada proceso se respetará el orden de aparición de los agentes y las trayectorias se agruparán en función de su similitud para simplificar la comparación entre mujeres y varones y el seguimiento particular de cada una de estas. Aunque en esta primera sección no se analiza la socialización conyugal, la tabla 1 resume las características de las diferentes trayectorias y el conjunto de los agentes sociales implicados.

Tabla 1. Agentes y procesos de socialización de las diferentes trayectorias domésticas.

| Trayectorias domésticas | Agente de socialización | | | |
|-------------------------|--|---|---|---|
| | Familia nuclear | Grupo de amistad | Grupo de trabajo | Cónyuge |
| <i>Trayectoria 1</i> | Socialización en una baja implicación con el trabajo doméstico | No aplica | No aplica | Mujeres: con la pareja tienden a ser corresponsables. Varones: si no han adquirido una actitud corresponsable, resocialización condicionada a factores materiales. |
| <i>Trayectoria 2</i> | Socialización en una baja implicación con el trabajo doméstico | En el caso de los varones puede reorientar hacia una actitud corresponsable | En el caso de los varones puede reorientar hacia una actitud corresponsable | Mujeres: con la pareja tienden a ser corresponsables. Varones: si no han adquirido una actitud corresponsable, resocialización condicionada a factores materiales. |
| <i>Trayectoria 3</i> | Socialización en una media o alta implicación con el trabajo doméstico | No afecta a los hábitos y actitudes adquiridos en la familia nuclear | No afecta a los hábitos y actitudes adquiridos en la familia nuclear | Reparto corresponsable desde el inicio. Pero la llegada de los hijos genera una tradicionalización |

Fuente: elaboración propia.

5.2.1. La implicación con el trabajo doméstico en la familia de origen

En primer lugar, se han observado diferencias significativas en cuanto al grado de responsabilidad que las familias de origen asignaban a sus descendientes. En el caso de la primera y la segunda trayectoria se caracterizaban por la baja implicación doméstica que las familias demandaban tanto a las mujeres como a los hombres entrevistados. Lo

habitual era que los individuos de estas trayectorias se ocuparan de tareas de carácter personal como hacer la cama, ordenar la habitación y las pertenencias. En algunas ocasiones, también participaban en tareas más colectivas que repercutían en el resto de la familia, preparando y recogiendo la mesa después de comer o tirando la basura. En todo caso, se puede decir que las responsabilidades que las familias les demandaban eran por lo general bajas. En cambio, la tercera trayectoria se caracterizaba porque las familias de origen les demandaban una gran cantidad de trabajo doméstico que requería una alta dedicación. Era habitual que las personas de esta tercera trayectoria en su adolescencia no solo hayan cuidado de sus pertenencias personales, sino que además se hayan implicado en tareas como barrer, fregar, planchar y preparar distintos tipos de comidas.

No obstante, más allá de las semejanzas entre mujeres y varones de una misma trayectoria se han observado importantes asimetrías de género presentes en las diversas formas de socialización familiar. A continuación, se examina cómo estas condicionaban las relaciones filioparentales y la propia división del trabajo doméstico.

5.2.2 Privilegios masculinos frente a circunstancias y pactos filiomaternales

En lo que se refiere a la primera y segunda trayectoria, se apreciaron notables diferencias en cómo los hombres y las mujeres hablaban de su baja implicación doméstica en la familia de origen y en las justificaciones que daban al respecto. Para empezar, los varones decían que sus familias les otorgaban el privilegio de desentenderse de las responsabilidades del hogar por el hecho de ser hombres. En cambio, las mujeres no mencionaban posibles privilegios “femeninos” a la hora de explicar su baja participación, sino que aludían a una serie de circunstancias familiares y pactos filiomaternales que explicaban su baja colaboración con las tareas del hogar.

En el caso de los hijos varones, era frecuente que las familias les ofrecieran más comodidades y autonomía al dejarles decidir qué hacer con su tiempo libre. Las familias, y en especial las madres, creaban un ambiente relajado y cómodo consintiendo que los hijos se mantuvieran distanciados de las necesidades y obligaciones del hogar. En términos de Durkheim (2014), se podría decir que de forma no consciente las familias sacralizaban el tiempo de los hijos. Expresiones tales como “vivía en un hotel” o “los hombres no tienen que limpiar” reflejan el trato de favor que los progenitores les daban al desvincularlos de las preocupaciones y quehaceres del hogar:

Te das cuenta de que no te preocupabas mucho de contribuir al sostenimiento de la familia, ni de la casa... vivía en un hotel como decía mi padre (Varón 1, 50 años, trayectoria 1).

En mi casa, nosotros éramos dos hombres y los hombres no tienen que limpiar. Esa es la mentalidad que ha habido siempre en mi casa (Varón 13, 31 años, trayectoria 2).

Además, en las familias con una marcada división sexual del trabajo doméstico se podía observar una actitud servicial de las madres y las hermanas hacia los hijos. Sin embargo, no se han observado estos mismos comportamientos a favor de las hijas. En este sentido, algunos varones se beneficiaban de las comodidades que las madres y las hermanas les daban cuando, por ejemplo, les limpiaban la habitación o les preparaban el desayuno. Debido a que las hermanas y las madres se encargaban de la mayor parte de las tareas, ellos podían disfrutar de más tiempo libre para dedicarse a otra clase de actividad:

Mi madre hacía todo, todo, todo. Somos tres hijos, yo soy el mayor y yo estoy acostumbrado hasta que me traigan el desayuno a la cama (Varón 12, 29 años, trayectoria 1).

[...] las grandes tareas las hacían mi hermana y mi madre, pero de siempre nos han enseñado que nuestra cama había que hacerla, que teníamos que ducharnos, quitar la ropa y no dejarla en medio (Varón 6, 60 años, trayectoria 1).

La influencia de la asimetría de género también se podía apreciar si se observaba con qué progenitor colaboraban los hijos. En ciertos casos, si la madre era quien realizaba las labores del hogar, la presencia de los hijos no se demandaba. Mientras que si estaba en juego el tiempo y el esfuerzo de los padres sí era legítimo demandar a los hijos que les facilitaran el trabajo. De manera que la llamada “solidaridad familiar” solo se activaba cuando los padres eran quienes necesitaban de apoyo:

R: Si mi padre hacía la comida participábamos en poner la mesa, quitar la mesa [...] Ahí mi padre lo hacía [fregar los platos] y los platos también lo hacíamos nosotros. Pero solamente en la cocina, pero lo que es barrer o fregar los dormitorios, que están en la parte superior de la casa, eso no.

P: Eso lo hacía...

R: Eso lo hacía mi madre (Varón 22, 52 años, trayectoria 1).

En las familias de nivel económico medio-alto o alto estas diferencias de trato quedaban diluidas en la medida en que podían contar con una empleada del hogar encargada de

hacer la mayor parte del trabajo doméstico. De manera que los descendientes de ambos sexos solo tenían que ocuparse de recoger y ordenar el dormitorio:

Bueno, yo creo que... el tema de la limpieza de la habitación empezó tarde [con 23 años]. Es que nosotros hemos tenido una limpiadora contratada, entonces al fin y al cabo yo nunca he tenido que limpiar mi habitación (Varón 20, 27 años, trayectoria 1).

Había una chica que dormía en mi casa [...] Siempre teníamos a alguien (Mujer 14, 45 años, trayectoria 2).

En cualquier caso, al explicar por qué participaban menos en las tareas del hogar durante la adolescencia, las mujeres de la primera y segunda trayectoria no mencionaban privilegios ni tratos de favor que las beneficiaran. Antes bien, lo que condicionaba su baja implicación estaba relacionado con circunstancias familiares y pactos filiomaternales.

En lo que respecta a las circunstancias familiares, las mujeres señalaban las dificultades que sus progenitores tenían para estar presentes en el hogar a causa del horario de sus empleos. Debido a ello, los progenitores regresaban al hogar al final de la tarde, lo que les impedía supervisar que las hijas hicieran en tiempo y forma el trabajo doméstico que les habían asignado. En estos casos, lo habitual era que las hijas hicieran rápidamente las tareas unos minutos antes de la llegada de los padres. La experiencia con el trabajo doméstico se reducía a evitar el enojo de los progenitores haciendo las tareas en el último momento y sin poder interiorizarlas como parte de su responsabilidad:

Mis padres han tenido el problema de que tenían el horario partido. Yo tengo una hermana mayor... mis padres siempre salían de casa corriendo y luego volvían comían y salían otra vez corriendo [...] ¿qué pasa? Pues que cuando eres pequeña el tema de la limpieza lo vas dejando... [...] Es verdad que decía: “si mis padres vienen a las nueve, pues ahora que son las ocho me da tiempo a limpiar”. Yo dejaba todo eso como... (Mujer 21, 28 años, trayectoria 2).

Las circunstancias familiares también estaban relacionadas con conflictos que se producían entre los progenitores y que en ocasiones se agravaban debido a la falta de responsabilidad doméstica de los padres varones. En estas situaciones, las madres dejaban de gestionar y cuidar de la vivienda como mecanismo de defensa ante el trato discriminatorio y el deterioro de la relación. En una de las entrevistas se podía apreciar cómo ante la falta de responsabilidad del padre y la desvinculación de la madre con las tareas del hogar, a causa de la actitud de su pareja, tanto la hija como su hermano menor

tuvieron una adolescencia marcada por el nulo contacto con las tareas del hogar. Si bien, cabe matizar que con el paso del tiempo y debido a la prejubilación, el padre empezó a implicarse más, los años de adolescencia de la hija ya estaban condicionados por la primera situación:

Por problemas matrimoniales con mi padre, porque mis padres no se llevan bien, o sea, siguen juntos, pero no se llevan bien. Ya como que [mi madre] empezó a renegar de la limpieza de la casa. Y, además, ella trabajaba, su trabajo es de ocho a tres de la tarde, entonces se sentía como esclava de tener que hacer las cosas ella [...] Mi madre nunca me ha exigido a mí, ni a mi hermano que hagamos tareas de la casa, porque como no las hacía ella, ¿cómo nos iba a exigir? Ni lo he visto, ni nunca me lo han dicho [...] ¿Qué pasa? Que mi padre se prejubiló [...] y claro, mi padre estaba en casa todos los días, y ahí tuvo que apechugar. (Mujer 18, 26 años, trayectoria 2).

En cuanto a los pactos filiomaternal es cabe destacar que las madres acordaban con sus hijas una especie de “liberación” del trabajo doméstico a cambio de que dedicaran más tiempo a los estudios y obtuvieran mejores resultados académicos. Es decir, no es que a las hijas se les concediera la autonomía de decidir sobre su tiempo, sino que las madres utilizaban el trabajo doméstico como un medio para exigirles un rendimiento escolar más alto. Se podría decir que la baja demanda de colaboración era parte de una estrategia de las madres para incentivar el estudio de sus hijas. De forma que las calificaciones escolares servían para controlar si las hijas invertían el tiempo de forma eficiente para, en caso contrario, utilizar el trabajo doméstico como forma sancionar su comportamiento:

Mi madre siempre decía: “yo lo que quiero es que con que me ayudéis a poner y quitar la mesa ya está. Vosotras tenéis vuestras obligaciones [escolares] pues hacerlas. Eso sí, cómo no hagáis vuestras obligaciones os ponéis [las dos hijas] a ayudarme a todo” [...] Es como un favor, realmente (Mujer 15, 25 años, trayectoria 2).

El uso estratégico que las madres daban a las tareas del hogar era posible o bien porque ellas mismas asumían las responsabilidades que no habían delegado en las hijas o bien porque contrataban a otra mujer que se hacía cargo del trabajo. En cualquiera de los dos casos, el trabajo doméstico no dejaba de ser una actividad que circulaba, se pactaba y gestionaba entre mujeres:

En mi casa mi madre era muy de: “tienes que estudiar para salir adelante, tener una carrera. Las chicas no están en la cocina”. O sea, yo no aprendí a cocinar en mi casa y a mí no me

dejaban entrar en la cocina, era como prohibida la cocina. Ahí está la chica [contratada], que cocine (Mujer 14, 45 años, trayectoria 2).

Por otro lado, aunque las madres “liberaran” a sus hijas de hacer el trabajo doméstico no significaba por ello que más adelante no les enseñaran las responsabilidades que en la adolescencia no le habían inculcado. En efecto, era reseñable que en algunos casos se producía una socialización tardía cuando éstas se independizaban del hogar. Cuestión que en los varones no se ha podido observar en ninguno de los casos. Así, aunque con retraso, las madres instruían a sus hijas en trucos para economizar en las compras y en competencias que les hacían desarrollar altos estándares con el orden y la limpieza del hogar. En el caso de una de las entrevistadas, la insistencia de la madre para que adoptara nuevos hábitos comenzó a dar fruto hasta el punto de reproducir las mismas dinámicas de organización que ella. Con cada encuentro, la madre iba disminuyendo las resistencias de la hija a cambiar sus costumbres y, progresivamente, aquella adolescente despreocupada y distante de las tareas domésticas fue dejando paso a una mujer cuidadosa, atenta y preocupada por el estado del hogar:

Mi madre es la que me ha enseñado a llevar la casa por así decirlo porque yo era un caos. Cuando llegué a [nombre de la ciudad], madre mía... A lo mejor juntaba tres lavadoras de calcetines sin doblar y venía mi madre y me decía: “¡pero tú te crees que tengo que venir a [nombre de la ciudad] nada más que a doblarte calcetines!” Y yo le decía que qué más da. Entonces claro, mi madre erre que erre: “esto es así, ponlo así, dobla esto así y esto lo pones así. Y aquí en la cocina lo pones así y aquí lo otro”. Entonces, como me ha inculcado así las cosas sobre cómo tienen que ser, pues al final de verdad que he cogido esas manías [...] Incluso también otra cosa que es... que a lo mejor parece una tontería, pero... el tema de la compra. Eso es una cosa que yo antes no le prestaba atención. Yo iba y en el mismo sitio lo compraba todo y ya está. Y no, mi madre me decía: “hay que hacer economía de hogar. Si aquí está la cosa un poco más barata que aquí, pues te vas para allá. Y así ahorras”. (Mujer 15, 25 años, trayectoria 2).

Como último apunte, cabe señalar que existen diferencias significativas en cuanto a la edad de los varones y las mujeres de estas dos primeras trayectorias. La mayoría de las mujeres se encontraban en las franjas de edades más jóvenes, entre los 25 y 35 años. En los casos de las mujeres de más edad, de 45 a 55 años, sus familias tenían un nivel económico medio-alto o alto y solían contratar a empleadas del hogar para que les hiciera la mayor parte de las labores del hogar. En cambio, los varones de las trayectorias uno y dos estaban presentes en todas las franjas de edad y estratos económicos. De forma que,

en esta muestra de estudio, la baja implicación doméstica de los hombres no estaba condicionada por la edad o por el nivel económico de la familia de origen. Por el contrario, la baja implicación de las mujeres se producía entre las generaciones más jóvenes o entre las familias de nivel económico alto.

5.2.3. ¿Quién manda? La disputa por la autoridad

En líneas con otros estudios (Martín y Moreno, 2005; Moreno, 2015; Montañés y Moreno, 2022), se ha podido observar que las madres eran las principales responsables de supervisar y asignar las tareas domésticas. Sin embargo, por pocas o muchas que fueran estas responsabilidades era común que en la adolescencia los varones y las mujeres protestaran o se quejaran de las responsabilidades que les demandaban. Como ya observó Kaufmann (1992) suele ser habitual que los adolescentes traten de eludir algunas de las tareas.

Los numerosos intentos por evitar el trabajo doméstico estaban presentes en las tres trayectorias, tanto en varones como en mujeres. Incluso se solía mencionar a las hermanas y los hermanos como parte de este proceso de protesta que, con el paso del tiempo, se apaciguaba hasta prácticamente desaparecer. En efecto, lo habitual era que con el transcurso del tiempo interiorizaran las labores del hogar como parte de sus obligaciones familiares, siendo las madres quienes se solían encargar de gestionar este tipo de situaciones tratando que los menores aceptaran hacer el trabajo. Si bien, estas estrategias con las que eludir las responsabilidades se caracterizaban porque no ponían en cuestión las demandas de participación ni la autoridad de las madres en tanto que demandantes:

Al principio protestaba e intentaba escaquearme un poco, pero no me duraba mucho. Mi madre se ponía seria y me decía que era lo que había. Y al final acababa pasando por el aro. Ya la siguiente vez que me lo mandaba me quejaba un poco menos hasta que ya lo asumía como algo que tenía que hacer. Entonces era perder el tiempo, mejor hacerlo directamente (Varón 11, 28 años, trayectoria 3).

Mi hermana era como más culo inquieto y se escaqueaba. Pero que cuando lo hace, lo hace [...]. Yo siempre si me lo han dicho pues lo hago. Peleando, porque siempre hay que poner resistencia, pero... (Varón 21, 28 años, trayectoria 3).

No obstante, era relevante que en algunos casos de varones pertenecientes a la primera o segunda trayectoria, sus protestas no solo buscaban disminuir el tiempo dedicado al trabajo doméstico, sino que cuestionaban la legitimidad de la propia demanda y la

autoridad de las madres. En este sentido, cuando los progenitores reclaman que sus descendientes se impliquen con el trabajo doméstico lo que está en juego no es únicamente la distribución del trabajo. De manera soterrada cada demanda lleva implícito el reconocimiento de la autoridad parental capaz de transformar los intereses individuales en intereses colectivos con los que mantener el buen funcionamiento del hogar y un reparto más equilibrado del trabajo.

La legitimidad del ejercicio de autoridad depende tanto de la percepción de la persona que lleva a cabo la orden como de la percepción de la persona que la acata. En las familias donde los menores protestaban, en última instancia la autoridad de las madres se aceptaba porque lo que cuestionaban los hijos era la actividad demandada y no la obligación moral de obedecer (Saltzman, 1992). En cambio, cuando la autoridad en sí es puesta en cuestión, lo que sucede es que los hijos se niegan a asumir los intereses de la familia como propios creando un enfrentamiento entre las partes. Esta clase de enfrentamientos tenían lugar en familias donde los padres pasaban poco tiempo en el hogar o permanecían al margen de las situaciones conflictivas, así como en familias monoparentales encabezadas por madres.

Estos conflictos donde la legitimidad de la autoridad estaba cuestionada se caracterizaban porque los hijos querían hacerse con el control de la situación mostrándose intransigentes ante cualquier demanda de colaboración. En estos casos, los castigos de poco servían porque la autoridad de las madres ya estaba deslegitimada. Así, los hijos solo accedían a colaborar solamente en los casos de extrema necesidad de las madres. Esta colaboración estaba condicionada por la percepción que ellos tenían del coste de sus acciones sobre el bienestar físico y mental de la madre, independientemente de lo que ella pensara. Para algunas autoras (Barberá, 2004; Carrillo y Revilla, 2006; Dema, 2006), estas acciones vendrían a expresar la puesta en escena de un tipo de masculinidad dominante caracterizada por el valor que concede a su propia autonomía por encima de los costes que pueda causar:

Con el tema de fregar los platos, que eso ya sí ha habido alguna vez que [mi madre] ha dicho: “pues friega tú los platos”. Algunas veces lo he hecho, pero es verdad que ya, al tiempo de no querer hacerlo, no lo he acabado haciendo, aunque me lo pidiera [...] he sido muy cabezón, me decía: “¡te castigo!”, y yo: “me da igual, pues me lo salto”, ¿sabes? Entonces, ella a lo mejor me lo pedía y, si me pillaba que yo empatizara mucho con ella, o de verdad veía que le hacía falta, pues sí lo hacía (Varón 18, 32 años, trayectoria 2).

Siguiendo a Bourdieu (2019), se podría afirmar que el carácter dominante de este tipo de masculinidad se manifiesta en el derecho que se otorga a sí misma para estar exenta de cualquier demanda o reclamo familiar, alterando de esta manera las relaciones familiares basadas en el principio de cooperación y afecto. De tal forma que, si las madres quieren salvaguardar los lazos filiomaternales se ven en la tesitura de aceptar la autoridad del menor. La posición más dominante de algunos hijos se reflejaba en la manera de representar a la madre como “la pobre”. Demostrando con esto el fracaso que las madres experimentan cuando tratan de imponer su autoridad y la sobrecarga que sufren a causa de esto:

La pobre decía: “oye, tenéis que ayudar, no puede ser que lo haga todo sola”. Pero al final como que lo hacía todo ella y no pasaba nada, por así decirlo. Lo típico de decir “haz eso”, y mira que mi madre es muy estricta, pero... al final ella lo hacía todo (Varón 12, 29 años, trayectoria 1).

Si comparamos la reconstrucción más “laxa” que los entrevistados daban de estas situaciones con el análisis más “duro” que se está realizando, podría sugerirse que los datos están siendo sobreinterpretados. Sin embargo, es habitual que al relatar situaciones que pueden perjudicar o comprometer su imagen, las personas se expresan de tal forma que su comportamiento sea menos sancionable (Goffman, 2012b). Es por eso que resulta interesante tener el testimonio de otras personas que relaten la historia de forma más descarnada. En este caso, una de las entrevistadas explicaba que la principal razón por la cual la madre no le demandaba a su hijo participar del trabajo doméstico era el temor que sentía hacia él porque pudiera volverse violento. Este miedo ocasionaba que la hija se viese obligada a hacerse responsable del trabajo doméstico, además de soportar las represalias contenidas de la madre hacia el hijo. El resultado era un círculo de violencia psicológica que se cerraba con la hija como principal damnificada:

Mi hermano no ha limpiado en su vida. Él no ha limpiado en su vida. Se iba con los amigos, volvía y mi madre cuando llegaba... [...] Evitaba poder decirle algo que le doliese y que le hiciera sacar el genio. Entonces, el decirle: “[Nombre del hijo], te he dicho que tienes que limpiar”. Era como... que no se lo quería decir porque va a estallar y le va a decir: “¡Que no me sale de los cojones!” Es que va a montar un pollo y se va a ir de casa. Y mi madre quería evitar eso y sabía que conmigo no iba a pasar eso. Sabía que a mí me iba a montar un pollo y yo me iba a callar y me las iba a comer todas. Y eso es lo que pasaba. (Mujer 20, 27 años, trayectoria 3).

Hasta ahora, los aspectos analizados muestran cómo las asimetrías de género influyen en las trayectorias de los varones y mujeres con un bajo nivel de participación doméstica en la adolescencia. Esto demuestra que frente a experiencias similares con el trabajo doméstico, las relaciones de género siguen estando presentes, alterando de forma significativa la construcción de la realidad familiar (Dema, 2006; Torns y Recio, 2013).

5.2.4. Hijos responsables, hijas serviciales

Los varones y las mujeres de la tercera trayectoria se caracterizaban porque la familia de origen le habían demandado una alta implicación con el trabajo doméstico y al igual que en las anteriores trayectorias, las madres eran quienes en mayor medida se encargaban de gestionar y supervisar su participación. En esta trayectoria se podía apreciar cómo de forma progresiva varones y mujeres iban asumiendo un mayor número de responsabilidades del hogar. Era un proceso de responsabilización que solía comenzar con tareas de baja dificultad, como preparar y recoger la mesa o fregar la vajilla, para gradualmente avanzar hacia actividades más complejas como cocinar o planchar la ropa.

Focalizándonos en los varones, observamos que las madres de las generaciones más jóvenes eran quienes mayor implicación les demandaban. Lo característico era la formación de hijos responsables y atentos con las necesidades del hogar:

Mi madre fue la encargada de irme metiendo cosas. Desde que tenía seis o siete años empecé a recoger la mesa, poner los platos, fregar... Y poco a poco fue yendo a más. [...] Y conforme fueron pasando los años fui adquiriendo más responsabilidades. Ya también me fue tocando planchar algunos días, hacer el baño. Poco a poco, conforme fui creciendo, me fueron otorgando más responsabilidades (Varón 11, 28 años, trayectoria 3).

Bueno, empecé porque mi madre me fue diciendo que limpiara con ella. Pero luego más adelante yo no recuerdo a mi madre decir: “[nombre del varón], limpia el comedor o el salón”. Salía bastante de mí [...] Yo recuerdo que llegaba el fin de semana y le decía a mi madre de limpiar los cristales del comedor o lo que sea (Varón 10, 34 años, trayectoria 3).

R: Entonces, es verdad que de pequeño sí que me encargaban a mí de limpiar el baño [...] Y luego, ya de más mayor sí me tocaba limpiar [la vajilla]. Es verdad que teníamos lavavajillas, que recoger el lavavajillas es muy sencillo. Y pasar la casa con la aspiradora un poco y quitar el polvo con el plumero.

P: ¿A qué edad más o menos?

R: Pues de limpiar así, con trece o catorce. Y hacerme de comer con diez u once años (Varón 17, 27 años, trayectoria 3).

Si comparamos los varones y mujeres de esta tercera trayectoria se pueden observar muchas similitudes en las experiencias de socialización con el trabajo doméstico. Incluso, en algunos casos, se puede decir que las familias actuaban desde modelos igualitarios que facilitaban una neutralización de las relaciones de género asimétricas. No obstante, las diferencias también eran notables ya que para muchas mujeres el trabajo doméstico se convertía en algo más que una responsabilidad por el hecho de tener que estar al servicio de la familia.

En efecto, mientras que las familias demandaban a los varones hacerse responsables de las tareas asignadas, en el caso de las mujeres la situación solía trascender la idea de responsabilidad. A ellas les pedían que hicieran más tareas en comparación con sus hermanos y, en los casos de alta desigualdad, incluso les demandaban hacer el trabajo que les correspondía a aquellos. De forma que, desde edades muy tempranas las mujeres experimentaban desigualdades con el tiempo libre. Éstas se encontraban ante lo que Fougeyrollas-Schwebel (2002) definió como un estar permanentemente disponible al servicio de la familia. En este sentido, las familias no solo les reclamaban tiempo para hacer los quehaceres comunes de la unidad familiar, sino que además les pedían que mantuviesen una actitud servicial dedicando su tiempo a posibles necesidades que otros miembros de la familia pudiesen tener:

Cuando éramos pequeñas, mi [nombre de la hermana] y yo éramos las que limpiábamos la casa cuando ya teníamos una edad como para estar limpiando. Nosotras teníamos que limpiar la casa, hacerles la cama a mis hermanos. Y mis hermanos no hacían nada. Nosotros poníamos la mesa, quitábamos la mesa y los dos niños pues sentados sin hacer nada. Ellos se levantaban y se sentaban a ver la tele. Y mi hermana y yo pues a limpiar la casa (Mujer 22, 49 años, trayectoria 3).

En mi casa mi hermano me decía que le limpiase el cuarto un domingo. O, por ejemplo, mi hermano se echaba novia y decía que venía [Nombre de la pareja de su hermano], su novia. Y teníamos que limpiar el salón. Y nos poníamos corriendo a limpiar las cosas porque era su novia la que venía (Mujer 11, 29 años, trayectoria 3).

La interiorización de actitudes serviciales influía en la manera que las hermanas tenían de negociar el reparto de las tareas en la medida en que lo percibían como un asunto que les concernía de forma exclusiva, quedando sus hermanos al margen de la discusión. De

forma que las disputas y presiones por lograr un reparto más igualitario era un tema que se debatía y se resolvía entre ellas:

Mi hermana era la que se encargaba de todo. Los domingos, a parte de estudiar, hacía el salón, la cocina... Bueno, la cocina la hacía todos los días ella, el salón lo hacía ella los domingos y los cuartos de mis hermanos [...]. Hasta que yo tuve catorce o quince años y mi hermana dijo que no era justo, y ya nos repartimos entra ella y yo (Mujer 11, 29 años, trayectoria 3).

En los casos de familias con pocos recursos económicos las dinámicas eran diferentes, pero la influencia de la actitud servicial estaba igualmente presente. Así, cuando los hijos llegaban con el padre de trabajar, las hermanas tenían que recogerles y limpiarles la ropa, servirles agua o llevarles la comida a la mesa. Siguiendo a Bourdieu (2019), se puede decir que la actitud servicial de las mujeres hacia los hombres restituía su posición más dominante dentro de la familia. La deferencia que mostraban hacia ellos era indicativa de cómo las asimetrías de género estratificaban las relaciones familiares:

Cuando ellos llegaban de trabajar del campo, mi madre me decía: “¡venga, pendiente de tu hermano! Dale la toalla, dale sus cosas para que se bañe”. Y le teníamos que dar las cosas y la cena o la comida se la hacía mi madre o nosotras a los cuatro [...] Es que cuando llegaban de trabajar mi madre me decía que todo era para los niños (Mujer 19, 52 años, trayectoria 3).

Por otra parte, también en la tercera trayectoria se podían encontrar otras formas menos acentuadas y más sutiles de trato desigual. Por ejemplo, en los casos de las familias que se acercaban a la igualdad, las madres podían conceder a los hijos cierto trato de favor demandándoles menos participación que a sus hermanas. Aunque esto no tenía por qué estar exento de conflicto si las hermanas presionaban a la madre para que cambiara de actitud y les hiciera participar en la misma medida que ellas:

Mis hermanas siempre se han quejado, yo creo que, con un poco de razón, que ellas siempre han hecho más cosas en la casa que nosotros. A pesar de que metían caña, mi madre era un poco más indulgente con nosotros (Varón 11, 28 años, trayectoria 3).

No obstante, aunque las familias dieran un trato igualitario a sus descendientes había otras dinámicas que los progenitores no podían controlar y que determinaban la relación de los menores con el trabajo doméstico. Podía suceder que las hijas trataran de imitar a sus padres para sentirse “mayores” creyendo que el trabajo doméstico les permitiría alcanzar

la anhelada madurez. Esta creencia causaba que las mujeres interiorizaran en mayor medida que sus hermanos un gusto por las tareas y el cuidado del hogar:

Es que desde pequeña yo veía a mi padre, a mi madre o yendo a casa de la abuela, y yo quería jugar a fregar. Era como: “soy súper mayor porque lo hago como tú” [...] y sí que es verdad que mi hermano mellizo le tenían que decir que recogiera su cuarto y que limpiara esto o lo otro [...] Y mi hermano mayor es como más intermedio entre los dos. Ni tan perfeccionista como yo ni tan dejado como el otro (Mujer 17, 24 años, trayectoria 3).

En resumen, los varones y las mujeres de la tercera trayectoria se caracterizaban porque en sus familias de origen habían tenido una alta participación con el trabajo doméstico. Sin embargo, pese a ello se pudo observar diferencias de género significativas. Por una parte, a los hijos les demandaba responsabilidades sin que esto implicara atender las necesidades particulares de cada miembro de la familia. Y en el caso de que tuvieran hermanas éstas no recibían ningún trato de favor. En cambio, para muchas mujeres la situación era diferente porque veían cómo sus hermanos no solo hacían menos tareas domésticas que ellas, sino que además estaban legitimados para demandar que hicieran más trabajo doméstico en caso de que ellos lo necesitaran. Además, aunque el trato fuera igualitario las hijas podían interiorizar en mayor medida un gusto por las tareas y el cuidado del hogar al relacionar el trabajo doméstico con el paso a la edad adulta.

5.2.5. Lo que se ve sin saber que se ve

Como se ha podido comprobar, en las tres trayectorias era común que las madres se encargaran mayoritariamente de hacer las tareas del hogar y de tomar decisiones sobre el grado de implicación de los menores. Estas diferencias entre los progenitores no son baladíes ya que también forma parte de la socialización de género que se transmite en el seno de las familias de manera no consciente (Cordero-Coma y Esping-Andersen, 2018; Schulz, 2021; Montañés y Moreno, 2022). La socialización no es solo una cuestión de cantidad y tiempo dedicado al trabajo doméstico, sino que también está relacionada con lo que ven los menores sobre la aportación que sus progenitores realizan para el buen funcionamiento del hogar.

En las familias con una alta división sexual del trabajo doméstico era recurrente que los descendientes observaran cómo las madres se preocupaban más por los aspectos estéticos asociados con el orden y la pulcritud del hogar y los padres prestaran más atención a los aspectos funcionales y prácticos. Estas diferencias jugaban un papel fundamental en la

configuración de dos visiones del hogar: para las mujeres la vivienda representaba una especie de escaparate donde se exhibía el estilo de la familia, mientras que para los varones representaba una máquina hecha de piezas que requerían de instalación, sustitución y reparación. Una visión estética frente a una visión mecánica que dividían las ocupaciones y preocupaciones de los progenitores:

Pues que cuando eres pequeña el tema de la limpieza lo vas dejando y muchas veces mi madre sí que se ha encontrado al volver de trabajar... ¡Madre de mi vida! [...] Es verdad que mi madre llevaba la voz cantante, pero porque es su personalidad. Porque mi madre... a día de hoy lo sigue haciendo... el hecho de levantarse a las ocho de la mañana para ponerse a limpiar. (Mujer 21, 28 años, trayectoria 2).

Yo no recuerdo a mi padre limpiar nunca, sí que es cierto que, si había que arreglar algo, lo típico de que se ha fastidiado el enchufe o lo que sea, pues mi padre sabía y lo hacía. Pero lo que son tareas domésticas puramente... pues eso limpiar un baño, yo a mi padre no lo he visto limpiar un baño en la vida (Varón 10, 34 años, trayectoria 3).

Otra de las diferencias que las familias transmitían a sus descendientes de manera no consciente estaba relacionada con la mayor dedicación de las madres al cuidado de la alimentación de la familia (Martín y Moreno, 2005). Ellas eran quienes se solían hacer cargo de comprar los productos frescos como la verdura, la carne o el pescado. Mientras que los padres hacían lo propio con los productos químicos que no necesitaban de conocimiento sobre su estado y calidad, más allá de la marca que se acordara comprar. Estas diferencias también estaban presentes en las familias de clase alta en las que la madre, aunque no invirtiera tanto tiempo en la ejecución de las tareas, se encargaba de gestionar todo lo referente a la alimentación de la familia:

Mi madre se dedicaba a la casa más como una gestora porque, como te digo, había una chica en casa siempre, y ella [mi madre] se encargaba de los menús que había que hacer, qué había que comprar (mujer 16, 53 años, trayectoria 1).

Mi padre como que compra [...] como que compra lo raro, lo que a nadie le gusta comprar. Como los detergentes, que los compra a dosis industriales y mi madre es más de comida del día a día, le gusta ir a la plaza. Entonces, mi madre se encarga más de estas compras de alimentación y mi padre pues de los desodorantes (Mujer 10, 26 años, trayectoria 1).

Asimismo, era habitual que los hombres fueran los encargados de tirar la basura mientras que las mujeres dedicaban más tiempo a la preparación de los alimentos. En relación con esto, un análisis que solo considere el tiempo que cada tarea conlleva mostraría que las

mujeres dedican más tiempo a las tareas del hogar que sus parejas. Pero si esta cuestión se examina desde una perspectiva que contemple todos los aspectos de la tarea las diferencias se vuelven más complejas.

Para empezar, tirar la basura implica el uso de la fuerza porque hay que cargar, mover y levantar peso. Mientras que cocinar es una actividad que requiere de atención, cuidado y conocimiento sobre la elaboración de los alimentos y las formas de nutrir el cuerpo. En segundo lugar, tirar la basura supone ocupar el espacio público y exponerse a la mirada de otras personas. De acuerdo con las observaciones de Wolf (2020), cuando las mujeres se exponen a la mirada de los otros experimentan una mayor presión al sentirse más juzgadas por la apariencia que exhiben debido al crecimiento de los estándares estéticos de las últimas décadas. En cambio, cocinar es una tarea que se desarrolla en el ámbito privado lejos de la mirada de terceras personas. Además, mientras que cocinar es una actividad que implica crear un producto a través del cual conservar y desarrollar la vida, tirar la basura supone estar en contacto con lo desechable y deshacerse de aquello que ya no tiene valor ni beneficio para la familia.

En los siguientes fragmentos de entrevista se muestra cómo los progenitores reproducían estas diferencias sin que por ello los descendientes fuesen conscientes de la complejidad que esto entraña, siendo solamente capaces de apreciar la sexualización de la tarea:

 Mi padre era el encargado de tirar la basura, pero no hacía mucho más (Varón, 10, 34 años, trayectoria 3).

 Lo que hacía mi padre cuando estaba era bajar la basura, era una tarea muy masculina (Varón 11, 28 años, trayectoria 3).

5.2.6. Una segunda socialización antes de comenzar a convivir con la pareja

Volviendo a la primera y segunda trayectoria caracterizadas por la baja implicación doméstica en la familia de origen, cabía destacar una diferencia sustancial entre ambas. Tras dejar el nido familiar, las mujeres y los varones de la primera trayectoria comenzaban directamente a convivir con sus respectivas parejas sin pasar por ningún otro proceso de socialización. En cambio, las personas de la segunda trayectoria antes de comenzar a convivir en pareja se veían inmersas en un nuevo proceso que podía llegar a modificar las expectativas y los hábitos domésticos adquiridos en la familia de origen. Estos nuevos agentes que ayudaban a interiorizar actitudes de responsabilidad y atención sobre el hogar

estaban relacionados con los grupos de amistad y de trabajo. En adelante se analizarán las particularidades de esta segunda socialización propia de la segunda trayectoria.

Una vez dejaban el nido familiar, las personas de esta trayectoria iniciaban un nuevo proceso de socialización doméstica, ya sea compartiendo piso con otras personas o cumpliendo normas de higiene y limpieza dentro del mundo laboral. Era significativo que la convivencia con el grupo de pares creara una dinámica de asignación de responsabilidades que facilitaba la reconsideración del papel inactivo que hasta ahora las personas de la segunda trayectoria habían tenido con las tareas del hogar.

Aunque la frecuencia de participación variaba según las expectativas del resto de convivientes y la capacidad de negociación de cada uno de ellos, lo cierto es que el trabajo doméstico comenzaba a percibirse como una actividad que debía de repartirse en tanto que iguales. Si en la familia la jerarquía entre progenitores y descendientes ocasionaba que los primeros delimitasen el grado de actuación de los segundos, para mantener el estatus igualitario propio de los grupos de pares el reparto de las obligaciones tenía que estar estructurado de forma igualitaria. Esta nueva experiencia con el trabajo doméstico era típica de personas que habían realizado sus estudios universitarios fuera de la ciudad natal:

Cuando me vine aquí a Granada a estudiar, ya tuve que cambiar el chip y decir: “ostras, tengo que llevar un régimen de limpieza diario o semanal”, que es más común en el piso, ¿no? (Mujer 18, 26 años, trayectoria 2).

Claro, una vez que me fui a vivir solo, a compartir piso con estudiantes, o ya luego con mi pareja, pues yo soy consciente y es lógico que piense que, si vivimos los dos, las cosas hay que hacerlas entre los dos (Varón 13, 31 años, trayectoria 2).

En este contexto también podía suceder que los estándares domésticos de los compañeros de piso fuesen considerablemente superiores, dando lugar a conflictos explícitos o implícitos entre las diferentes formas de hacer. En estos casos cabían tres posibilidades: o se igualaba el estándar hacia arriba incrementándose con ello el tiempo dedicado al trabajo doméstico; o se negociaba un nuevo estándar que representara los intereses de todas las partes implicadas; o bien no se igualaba ni se negociaba la definición de un nuevo estándar, lo que suponía una menor implicación.

Sin embargo, en el caso de algunas mujeres estas diferencias en los estándares afectaban a la imagen que se formaban de sí mismas. A este respecto, una entrevistada narró cómo

una de sus compañeras le reforzaba la idea de que era una persona “sucias”. Las dificultades que tenía para estar al mismo nivel que la compañera le ocasionaba un sentimiento de inferioridad que aumentaba la imagen negativa que tenía de sí misma, al mismo tiempo que fomentaba el desarrollo de un estándar doméstico más elevado:

Estaba viviendo con mi hermano, que tiene los mismos hábitos que yo, o peor. Mi hermano pequeño y una compañera de piso nueva, que entró justo ese año. Y ella sí que era ultra pulcra, súper, súper pulcra. Entonces era el ejemplo contrario a lo que yo había visto en mis padres y, con ella, es verdad que siempre... fijate, con las compañeras que había tenido antes no... O sea, yo me había adaptado bien, estaba limpiando al mismo ritmo que ellas y tal. Pero claro... esta chica es que era tan, tan limpia que me reforzó mucho esa idea de: “eres una persona sucia, no limpias tu casa lo suficiente, o no lo suficiente a menudo” (Mujer 18, 26 años, trayectoria 2).

En cuanto a la influencia del mundo laboral, se pudo observar cómo determinados puestos de trabajo que requerían una alta implicación con la limpieza y el orden podían aumentar indirectamente el interés por el cuidado del hogar. En efecto, oficios como la hostelería o el comercio en tiendas que requerían de una higiene diaria podían modificar la falta de hábito con la limpieza y, sobre todo, disminuir la tolerancia hacia la “suciedad” y el “desorden”. Además, la propia dinámica en este tipo de empleos propiciaba que las personas vieran a sus iguales o superiores dedicar tiempo y atención al estado del establecimiento:

Cuando estaba en casa viviendo con mis padres no tenía ninguna responsabilidad [...] [Aunque] Yo es verdad que siempre he tenido, seguramente por haber trabajado en la hostelería, siempre he tenido, desde que nos vinimos a vivir juntos, un poco más de iniciativa a la hora de hacer cosas de la casa [...] porque cuando entré a trabajar, sepa o no sepa limpiar, tener las cosas limpias... porque claro, tiene que estar limpio. Si estás en un bar o lo que sea, tienes que tener mucho cuidado con la higiene [...] Una vez que te pones a barrer, a fregar, a limpiar una barra de un bar... que siempre está llena. El sumidero se llena de porquería increíble, y ya luego, en la casa, como que tienes la inercia y te gusta verlo limpio (Varón 18, 32 años, trayectoria 2).

La influencia de esta segunda socialización se apreció sobre todo en las personas con estudios universitarios. Aunque esto no quiere decir que este tipo de socialización genere cambios únicamente en este grupo de población. Además de que en la muestra las personas con niveles de estudios superiores están sobrerrepresentadas. En cualquier caso, la importancia de esta segunda socialización, en especial para los varones, se puede ver

con más claridad cuando se comparan con las actitudes de los varones de la primera trayectoria doméstica. Era habitual que cuando estos varones comenzaban a convivir con la pareja creyesen que su papel era el de “ayudar” o “echar una mano” a la mujer. Más adelante se explicará por qué las mujeres de esta primera trayectoria, a diferencia de los varones, no interiorizaban estos roles de ayuda. Lo importante aquí es que se aprecie los efectos que ocasiona en los varones la falta de experiencias con el trabajo doméstico antes de convivir en pareja:

Mi madre hacía todo, todo, todo. Somos tres hijos, yo soy el mayor y estoy acostumbrado hasta que me traigan el desayuno a la cama. Entonces en casa, ¿qué pasa? Desafortunadamente no tengo rutina, costumbre. Y por más que yo me esfuerzo no hago mucho. Entonces, he de decir, y aquí soy sincero, [nombre de la pareja] hace casi todo en casa (Varón 12, 29 años, trayectoria 1).

Yo con mi madre sobre todo... mi madre es más de otra época, más clásica. Pues yo he dado muchas cosas por sentado. Y pues... te das cuenta de que no te preocupabas mucho de contribuir al sostenimiento de la familia, ni de la casa [...] Pero tampoco para mí ha sido muy traumático, desde el principio no sé por qué tenía muy claro que tenía que echar una mano (Varón 1, 50 años, trayectoria 1).

En el caso de las mujeres y los varones de la tercera trayectoria, que tuvieran o no una segunda socialización no tenía influencia sobre su comportamiento una vez comenzaban a convivir con la pareja. Lo decisivo para las personas de esta trayectoria era la alta implicación que habían tenido con el trabajo doméstico en la familia de origen. La interiorización de responsabilidades en la adolescencia era suficiente para que desarrollaran actitudes de cuidado e implicación en el hogar.

5.3. Tipologías de perfiles masculinos y femeninos con el trabajo doméstico

Los agentes sociales descritos hasta el momento son importantes en la construcción de hábitos, actitudes y expectativas con lo doméstico formando parte de lo que podríamos llamar la etapa de socialización preconyugal. Si bien, una vez conocida su influencia las siguientes secciones estarán dedicadas a las experiencias que las personas entrevistadas tienen con el trabajo doméstico una vez comienzan a convivir con sus respectivas parejas. De esta forma, se podrá ver qué perfiles desarrolla cada tipo de trayectoria y los cambios que se producen a raíz de la socialización conyugal.

Primero, se describirán los perfiles masculinos explicando sus características y posibilidades de cambio y, a continuación, se realizará la misma operación con los perfiles femeninos. Las tipologías de perfiles se hicieron atendiendo a dos dimensiones: 1) el grado de implicación con el trabajo doméstico a nivel físico y mental; 2) la actitud desde la cual se hacía el trabajo doméstico. Por otra parte, los perfiles están agrupados según su similitud con la idea de facilitar la comprensión y la comparación, comenzando por aquellos que presentan una menor implicación doméstica. Se pondrá especial atención a las características socioeconómicas de cada perfil, los factores que condicionan su evolución y los argumentos que utilizan para justificar el reparto de tareas.

5.3.1. De la evasión a la corresponsabilidad

Antes de comenzar con el análisis de los perfiles masculinos, la tabla 2 ofrece un resumen general de sus características y un ejemplo narrativo de cada uno de ellos.

Tabla 2. Características y ejemplos narrativos de los diferentes perfiles masculinos.

| Perfiles | Características | Ejemplo narrativo |
|---|---|--|
| <i>Ayudantes evasivos</i> | Implicación esporádica que suele estar motivada por conflictos con la pareja. Uso muy frecuente de estrategias para evitar el trabajo doméstico. Delegan toda la carga mental en la pareja. | Soy un negado para poner la lavadora. Soy un negado. Hay cosas que uno no quiere aprender a hacerlas. Yo no quiero. |
| <i>Ayudantes colaboradores</i> | Baja participación condicionada porque las mujeres gestionan sus intervenciones. Uso frecuente de estrategias para evitar el trabajo doméstico. Delegan toda la carga mental en la pareja. | Estamos haciendo la cama y ella dice: “hace falta limpiar las ventanas” o... “tiene un poco de polvo el salón”. Así... más o menos ella me va diciendo por dónde va el camino. |
| <i>Corresponsables moderados</i> | Participan de forma regular, pero sin lograr un reparto equitativo. No utilizan estrategias para evitar el trabajo doméstico. Comparten la carga mental, aunque de forma desigual. | Ella hace más... Yo termino antes y ella le dedica más tiempo y hace más cosas. |
| <i>Corresponsables implicados</i> | Suelen implicarse por igual. Aunque la carga mental a veces no es equitativa. Mantienen una actitud de atención y cuidado hacia las necesidades del hogar. | A veces tienes que limpiar más a fondo, entonces eso sale más de [nombre de la mujer] que de mí [...] Ella está más pendiente de la casa que yo. |
| <i>Corresponsables implicados-organizadores</i> | Ellos suelen ser los principales responsables del estado del hogar. Están muy implicados en la dimensión física y mental del trabajo doméstico. | Nos gestionamos muy bien, pero, normalmente suelo tirar yo un poco más [...] creo que yo tengo mucha más iniciativa. |

Fuente: elaboración propia.

5.3.2. Características de los perfiles masculinos ayudantes

Comenzando con los perfiles masculinos de menor implicación podemos distinguir entre los ayudantes evasivos y los ayudantes colaboradores. Ambos perfiles provenían en su conjunto de la primera y segunda trayectoria caracterizadas por la baja participación doméstica en la familia de origen. En el caso de los hombres de la segunda trayectoria, aunque tuvieron contacto con las tareas domésticas después de independizarse del nido familiar no habían interiorizado actitudes corresponsables ni hábitos de cuidado del hogar.

Con relación a la situación laboral, los ayudantes evasivos tenían jornadas más largas que sus parejas y un salario y estatus profesional igualmente superior (véase las parejas 2, 6, 14 y 19). Según algunos estudios (Lyonette y Crompton, 2015; Syrda, 2023), cuando los varones interiorizan fuertes asimetrías de género, es más probable que descuiden las tareas del hogar si tienen una posición laboral y un salario más elevado. No obstante, también era destacable que dos varones de este perfil tuviesen un estatus profesional y nivel de ingresos inferior al de sus parejas (véase la pareja 12 y 15).

Por otra parte, era común que los ayudantes evasivos concediesen una importancia especial a sus empleos y no se sintieran interpelados por las demandas de equidad de sus respectivas parejas. A este respecto, estudios como el de Den Brinker et al. (2024) apuntan a una correlación entre la baja implicación doméstica y el alto valor que los varones conceden a su trabajo profesional. En el caso de los ayudantes colaboradores, tanto el tiempo dedicado al empleo como los ingresos y el estatus profesional eran similares a los de sus parejas (véase parejas 1 y 5).

En lo que respecta al perfil evasivo, en los siguientes verbatim se puede observar la importancia que daban a sus empleos demostrando un alto compromiso y vocación por ellos en detrimento de una división más equilibrada del trabajo doméstico:

No me importa hacer las tareas de casa, pero tampoco voy a dejar el trabajo y dedicarme a mis labores, no. No porque yo quiero seguir aprendiendo y quiero trabajar en lo que me gusta (Varón 2, 49 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Luego por la noche, yo cierro aquí [la oficina] a las nueve y si ella no trabaja pues estamos en la casa viendo la televisión o si tengo que hacer algo de trabajo me lo llevo a la casa (Varón 6, 60 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Yo hago todos los días [*streaming* de videojuegos] menos el viernes, yo tengo horario fijo sí o sí siempre. Y yo siempre he sido muy estricto con eso y yo le dije a [nombre de la

pareja]: “creo que es muy importante el tema de los horarios, el siempre estar ahí para que la gente se acostumbre a que estás ahí y siempre puedan acudir a ti en un horario fijo [...] y a veces me tiro toda la noche “jugando”, que a lo mejor son las ocho de la mañana y sigo jugando (Varón 12, 29 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

En cuanto al grado de implicación, los ayudantes evasivos participaban del trabajo doméstico de manera esporádica o poco habitual. Especialmente, en lo que respecta a la dimensión mental donde sus parejas asumían por completo la organización del hogar. En cuanto a los ayudantes colaboradores, su nivel de participación era ligeramente superior al desempeñar un papel de apoyo. No obstante, aunque en distinto grado, ambos perfiles creían implícitamente que la mujer debía de encargarse del estado y la organización del hogar. De hecho, cuando hablaban de sus funciones era común que se expresaran en términos tales como: “ayudar en algo”, “echar una mano”, “ocuparse de las pequeñas cosas”.

Algunas de estas expresiones ya fueron observadas por Coltrane (1989) que las calificó como actitudes de ayuda propias de hombres que creen que las mujeres deben de cumplir con el rol de principales responsables. Si bien, entre los ayudantes evasivos y colaboradores había notables diferencias. En el caso de los primeros, la ayuda significaba hacer tareas que requiriesen poco tiempo y de forma esporádica. Mientras que para los segundos la ayuda estaba relacionada con participar en tareas que requerían de más tiempo, como la preparación de desayunos o la limpieza y el orden de los dormitorios:

Ella lleva más el tema de las comidas, la limpieza general de la casa [...] Y yo estoy en las pequeñas cosas, es decir, yo hago las pequeñas cosas como preparar los desayunos, hacer las camas, cambiar las sábanas (Varón 1, ayudante colaborador, 50 años, trayectoria 1).

¿En qué ayudo más? Pues en la parte de lavar los platos y en tratar de no ensuciar más de lo que debo (Varón 14, ayudante evasivo, 45 años, trayectoria 2).

Si comparamos ambos perfiles vemos que los ayudantes colaboradores asumían algunas tareas como parte de sus responsabilidades. No es que tuviesen una actitud corresponsable con el trabajo doméstico, pero sí es cierto que había un número importante de tareas que hacían por propia voluntad. Por el contrario, no se podía decir lo mismo de los ayudantes evasivos. En el caso de este perfil, su implicación era una manera de evitar sentirse culpables por causar sobrecargas de trabajo a sus parejas:

Si yo he utilizado los platos o un vaso y tal, pues dejárselos allí sí que me da un poco de... Entonces a lo mejor los friego y los meto en el lavavajillas y los quito de en medio (Varón 6, ayudante evasivo, 60 años, trayectoria 1).

Asimismo, los ayudantes evasivos se implicaban en el hogar con la idea de resolver los conflictos que las mujeres comenzaban a causa de la fuerte desigualdad en el reparto. Gracias a que se entrevistó a ambas partes de la pareja por separado se pudo recoger este tipo de información. Si bien, era significativo que fuesen las mujeres, y no los hombres, quienes hablaban abiertamente de esta clase de conflictos. Más adelante se examinará su dinámica, por ahora es suficiente con señalar que era un factor que explicaba la implicación de los ayudantes evasivos:

P: Y en esas situaciones [de sobrecarga] ¿qué ocurre?

R: Pues que hay cabreo. Claro que hay cabreo, porque salto mal. Respondo mal, porque yo misma me cabreo.

P: Y él...

R: ¿Él? Pues entonces se pone a limpiar, se pone a hacer algo. Ya te digo, le dura dos días (Mujer 2, 48 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

En tercer lugar, los ayudantes evasivos se implicaban en lo doméstico creyendo que les estaban haciendo un “favor” a sus parejas. Siguiendo a Hochschild (2011) podemos decir que la interiorización de asimetrías de género determina que los varones perciban su participación en el hogar como una muestra de afecto hacia sus parejas y no como un signo de corresponsabilidad. Esta visión que los ayudantes evasivos tenían de su participación se extendía también a las situaciones en que sus parejas les demandaban mayor participación. Para ellos eran favores que les concedían si no tenían otros trabajos que realizar:

Tiene que ser algo que yo esté muy agobiado para que ella me pida a mí un favor y no... [...] Yo no soy así Si a mí me pide un favor y yo no puedo es porque estoy con exámenes... con la hora pegada al culo porque tengo que entregar unos resultados, unas notas, un lo que sea (Varón 2, 49 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Ella trabajaba en la hostelería y yo, pues limpiaba la casa, para que cuando llegase no tuviera encima que ponerse a limpiar y cosas de esas (Varón 15, ayudante evasivo, 29 años, trayectoria 1).

En cambio, los ayudantes colaboradores tenían una visión menos asimétrica de la relación y sus motivos para implicarse en lo doméstico no hacían referencia a favores, conflictos o a sentimientos de culpa por la sobrecarga que podían causar a sus parejas. Se puede decir que los ayudantes colaboradores tenían cierta inclinación hacia la corresponsabilidad. Aunque, cuando se trataba de hacer tareas como la limpieza o la colada, es decir actividades que requieren de cierto tiempo, su participación estaba condicionada por las demandas de la mujer. En este sentido, las mujeres se hacían cargo de recordarles y de planificarles el trabajo. De tal forma que la carga mental iba más allá de la organización del hogar porque tenían que movilizar a los varones como un “recurso” si querían lograr que estos colaborasen. En el siguiente verbatim se podrá apreciar esta característica presente entre los perfiles de ayudantes colaboradores:

Estamos haciendo la cama y dice: “hace falta limpiar las ventanas” o... “tiene un poco de polvo el salón” y tal... “Pues mientras que yo hago la cama tú limpias esta zona” [simula que habla ella]. “Ya he limpiado esto”. “Venga vale, ya has limpiado esto, me pongo yo con este lado y tú con el otro”. Así... más o menos ella me va diciendo por dónde va el camino... (Varón 5, ayudante colaborador, 33 años, trayectoria 2).

5.3.3 Justificaciones de los ayudantes

Era significativo que los ayudantes ofrecieran explicaciones sobre su menor implicación. Aunque sus parejas hicieran la mayor parte de las tareas no era una situación que no requiriera de justificación. Esto podría indicar que la igualdad en la pareja se ha convertido en un principio que regula las relaciones entre los individuos y el marco normativo desde el cual se sienten valorados y juzgados (Honneth, 2014).

Sin embargo, las justificaciones no solo nos informan de la aceptación social de este marco normativo, sino que también sirven para redefinir la legitimidad de un compartimiento moralmente desaprobado con la intención de que se vuelva aceptable (Martín 2014). A este respecto, en las entrevistas se pudieron observar tres formas que los ayudantes tenían de justificar su baja implicación: 1) justificaciones basadas en la comparación; 2) justificaciones basadas en diferencias de criterio; 3) justificaciones basadas en la incompetencia y la falta de atención.

En primer lugar, las justificaciones basadas en la comparación evidencian el uso estratégico que los ayudantes hacen del gasto de dinero y del mayor tiempo que dedican a la actividad profesional. En este sentido, si los ayudantes asumen considerablemente

más gastos económicos que sus parejas pueden usar esta desigualdad económica para justificar la desigualdad doméstica. Según la perspectiva de estos, una desigualdad compensaría a la otra estableciendo un equilibrio entre las diferentes esferas de la relación. De forma que, si una parte da más en un determinado espacio de la relación, la otra parte compensa dando más en otro ámbito. Algo similar sucede cuando mencionan la actividad profesional. Como el tiempo que ellos invierten en el mundo laboral es mayor que el de sus parejas, para ellos es justo que ellas asuman el rol de principales responsables:

Lo que es organización de casa y tal es verdad que ella hace más tareas [...] Que no me importa hacer otras cosas a cambio [...] cada uno aporta lo que puede. Ella el dinero, por ejemplo, no aporta mucho. Entonces por eso pago yo todos los gastos, el agua, la luz, el teléfono. O sea, esto no va a medias. No va a medias tal cual matemáticamente (Varón 2, 49 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Ella está más relajada laboralmente que yo, por lo tanto... ¿Que puede ser una excusa eso? Pues puede ser, no lo voy a discutir (Varón 6, 60 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Para los ayudantes, en especial para los ayudantes evasivos, lo que primaba era el cálculo de lo que cada uno daba y recibía del otro. Así, su menor implicación estaba justificada bajo lo que ellos definían como un trato “justo”:

Hombre, lo suyo sería que fuera 50% en todo. Pero el agua lo pago yo, la luz la pago yo, la comunidad de vecinos la pago yo, la gasolina la pago yo, el seguro... todo lo pago yo [...] Pues si colabora más en casa, yo creo que es justo (Varón 2, 49 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

El problema de hacer estos cálculos, que no son otra cosa que estrategias para evitar una mayor implicación, es que se hacían sin contar con la pareja. Es decir, las definiciones que los varones daban de lo “justo” no habían sido ni negociadas ni consensuadas con la pareja, quien no conocía los motivos reales de la baja implicación de estos. Además de que una visión tan individualista de lo justo no contemplaba los efectos negativos que las sobrecargas de trabajo causaban a las mujeres:

A veces me sobrepasa, totalmente... y sí, me siento muy sola en ese sentido, mucho, muy sola (Mujer 2, 48 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

Es que yo entiendo que a veces ha podido tener dos días malos de trabajo. Pero es que luego en vez de quedarse y recoger un poco porque yo estoy trabajando pues ha cogido y se ha

ido con la bicicleta tres, cuatro o cinco horas. Entonces, yo llego súper cansada y tengo que hacer la comida, la casa, la compra, todo... (Mujer 19, 52 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 2).

En segundo lugar, las justificaciones basadas en las diferencias de criterio hacían referencia a los argumentos que los varones daban cuando se producían discrepancias sobre lo que cada parte consideraba necesario. Por ejemplo, si los varones no veían necesidad de limpiar o de barrer la vivienda entendían que no tenían por qué hacerlo, y si su pareja opinaba lo contrario era asunto suyo decidir qué hacer. Ellos se desentendían de la actividad y sin negociar un acuerdo dejaban que la pareja decidiera si hacer o no el trabajo.

Las discrepancias de opinión también podían estar relacionadas con el hecho de contratar o no a una empleada del hogar. Así, en algunas parejas las mujeres podían mostrar cierta reticencia a contratar una empleada del hogar que solventara el problema del reparto. En estos casos, los varones ayudantes pensaban que si sus parejas se negaban a contratar a una tercera persona era motivo suficiente como para desentenderse del trabajo doméstico. De tal forma que cualquier diferencia de criterio podía ser utilizada para justificar una visión irreconciliable que posicionaba a las mujeres en la obligación de ser las principales responsables:

Yo no lo veía necesario. Pero ella lo veía de otra manera, es su forma de ser. Ella, aunque no venga nadie, se siente mejor si tiene su cama hecha y sus cosas recogidas [...] ... Si ella la quiere tener bien y no le da tiempo pues que no lo haga, pero yo no me voy a sobrecargar más (Varón 19, 52 años, ayudante evasivo, trayectoria 2).

Si yo me tengo que pasar el fin de semana limpiando la casa apaga y vámonos. Yo no lo voy a hacer, entonces... o contratamos a alguien o contratamos a alguien (Varón 14, 45 años, ayudante evasivo, trayectoria 2).

En tercer lugar, las justificaciones basadas en la incompetencia y la falta de atención desvelan cómo los varones evitan hacer tareas domésticas con el pretexto de no saber hacerlas o por el hecho olvidarlas. En cuanto a las justificaciones por incompetencia cabe señalar que el trabajo doméstico es un tipo de actividad que no requiere conocimientos complejos ni especializados, por lo que cualquier persona es capaz de hacerlo por sí misma y de mejorar con la práctica. De hecho, Van Hoof (2011) demostró que la “incompetencia” era en realidad una estrategia que utilizaban algunos hombres para eludir tareas que les podían causar desagrado o que simplemente no querían hacer.

En línea con lo observado por Reich-Stiebert et al. (2023), el problema de este tipo de comportamientos es que aumenta las sobrecargas mentales y físicas que experimentan las mujeres. Asimismo, los hombres también se ven favorecidos al poder dedicar más tiempo a generar ingresos, lo que incrementa la brecha salarial señalada por Díaz y Simón-Noguera (2016). Además de que se pueden beneficiar de tener más tiempo libre que sus parejas, aumentando con ello la brecha de ocio (Hochschild y Machung, 2012).

En el caso de los ayudantes evasivos su “incompetencia” rozaba lo infantil porque las tareas que decían no saber hacer requerían de un conocimiento mínimo. Siendo actividades relacionadas con la programación de electrodomésticos, como lavadoras o lavavajillas. Tal vez por ello acababan reconociendo que su falta de competencia era parte de una estrategia para evitar hacer la tarea:

Soy un negado para poner la lavadora. Soy un negado. Hay cosas que uno no quiere aprender a hacerlas. Yo no quiero (Varón 15, 29 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

A mí me gusta sacar las cosas del lavavajillas, cuando ya está todo limpio [...] Pero, ponerlo... también es verdad que no sé muy bien cómo va, te lo juro. En cambio, ella sabe perfectamente el botón exacto, el programa... Y yo, a ver, supongo que si me pongo a mirarlo bien lo saco (Varón 12, 29 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

En el caso de los ayudantes colaboradores, su presunta falta de habilidad se producía en tareas más complejas como la preparación y el cocinado de alimentos. Probablemente esta mayor complejidad facilitaba que no tuvieran por qué admitir que la incompetencia era parte de una estrategia, destacando así su falta de habilidad sin necesidad de justificarla:

Ella me reclama que me tengo que poner en la cocina y es verdad, pero es que yo soy un negado para la cocina. No tengo habilidad alguna para la cocina (Varón 1, 50 años, ayudante colaborador, trayectoria 1).

En lo que respecta a las justificaciones basadas en la falta de atención, en los verbatim se podía observar cómo estaban a medio camino entre el olvido real de la tarea y la elusión de responsabilidades. En estos casos, las mujeres se veían forzadas a tener que estar recordándoles continuamente sus obligaciones porque de lo contrario no las harían. Era una situación similar a la que vivían muchas madres con sus hijos cuando querían que interiorizaran el trabajo doméstico como parte de sus responsabilidades, con la salvedad de que a estas mujeres no les correspondía representar el papel de madres.

Este trabajo de recordatorio podía conducir a tres tipos de situaciones. La primera era la más eficaz de las tres porque tras el recordatorio los varones hacían las tareas pendientes. La segunda situación también se resolvía con la resolución de la tarea, pero a costa de un mayor esfuerzo mental porque las mujeres debían de repetir en varias ocasiones las obligaciones que sus parejas habían “olvidado”. La tercera situación era la que mayor perjuicio ocasionaba a las mujeres y en general a la relación de pareja. Así, pese a los numerosos recordatorios los varones no hacían la tarea y ellas se veían en la obligación de asumir el trabajo. Si esta situación se repetía a lo largo del tiempo las mujeres optaban por romper el espacio común para que cada parte se hiciera responsable de sus pertenencias. Era una situación extrema que demostraba cómo el reparto desigual puede dañar la relación ya que los espacios que antes eran compartidos terminan por individualizarse:

Ella se cansaba de que siempre tenía que poner la lavadora y yo lo único que tenía que hacer era tender y a veces se me olvida o lo dejaba pasar. Y nada, pues dijo: “encima de que estoy lavando la ropa. No, no... yo voy a poner la mía y tú te pones tu lavadora”. (Varón 12, 29 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

A lo mejor algunas veces si dices: “tienes que fregar los platos” [simula que habla ella], “ahora después los friego”, coño pues se me olvida y claro, pues dice: “joder que no has fregado los platos” [...] Entonces o los friegas al rato o a lo mejor se te olvida (Varón 5, 33 años, ayudante colaborador, trayectoria 2).

5.3.4. La socialización conyugal y sus estrategias

Como se viene observando, los varones pertenecientes a la primera y segunda trayectoria de socialización tenían un nivel bajo de implicación doméstica en la relación de pareja. Si bien, las diferencias entre los ayudantes evasivos y los colaboradores eran significativas, igualmente era común que ambos interactuaran con la pareja desde perspectivas de género asimétricas. Esta baja participación no era un tema que a las mujeres entrevistadas no les afectara. Al contrario, era fuente de múltiples conflictos con los que se buscaba cambiar la situación de desigualdad. En efecto, era habitual que las mujeres iniciaran discusiones con las que se constituían en nuevos agentes de socialización en la vida de los varones. Como se entrevistaron a ambas partes por separado, se pudo recoger información detallada sobre esta nueva socialización en la cual las mujeres utilizaban diferentes estrategias para tratar de aumentar la participación doméstica de los ayudantes varones. Se podría decir que las estrategias se asemejaban a

técnicas pedagógicas diferenciadas entre sí por el grado de conflicto que conlleva su puesta en práctica. Para comprender sus características, estas estrategias se han clasificado en tres grupos:

- 1) Estrategias lúdicas²: las mujeres solían hacer uso de tarjetas con el nombre de las tareas que cada parte debía de escoger al azar con el propósito de mantener un reparto justo. Cada cierto tiempo se volvían a elegir nuevas tarjetas con la finalidad de evitar la monotonía en el reparto.
- 2) Estrategias reflexivas: solían llevarse a cabo mediante conversaciones pacíficas donde las mujeres expresaban y justificaban sus deseos y la necesidad de un cambio sustancial en la división del trabajo doméstico. Ellas esperaban que sus parejas se hiciesen conscientes de la injusticia y desigualdad que estaba ocasionando la falta de corresponsabilidad. En ocasiones, las mujeres solían optar por dejar que el varón eligiese las tareas que menos le desagradaban o que más le gustaban como una forma de incentivar su participación.
- 3) Estrategias conflictivas: hacen referencia a discusiones con un alto grado de enfado y exasperación. Las mujeres se veían obligadas a discutir con sus parejas cuando éstas no cambiaban la actitud que les estaba ocasionando fuertes sobrecarga de roles.

Los siguientes verbatims ejemplifican por orden de exposición cada una de las estrategias:

Escribíamos las tareas en papelitos, los tirábamos a la mesa y cada uno pues... si eran seis papelitos pues cada uno cogía tres y tres. [...] Y para no cansarnos pues echábamos los papelitos y a la semana siguiente nos cambiábamos los papeles, en plan: “yo los tuyos y tú los míos”. Y ya la siguiente sí volvíamos a lanzar los papeles. En plan para que fuera justo (Mujer 20, 27 años, emparejada con corresponsable moderado procedente de la trayectoria 1).

² La estrategia lúdica se ha observado principalmente en situaciones en las que los varones se estaban consolidando como corresponsables moderados. Se ha optado por exponerla en este apartado con la finalidad de agrupar el conjunto de las estrategias en un mismo bloque. En cualquier caso, no es descartable que este tipo de estrategia también sea característica de mujeres que conviven con varones con un perfil de ayudante.

Hombre, ya lo he hablado varias veces con él este tema porque ya no es solo el tema de la comida, sino de la casa (Mujer 12, 27 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

Primero se lo he pedido, cuando he visto que se lo he pedido y no lo ha hecho pues ya me he puesto un poco más seria, hasta que al final pues a lo mejor te enfadas (Mujer 5, 31 años, emparejada con ayudante colaborativo procedente de la trayectoria 2).

En el siguiente apartado se analizarán los factores que influyen en el éxito de estas estrategias de socialización conyugal. Pero antes es necesario puntualizar que éstas se llevaban a cabo desde tres perspectivas. La primera estaba vinculada con un modelo tradicional donde las mujeres con un perfil de jefas de hogar tendían a demandar a sus parejas en términos de ayuda. A este respecto, se pudo observar cómo algunas mujeres de más edad lo que buscaban realmente era un apoyo más que una actitud de corresponsabilidad, reproduciendo formas asimétricas de *doing gender*.

Para las jefas de hogar, el varón era lo que Tobío (2019) identificó como un recurso que les facilitaba descargarse de trabajo. Sin embargo, no todos los varones aceptaban este rol que las mujeres les demandaban. En efecto, como se podrá leer en el segundo verbatim, aunque las mujeres trataran de objetivar un nuevo reparto del trabajo doméstico, los varones no tenían por qué aceptarlo en la medida en que la ayuda se prestaba no por propia iniciativa sino por demanda de la mujer:

A lo mejor pienso que podría ayudarme más en esto y no me ayuda. Y te callas. Y tú sigues haciéndolo hasta que ha llegado un día que te pilla más cansada (Mujer 1, 50 años, emparejada con ayudante colaborador procedente de la trayectoria 1).

Yo le he pedido alguna vez a él que echara una mano [...] son cosas que... el otro día, pues quitarme una cortina porque la tengo que lavar. Él en ese sentido sí ayuda, pero lo que es en barrer, fregar... (Mujer 6, 59 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

En segundo lugar, había otro tipo de mujeres que demandaban participación desde una perspectiva ambivalente. Esta ambivalencia estaba relacionada con prácticas que deshacían parcialmente las relaciones de género (Botía-Morillas, 2019). Unas veces las demandas se llevaban a cabo en términos de corresponsabilidad, mientras que en otras ocasiones las demandas de participación se hacían desde la perspectiva de la ayuda.

Quizás esta ambivalencia se explique porque las evasivas de los varones a aumentar su participación terminaban por rebajar las expectativas que las mujeres tenían de ellos:

Sí que debería echarme una mano, pero bueno [...] él me ayudaba a fregar. Que le costaba un poquito, pero sí que ayudaba [...] Que ya no es que me ayude es que también le corresponde a él, que vive aquí y no se puede vivir con la casa sucia y más teniendo un perro (Mujer 12, 27 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

La tercera de las perspectivas estaba relacionada de manera inequívoca con demandas en términos de corresponsabilidad que buscaban deshacer las dinámicas de género asimétricas. Siguiendo a Tobío et al. (2021) las mujeres reclamaban que sus parejas se implicaran de forma equitativa en base a que ambos tenían los mismos derechos y deberes. En estos casos era común una visión igualitaria de las relaciones de género:

Pues la madre le lavaba la ropa, le hacía la comida, le recogía la habitación. Está acostumbrado pues a que la madre le hiciera todo, de que le limpiara el baño y tal. ¿Qué es lo que pasa? Pues que ahora tiene que acostumbrarse a que tiene que limpiar el baño igual que yo, que tiene que limpiar los platos igual que yo (Mujer 5, 31 años emparejada con ayudante colaborador procedente de la trayectoria 2).

Si lo hubieran educado a que tenía que arreglar su ropa y lo hace de una manera habitual, pues lo haría, pero es que no fue educado así [...] Yo a veces lo he pensado en decir de poner un *planning*: “esto tú, esto yo...” Pero es que da igual... si se ha hecho alguna vez... (Mujer 2, 48 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

5.3.5. Factores que favorecen el cambio en la división del trabajo doméstico

Como se ha visto en el apartado anterior, no todas las mujeres conseguían modificar el reparto del trabajo doméstico. Esto se debía a que el éxito de la socialización conyugal dependía de tres factores. El primero de ellos estaba relacionado con el nivel de ingresos de las mujeres. Pese a los numerosos intentos por lograr que los ayudantes se implicaran más, aquellas mujeres que se encontraban en una situación de precariedad económica no lograban un reparto más equitativo. Esta observación coincide con los hallazgos de Lázaro et al. (2022) que evidencian cómo las mujeres económicamente dependientes realizan significativamente más tareas del hogar que aquellas mujeres con ingresos similares a los de sus parejas.

El segundo factor hacía referencia al tiempo que, comparativamente, ambas partes estaban en el hogar. Convivir con un ayudante y estar más tiempo que él en la vivienda dificultaba el éxito de la socialización. En este sentido, estudios como el de Dotti (2014) muestran que en parejas donde el varón tiene actitudes de género asimétricas y las mujeres pasan más tiempo en el hogar se vuelve más difícil modificar el reparto. Las mujeres de las parejas 2 y 19 son buenos ejemplos de cómo su alta precariedad económica (ganaban menos de 900€) y su mayor disponibilidad en el hogar impedían una modificación de la actitud de sus parejas y del reparto del trabajo doméstico (ver Anexo 1 para más detalles).

Por el contrario, las mujeres que tenían unos ingresos y una disponibilidad de tiempo similar a sus parejas terminaban por modificar el reparto y la actitud de los varones. Así, los hombres ayudantes con un perfil evasivo cambiaban a un perfil de tipo colaborador (véase las parejas 1 y 5). De forma que cuando se trataba de cambiar la implicación de los varones que habían interiorizado fuertes asimetrías de género, las condiciones materiales de las mujeres resultaban decisivas:

P: Me ha resultado curioso cómo al principio las tareas de la casa dices que las hacías tú al completo, y que poco a poco has ido delegando cosas a tu marido. Ese cambio...

R: Pues cuenta que... no es justo. A base de decírselo, de enfados. De decirle que estoy cansada, que haga esto (Mujer 1, 50 años, emparejada con ayudante colaborador procedente de la trayectoria 1).

Entonces ya se lo dije: “¡qué! ¡Es que si aquí no limpio yo, aquí no limpia nadie!”. Entonces, yo creo que ahí... ese fue un punto de inflexión (Mujer 5, 31 años, emparejada con ayudante colaborador procedente de la trayectoria 2).

El tercero de los factores que condicionaba el éxito de la socialización conyugal estaba relacionado con el grado en que las propias mujeres habían interiorizado asimetrías de género, lo cual reducía las probabilidades de verse a sí mismas con la suficiente autoridad como para cambiar la situación de desigualdad (Dema, 2006). A este respecto, la falta de autoridad que sentían a la hora de defender sus propios intereses les conducía a justificar la actitud de sus parejas o incluso a culparse a sí mismas del trato desigual que estaban recibiendo. A pesar de que los ingresos fuesen similares e incluso el varón estuviera más tiempo en el hogar (véase el varón 12), los esfuerzos por cambiar la situación no tenían éxito prevaleciendo una situación de alta desigualdad en el reparto:

Quizás no debería echarme la culpa a mí, pero creo que lo acostumbré bastante mal. O sea, creo que esa poca iniciativa que tenía al final por yo querer facilitarle o ayudarle pues creo que ha hecho que se mal acostumbre (Mujer 12, 27 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

Cuando se pueden hacer las cosas se hacen y cuando no se pueden hacer pues no se hacen. No hay más... date cuenta de que también en su familia son cinco hermanos y en su familia eran las dos niñas las que más hacían [...] Para qué vamos a discutir más. Yo como pueda lo hago y cuando pueda, y se acabó (Mujer 6, 59 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

5.3.6. Características de los perfiles masculinos corresponsables

Continuando con los perfiles masculinos de mayor implicación podemos distinguir entre los *corresponsables moderados*, los *corresponsables implicados* y los *corresponsables implicados-organizadores*. Por una parte, los corresponsables moderados provenían en su mayoría de la primera trayectoria, aunque también había varones procedentes de la segunda trayectoria. En cambio, los corresponsables implicados y los corresponsables implicados-organizadores procedían principalmente de la tercera trayectoria caracterizada por el alto grado de implicación doméstica en la familia de origen.

El aspecto común de estos tres perfiles era su demarcación del papel de apoyo característico del perfil de ayudante, la igualdad de trato hacia sus parejas y la creencia de que ambas partes tenían los mismos derechos y deberes. Es decir, estos perfiles se implicaban en el trabajo doméstico desde una actitud igualitaria. Asimismo, a diferencia de los ayudantes que solían mencionar a sus respectivas parejas cuando hablaban del trabajo doméstico, los varones corresponsables se expresaban en plural tanto en los aspectos de ejecución del trabajo como de planificación.

En líneas generales, los varones corresponsables también daban importancia al empleo. Sin embargo, a diferencia de los ayudantes no se volcaban en él hasta el punto de desentenderse del trabajo doméstico. En cuanto a la situación laboral del corresponsable moderado, trabajaba un número de horas similar a su pareja y con un salario y estatus profesional equiparables (véase las parejas 4, 8, 17, 20, 22). En el caso del perfil corresponsable implicado y corresponsable implicado-organizador, en su mayoría dedicaban menos horas al empleo que sus parejas (véase las parejas 3, 16, 18 y 21) o

tenían la posibilidad de teletrabajar desde casa (véase los varones 7, 9 y 13). Lo cual facilitaba que pudieran asumir mayor cantidad de trabajo doméstico:

Ahora mismo que yo estoy en casa, que estoy teletrabajando, pues ahora mismo pues sí me estoy encargando yo un poco más de las tareas de casa, de las lavadoras, de tender, la ropa (Varón 13, 31 años, corresponsable implicado, trayectoria 2).

Yo tengo reducción de jornada, tengo más horas por la mañana [libres] y hago más cosas en la casa que ella (Varón 3, 51 años, corresponsable implicado, trayectoria 3)

Estoy tirando yo un poco más de las cosas de la casa. Como yo prácticamente paso toda la mañana en casa siempre... (Varón 18, 32 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 2).

En cuanto a la división del trabajo doméstico, aunque los tres perfiles corresponsables realizaban las tareas desde ideales igualitarios, su nivel de implicación variaba. En lo que respecta a los corresponsables moderados hay que decir que su grado de participación era inferior al de su pareja que se solía encargar de las tareas que ocupaban más tiempo. Además, si analizamos la dimensión mental, aunque ellos asumían parte de esta labor, la principal responsable seguía siendo la mujer que se encargaba de planificar y recordar la necesidad de mantener el hogar en buen estado:

Si yo he estado varios días sin limpiar pues me lo dice: “te toca... que la semana pasada limpié yo” (Varón 17, 27 años, corresponsable moderado, trayectoria 3).

Ella hace más... Yo termino antes y ella es que le dedica más tiempo y hace más cosas (Varón 22, 52 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

En cuanto a los corresponsables implicados, sí lograban mantener un reparto igualitario con la pareja y solían prestar atención al estado y necesidades del hogar. Aunque en lo que respecta al trabajo mental había diferencias significativas dentro de este perfil. En algunos casos, los corresponsables implicados participaban de forma activa e igualitaria con el trabajo de planificación, pero también cabía la posibilidad de que fuesen las mujeres quienes estuviesen más atentas a la organización del hogar:

Si igual ese día yo tengo mucho lío en la cocina, me dice: “pues voy limpiado yo el polvo”. y si, por el contrario, es al revés, y es ella la que está liada cocinando pues me encargo yo también del polvo (Varón 9, 34 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

Pues a veces tienes que limpiar más a fondo, entonces eso sale más de [nombre de la mujer] que de mí [...] Ella está más pendiente de la casa que yo (Varón 3, 51 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

Por último, en cuanto al perfil corresponsable implicado-organizador se puede decir que era la excepción a la norma porque su grado de implicación era similar o superior al de la mujer, tanto en la dimensión física como mental:

[Nombre de la mujer] le da un valor muy opuesto al mío, porque a mí me gusta llegar y que esté todo más o menos organizado, que la casa esté limpia, que la cama esté hecha, que los platos estén limpios. A mí me gusta tenerlo más... y ella no le da ese valor (Varón 10, 34 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 3).

[...] nos gestionamos muy bien, pero, normalmente, suelo tirar yo un poco más [...] creo que yo tengo muchas más iniciativa (Varón 18, 32 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 2).

Si comparamos los perfiles corresponsables con los perfiles ayudantes podemos apreciar notables diferencias respecto a los motivos para implicarse en las tareas del hogar. En primer lugar, mientras que los ayudantes, especialmente los evasivos, participaban en lo doméstico como una forma de evitar sentir culpa por las sobrecargas de las mujeres, los corresponsables lo hacían porque consideraban a su pareja como una igual. Este trato igualitario se observaba en la creencia de que el trabajo doméstico debía de hacerse en equipo y de forma activa. Es decir, creían que la organización del hogar era un objetivo compartido que se lograba de manera conjunta y mediante el apoyo de una y otra parte. De forma que los corresponsables no esperaban que sus respectivas parejas les dieran indicaciones sobre qué hacer, sino que por propia iniciativa colaboraban:

Los dos tendemos a que si vemos que hay algo que no está bien no esperamos a que venga el otro para resolverlo [...] Yo creo que entendemos que es algo conjunto (Varón 4, 44 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

Si hay que pasar el polvo ha sido porque nos hemos puesto y hemos dicho: “hay que limpiar”, y eso lo hemos hecho entre los dos siempre (Varón 18, 32 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 2).

En segundo lugar, los perfiles corresponsables se comprometían porque creían que debían de mantener un equilibrio en el reparto y no como una forma de hacerle un “favor” a la mujer. Los corresponsables procuraban mantener una distribución equitativa observando

el tiempo que sus parejas dedicaban a las tareas del hogar y si su propio trabajo contribuía a mantener la balanza del reparto equilibrada. En este sentido, trabajar por compensación suponía estar atento a las labores domésticas realizadas por la pareja, sin considerar posibles desequilibrios en otros espacios de la relación. Mientras que el perfil de ayudante interpretaba que al asumir un mayor coste en otra esfera de la relación (por ejemplo, en gastos económicos) estaban legitimados a desentenderse de las tareas del hogar. En el caso de los corresponsables, aunque pudieran asumir más gastos económicos que la pareja esto no lo utilizaban como justificación para su menor implicación porque creían que lo doméstico y lo económico eran esferas diferentes de la relación:

El alquiler como tal lo pago yo y los gastos de las facturas también los pago yo. Pero por eso, porque yo tengo ingresos y ella no, con lo cual... No es algo que me importe en absoluto porque... yo siempre lo pienso que, si no estuviese con ella, yo tendría que pagar exactamente lo mismo [...] Yo invierto más tiempo en la cocina y suele ser lo que se compensa con lo que ella invierte en el baño [...] Es algo que lleva más tiempo y, entre comillas, es lo que se compensa con que ella haga el baño (Varón 9, 34 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

En tercer lugar, en las parejas conformadas por hombres corresponsables no solía haber conflictos relacionados con la reducción de la desigualdad, a diferencia de las parejas con varones ayudantes donde sí eran comunes. De hecho, en relaciones corresponsables el reparto estaba condicionado por la disponibilidad de tiempo de cada parte y ambos intentaban adaptarse de forma recíproca para gestionar conjuntamente y de manera equitativa las tareas del hogar:

Creo que intentamos ser equitativos, pero a veces la dinámica de trabajo hace que uno tenga que hacerlo más o tenga que hacerlo menos (Mujer 10, 27 años, emparejada con corresponsable-organizador procedente de la trayectoria 3).

Entonces claro, yo a esa hora, de seis a siete y media, aprovecho para hacer cosillas [...] Y ella sí que hace más los fines de semana. Como yo muchas veces trabajo un festivo, un fin de semana, trabajo días raros... pues esos días es cuando ella hace más (Varón 11, 28 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 3).

De lunes a viernes [cocina] él y los fines de semana yo [...] Claro, yo me meto en la cocina porque digo: “jo, si él está de lunes a viernes, sábado y domingo me toca a mí”. O las cenas, cuando hago cena, pues también me toca a mí (Mujer 3, 51 años, emparejada con corresponsable implicado procedente de la trayectoria 3).

La figura 1 muestra un diagrama que representa la dimensión física y mental del trabajo doméstico. Cada uno de los perfiles está situado en una posición acorde a su nivel de implicación, quedando la parte inferior derecha vacía porque no se ha entrevistado a ningún varón con una baja participación en el trabajo físico y una alta implicación en el trabajo mental. Es por ello por lo que, yendo más allá de los hallazgos empíricos se ha construido un sexto perfil identificado como “directivo” que vendría a representar una alta implicación en los aspectos organizativos y una baja dedicación en lo que respecta a la ejecución del trabajo.

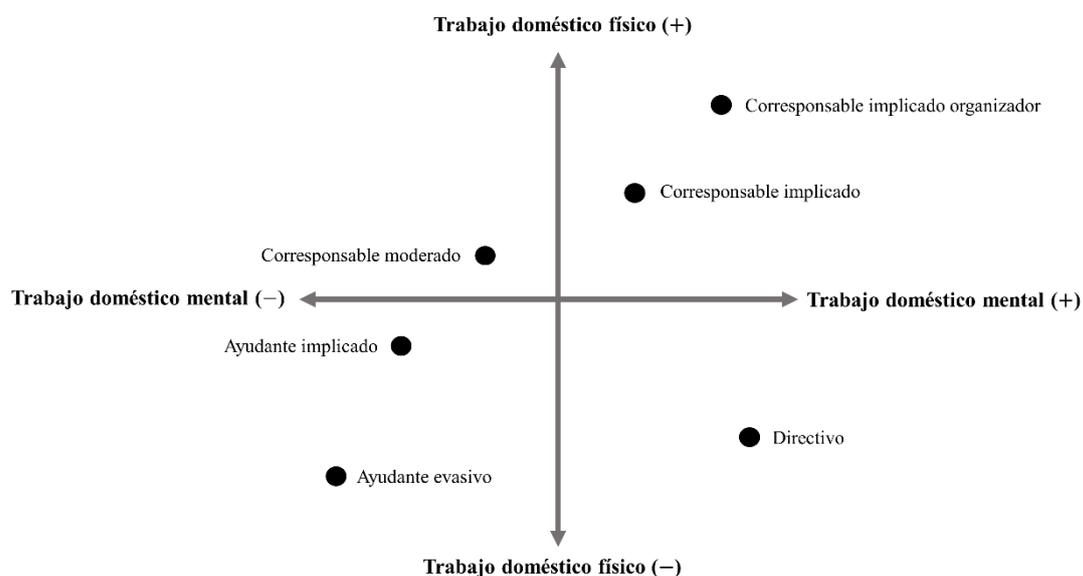


Figura 1. Distribución de los perfiles masculinos en función de su grado de implicación en la dimensión física y mental del trabajo doméstico. Elaboración propia.

5.3.7. Dificultades para lograr un reparto igualitario

Al analizar las entrevistas de los perfiles corresponsables no se han apreciado argumentos que utilizaran para justificar de forma estratégica una menor implicación con las tareas del hogar. No obstante, aunque en el caso de los corresponsables moderados su dedicación era menor que la de sus parejas, no se podía decir que usaran estrategias para evitar un reparto igualitario. Antes bien, lo que sucedía era que había una serie de dificultades u obstáculos que impedían que el reparto estuviera equilibrado. Aunque estas dificultades no solo afectaban al reparto en sí, sino al tiempo que ambas partes dedicaban a las tareas del hogar. Es por eso por lo que este tipo de situaciones no se han interpretado como estrategias que los corresponsables moderados elaborarían para desentenderse del trabajo doméstico, como sí era en el caso de los ayudantes. En este sentido, las dificultades para

lograr un reparto igualitario se basaban en: 1) diferencias de criterio; 2) desagrado que causaban algunas tareas.

En primer lugar, las diferencias de criterio ya se observaron en el caso de los varones ayudantes. No obstante, aquellos utilizaban las discrepancias para desentenderse de lo doméstico, mientras que en el caso de los corresponsables moderados lo que se veía comprometido era el tiempo que cada parte dedicaba a la tarea. Ocurría que este perfil discrepaba de su pareja por la importancia y el tiempo que daba a las tareas relacionadas con el orden y la limpieza:

El mero hecho de dejar cosas por medio, por mi parte, a lo mejor, no darle tanta importancia... a dejar unos libros en el salón y el ordenador en una mesa. Entonces, para ella eso tiene que estar bien (Varón 4, 44 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

Y es verdad que [nombre de la mujer] suele limpiar más, pero más que nada es porque a mí me da igual que esté un poco más desordenado y ella no puede con el desorden. Entonces, al final se ocupa ella (Varón 17, 27 años, corresponsable moderado, trayectoria 3).

A ella le cuesta que no se limpie el polvo de manera concienzuda, Y bueno, pues yo lo limpio más superficial (Varón 22, 52 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

En segundo lugar, los corresponsables moderados no lograban un reparto igualitario porque había tareas, como cocinar o limpiar el baño, que les causaban un fuerte desagrado. Estas tareas se compensaban con otras que, aunque requiriesen menos tiempo o se hiciesen fuera del hogar, servían para que el reparto no se descompensara en exceso. Por ejemplo, los varones se encargaban de tareas más “masculinas” como revisar facturas, arreglar el coche o llevar a los hijos al fútbol. Por otra parte, era destacable que cuando había una tarea que a los varones les causaba mucho desagrado, solía ser la mujer quien informaba de ello. Quizás porque éstos buscaban protegerse de interpretaciones que los acusaran de irresponsables o de tener comportamientos discriminatorios:

Sí, sí, yo se lo he dicho... ¿Por qué no friegas el cuarto de baño? Es que es una cosa que... es que las cosas de la casa parecen que pertenecen a la mujer (Mujer 22, 49 años, emparejada con corresponsable moderado procedente de la trayectoria 1).

Ciertamente al final pues yo me encargo más de cocinar [...] Y a lo mejor en cuestión de llevar el coche a arreglar y ese tipo de cosas como los papeleos o el tema de la economía la

gestiona él mejor (Mujer 4, 44 años, emparejada con corresponsable moderado procedente de la trayectoria 1).

5.3.8. La socialización conyugal de los varones corresponsables

En el caso de los perfiles corresponsables, la socialización conyugal no estaba motivada por la desigualdad en el reparto sino por el hecho de aumentar la importancia que los varones concedían al estado y necesidades del hogar. Es decir, las mujeres emparejadas con hombres corresponsables trataban de elevar el estándar doméstico de sus parejas. En efecto, como se ha podido ver en el apartado anterior, los criterios más laxos de los corresponsables moderados ocasionaban que las mujeres fueran las principales responsables de la planificación y de realizar un trabajo más meticuloso. Aunque más adelante se analizarán los perfiles femeninos, lo que ahora es relevante destacar es que las mujeres con un perfil directivo eran quienes principalmente buscaban incrementar el estándar doméstico de sus respectivas parejas. En primer lugar, instruyéndolos en método que mejoraban la eficacia y eficiencia de la limpieza. Debido a que los varones no eran conscientes de que su forma de limpiar condicionaba el resultado final, ellas intentaban que imitasen sus formas de hacer para obtener mejores resultados y hacerles más fácil el trabajo:

Ayer vi que estaba barriendo y no había limpiado el polvo antes, pues ahí se lo dije: “limpia primero el polvo porque si no es doble trabajo, es doble para ti” Que lo haga bien y es trabajo que se ahorra. Y ahí me dio la razón (Mujer 17, 24 años, emparejada con corresponsable moderado procedente de la trayectoria 3).

En segundo lugar, también buscaban que se adaptasen a un orden más elevado, lo cual era una situación común tanto en corresponsables moderados como en corresponsables implicados porque ellos no daban mucha importancia al estado del hogar, a la disposición de los objetos o al cuidado de la ropa. Para ellos eran “detalles” que no afectaban a su vida diaria, pero a las mujeres sí le afectaba a su estado de ánimo. Más adelante se analizará esta última cuestión, de momento es suficiente con señalar cómo las mujeres buscaban cambiar la importancia que sus parejas concedían a la organización. En este sentido, la socialización no era un medio para modificar el reparto en sí, sino para aumentar la importancia que los hombres daban al cuidado de lo doméstico:

Entonces, ha habido muchos momentos de tensión porque ella, por ejemplo, le importaba más... en un momento dado le daba mucha importancia al hecho de que estuviera todo

aparentemente ordenado y yo eso, a lo mejor, pues no tanto, pero bueno. He terminado entendiendo que es verdad que está más bonito y no me importa, y entonces haces el esfuerzo de, yo qué sé, de terminar de levantarte y ordenar los cojines del salón y cosas así, detalles (Varón 4, 44 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

Él tiene tendencia a dejar sus cosas en la superficie del salón. En plan: unos cascos, unas llaves, las gafas de sol. Y eso la verdad... me pone un poco de los nervios [...] Cuando él se levanta, le digo: “oye, venga vamos a limpiar el salón. Puedes empezar por limpiar todas tus cositas que hay por aquí”. O... otra técnica es darle recipientes para que meta las cosas (risas). (Mujer 7, 25 años, emparejada con corresponsable implicado procedente de la trayectoria 3).

5.3.9. El peso de la socialización familiar

En los apartados anteriores, se pudo apreciar cómo ninguno de los varones ayudantes procedía de familias que les hubiesen demandado una alta participación en lo doméstico. Esta falta de compromiso repercutía más adelante en las mujeres que conviven con ellos, viéndose en la necesidad de cambiar su actitud a través de una nueva socialización. Sin embargo, este cambio dependía de una serie de factores que condicionaban el éxito o el fracaso de la socialización conyugal. Por el contrario, los perfiles corresponsables, especialmente aquellos que compartían equitativamente las tareas domésticas o incluso les dedicaban más tiempo que sus parejas, procedían casi en su totalidad de familias que les habían exigido una alta implicación. Al comparar el perfil de ayudante evasivo con el perfil de corresponsable implicado-organizador podemos apreciar la importancia decisiva que la socialización familiar tiene en los hábitos, las actitudes y las creencias de los hombres con el trabajo doméstico.

En este sentido, los varones que habían tenido una alta implicación doméstica en la familia de origen no solo tenían una actitud corresponsable, sino que, y esto lo fundamental, habían cultivado un gusto por el cuidado del hogar y una alta preocupación por su mantenimiento. Hasta el punto de que su estado de ánimo se veía afectado si no mantenían de forma rigurosa el buen estado de la vivienda, o al menos una parte de ésta que les resultara esencial.

En este sentido, en uno de sus libros, Kaufmann (2007) describía las irritaciones y el malestar de muchas mujeres que convivían con varones que le daban una importancia más bien escasa a la limpieza y el orden del hogar. En su trabajo se podía observar cómo ambas partes vivían en mundos casi paralelos a causa de estas diferencias. Sin embargo,

la respuesta sobre el porqué de las discrepancias tan drásticas continuaba en el aire. En realidad, las llamadas “manías de perfección” son características de individuos que han tenido un contacto reiterado e intenso con las tareas del hogar desde la adolescencia. Cuando las familias de origen tratan del mismo modo a sus hijos e hijas lo que vemos es que los primeros también se irritan y se tranquilizan, se tensan y se relajan, se disgustan y se complacen cuando el estado del hogar cambia. De forma que las diferencias de género se disipan cuando los varones y las mujeres han tenido experiencias similares con el trabajo doméstico:

Desde muy pequeño, como que me relaja mucho el limpiar en casa [...] Y me genera bienestar. Yo entro a casa, y entro en el comedor y lo veo limpio y tal, y me conforta, me siento mucho más cómodo [...] para mí es que es súper normal tenerlo todo organizado (Varón 10, 34 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 3).

En mi casa se cocina mucho y yo aprendí que cuando tienes una olla, una sartén o tienes varias cosas, normalmente utilizas cubiertos distintos para utilizar en distintas... pues dejar un platito ahí, al lado de los fuegos para apoyar la cuchara del arroz, el tenedor que estás utilizando para la sartén y tal. Es para dejarlo en un plato y que no se ensucie la encimera [...] a mí la cocina me gusta que esté limpia, que esté... o sea, a medida que vas cocinando hay que ir limpiando (Varón 7, 28 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 3).

5.4. De las corresponsables moderadas a las jefas de hogar

En lo que respecta a la tipología de perfiles femeninos hay que destacar que no se encontraron mujeres ayudantes. Era significativo que incluso aquellos casos procedentes de trayectorias con una baja implicación doméstica no desarrollaran actitudes de ayuda o de apoyo. Tampoco se pudo observar creencias que señalaran implícitamente a sus parejas masculinas como las principales responsables del hogar. Además, en las entrevistas de las mujeres no había indicios de estrategias con las que eludir el trabajo doméstico. De forma que, a diferencia de los varones, los perfiles femeninos se constituían desde la corresponsabilidad, a excepción de las *jefas de hogar* que daban por hecho que ellas debían ser las principales responsables.

Estas diferencias suponen un ligero cambio en la forma de analizar las entrevistas de las mujeres. En el caso de los varones lo relevante era conocer en qué medida se implicaban en las tareas domésticas y que tipo de actitud mantenían. En cambio, en el caso de las mujeres como lo que predomina es la corresponsabilidad, es necesario incluir otra

dimensión que dé cuenta de las diferencias entre los distintos perfiles femeninos. Así, se prestará mayor atención al valor que éstas conceden al estado del hogar para poder destacar sus diferencias. La tabla 3 ofrece un resumen general de sus características y un ejemplo narrativo de cada una de ellas.

Tabla 3. Características y ejemplos narrativos de los diferentes perfiles femeninos.

| Perfiles | Características | Ejemplo narrativo |
|-----------------------------------|--|--|
| <i>Corresponsables moderadas</i> | Se implican de forma habitual, pero sin lograr un reparto equitativo. Sus parejas tienden a asumir la mayor parte del trabajo mental. | Mi chico es muy apañado, mucho más que yo. Entonces... yo soy bastante desordenada, bastante dejada, es mi pequeño defecto. Entonces, él va mucho de tras de mí. |
| <i>Corresponsables adaptables</i> | Su implicación con el trabajo físico y mental es alta. Dan importancia al estado del hogar, pero suelen priorizar las actividades de ocio y su tiempo libre. | Me parece que [nuestra vida] puede ser mucho más rica si hacemos otras actividades que no estar limpiando el baño un domingo por la mañana con un sol radiante. |
| <i>Corresponsables directivas</i> | Priorizan el cuidado y las necesidades del hogar dedicando mucho tiempo al trabajo doméstico. El hecho de que sus estándares domésticos no se cumplan les causa insatisfacción y malestar. | Es que luego a mí me gusta cómo limpio yo. Que a lo mejor le digo que lo limpie, pero luego... Me gusta más cómo lo hago yo y acabo limpiando el doble. |
| <i>Jefas de hogar</i> | Son las principales responsables del hogar y tienden a demandar en términos de ayuda. Asumen todo el trabajo mental de la organización del hogar. | Si me barre o me friega o me limpia los cristales, pues es un trabajo menos que tengo que hacer yo. |

Fuente: elaboración propia.

5.4.1. Características de los perfiles femeninos corresponsables

Respecto a las mujeres con un perfil corresponsable se podían distinguir, de menor a mayor implicación, las *corresponsables moderadas*, las *corresponsables adaptables* y las *corresponsables directivas*. En cuanto a sus trayectorias de procedencia, las corresponsables moderadas provenían de la primera y segunda trayectoria caracterizadas por la baja implicación doméstica en la familia de origen. Las corresponsables adaptables se podía decir que eran un perfil heterogéneo en la medida en que procedían de cualquiera

de las tres trayectorias. En cambio, las corresponsables directivas provenían de la tercera trayectoria caracterizada por la alta implicación doméstica en la familia de origen.

Si analizamos las características de cada uno de estos perfiles vemos que las corresponsables moderadas eran mujeres con menos de 30 años y con un estatus profesional y nivel de ingresos igual o superior a sus parejas (ver mujeres 10, 18 y 21). En lo que se refiere al tiempo que dedicaban al empleo, las mujeres 18 y 21 invertían más horas que sus parejas. Además, las corresponsables moderadas solían estar emparejadas con varones corresponsables, por lo que no presentaban conflictos relacionados con la desigualdad en el reparto. Es más, sus parejas hacían más tareas que ellas porque disponían de más tiempo y/o porque sus estándares domésticos eran más elevados. Se podría decir que los roles de estas parejas estaban invertidos siendo los varones quienes más atención y tiempo dedicaban a las necesidades del hogar. Si bien, hay otros estudios cuantitativos que señalan que las mujeres con un nivel de ingresos y estatus profesional más elevado que sus parejas realizan más trabajo doméstico para evitar una posible inversión de los roles (Bittman et al., 2003).

Quizás estas diferencias se originan porque este estudio ha incluido a parejas atípicas o bien porque se están produciendo cambios en las relaciones de género hacia una mayor igualdad (Sullivan y Gershuny, 2018) y los estudios cuantitativos no son capaces de detectarlo debido a su reciente surgimiento. Siguiendo a Beck y Beck-Gernsheim (2008) quizás el proceso de individualización de la sociedad podría estar influyendo en la posibilidad de intercambiar o invertir las dinámicas de hacer y deshacer el género.

Continuando con el análisis de las corresponsables moderadas, se puede decir que eran similares a sus homólogos los corresponsables moderados. Era un perfil de mujeres que daba importancia a sus empleos, pero sin que esto implicara desentenderse de lo doméstico. Para ellas, las labores del hogar eran una actividad secundaria, aunque se esforzaban en cuidar que la relación de corresponsabilidad no se rompiera, si bien sus parejas masculinas asumían más tareas a nivel físico y mental.

No obstante, existía un matiz que las distinguía de sus homólogos los corresponsables moderados. De forma que, cuando mencionaban a sus parejas masculinas solían elogiarlas por ser más propensas a hacer el trabajo doméstico. Al contrario que los corresponsables moderados que no alardeaban de las cualidades de sus parejas. Esto podría indicar que los hombres se sienten más expuestos a juicios que los señalen como

machistas si elogian las cualidades domésticas de sus parejas, especialmente si estaban relacionadas con labores de limpieza y organización. En cambio, las mujeres no experimentan esta presión teniendo la libertad de poder expresar la mayor participación de sus parejas como una característica positiva. Los siguientes verbatims recogen los aspectos que se han destacado de este perfil de corresponsables moderadas:

Mi chico es muy apañado, mucho más que yo. Entonces... yo soy bastante desordenada, bastante dejada, es mi pequeño defecto. Entonces, él va mucho detrás de mí [...] te diría que él hace más cantidad de trabajo, de faena (Mujer 10, 26 años, corresponsable moderada, trayectoria 1).

Muchas veces, se da cuenta de cosas de las que yo no me doy cuenta [...] Es como que él tiene un puntillito de limpieza [...] De hecho, hay cosas que él me tiene que decir a mí: “vamos a limpiar esto” (Mujer 18, 26 años, corresponsable moderada, trayectoria 2).

Las cosas como son... Si es que él tiene como más predisposición a: “vale, ya ha terminado la lavadora. La tiendo y cuando pasen tres horas seguro que ya está seca... voy a recogerla”. Total, que a mí eso pues como que me da un poco más igual si se tira cinco horas en vez de tres... (Mujer 21, 28 años, corresponsable moderada, trayectoria 2).

En cuanto a las corresponsables adaptables, se caracterizaban por ser un perfil heterogéneo compuesto por mujeres procedentes de las tres trayectorias (ver mujeres 2, 7, 9, 12, 13 y 16). Además, tenían un nivel de ingresos y de estatus profesional que podía ser inferior, igual o superior al de sus parejas. También era común que este perfil de mujeres y el anterior no se haya visto obligado a hacer el trabajo doméstico de sus hermanos en la adolescencia.

Lo que sí las diferenciaba de las corresponsables moderadas era la importancia que condecían al estado del hogar. Se puede afirmar que estaban atentas a todas las tareas, compartiendo la responsabilidad del trabajo mental con sus parejas masculinas si estas también tenían un perfil corresponsable. En este sentido, el nivel de implicación de las corresponsables adaptables era lo suficientemente elevado como para no depender de las indicaciones de la pareja. No obstante, era común que este perfil diera más importancia al ocio que al mantenimiento del hogar sin que esto les ocasionara insatisfacción por no cumplir con ciertos estándares:

No me agobio por las cosas... Si hay algo fuera de su sitio pues ya se recogerá [...] Los platos se pueden quedar ahí hasta mañana (Mujer 12, 27 años, corresponsable adaptable, trayectoria 3).

El fin de semana preferimos pasarlo entero fuera, pero a veces no queda de otra y toca limpiar (Mujer 13, 33 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

Me parece que [nuestra vida] puede ser mucho más rica si hacemos otras actividades que no estar limpiando el baño un domingo por la mañana con un sol radiante (Mujer 16, 53 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

Por último, el perfil de corresponsable directiva destacaba porque todas las mujeres procedían de la tercera trayectoria caracterizada por una alta implicación en la familia de origen. Además, las mujeres de este perfil habían tenido en la adolescencia una actitud servicial hacia sus hermanos al hacer sus tareas y al atender sus necesidades. En lo que respecta a su estatus profesional y nivel de ingresos era similar al de sus parejas (véanse parejas 3, 4, 5, 8 11, 17, 20 y 22).

Se puede decir que las corresponsables directivas priorizaban en mayor medida el cuidado del hogar que el tiempo libre, siendo el perfil corresponsable que más tiempo dedicaba al trabajo doméstico. Por lo general, realizaban más tareas que sus parejas y se sentían relativamente cómodas llevando el peso de la organización, ya que esto les facilitaba tener un mayor control sobre el estado del hogar. Además, solía ser motivo de insatisfacción y malestar el hecho de que sus estándares domésticos no se alcanzaran. Sin embargo, también esperaban que sus parejas se adaptaran a éstos, aunque fueran ellas quienes asumieran la mayor parte de la carga. Más adelante se ofrecerá una explicación sobre este control, ahora lo relevante es mostrar la baja tolerancia que este perfil tenía hacia el desorden, la suciedad y las formas más imperfectas de hacer el trabajo doméstico. Lo cual suponía no solo un coste en su tiempo libre, sino también en su descanso:

Muchas veces él me dice: “coño [nombre de la mujer], que son las doce de la noche, ¿qué haces recogiendo?” “Pues porque no me gusta acostarme con la casa revuelta porque al día siguiente se va a quedar revuelta porque tú te vas a trabajar y yo también”. Entonces te gusta un poco mantener la limpieza en la casa (Mujer 5, 31 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Es que luego a mí me gusta cómo limpio yo. Que a lo mejor le digo que limpie, pero luego... Me gusta más cómo lo hago yo y acabo limpiando yo el doble (Mujer 17, 24 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Y muchas veces quedan cosas por hacer y a mí me gusta terminarlas y a él no. Él dice: “déjalo para mañana porque ahora vamos a descansar un poco que a las cuatro y media nos tenemos que ir” Y yo no, a mí me gusta dejarlo todo terminado. Y él le da menos importancia a la limpieza (Mujer 22, 49 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

5.4.2 Características de las jefas de hogar

El cuarto de los perfiles femeninos estaba compuesto por las *jefas de hogar* caracterizadas por ser las que más tiempo dedicaban al trabajo doméstico (ver mujeres 1, 6, 14, 15 y 19). En cuanto a sus trayectorias de pertenencia, contrariamente a lo que pudiera parecer, no todas provenían de la tercera trayectoria caracterizada por la alta dedicación al trabajo doméstico en la adolescencia. También había mujeres que procedían de la segunda trayectoria, aunque era significativo que se hubiesen socializado viendo cómo sus madres eran las principales responsables del hogar.

Por otra parte, era característico que este perfil de mujeres estuviera emparejado con varones ayudantes, siendo estas parejas las que presentaban una división sexual del trabajo doméstico más acentuada. Además, eran mujeres que tenían un nivel de ingresos y de estatus profesional inferior al de sus parejas masculinas, salvo en el caso de la mujer 15 que ganaba más dinero que el varón.

En cuanto a las características de las jefas de hogar, cabía señalar que no tenían por qué dar más importancia al estado del hogar que las corresponsables directivas, siendo ambos perfiles similares en este aspecto. En este sentido, lo que diferenciaba a las jefas de hogar de los demás perfiles era su actitud hacia la distribución del trabajo doméstico, parecida a la actitud de una ama de casa que se considera responsable de los quehaceres del hogar. En resumen, las jefas de hogar se caracterizaban por: 1) demandar en términos de ayuda; 2) delegar trabajo doméstico según sus intereses; 3) controlar la organización del hogar.

En primer lugar, si las jefas de hogar demandaban en términos de ayuda significaba que para ellas los hombres eran un apoyo a través del cual descargarse de trabajo cuando estaban sobrepasadas o necesitaban un momento de descanso, a diferencia de los perfiles corresponsables que creían que sus parejas debían de implicarse en igualdad de condiciones. Expresiones tales como “ayudarme”, “echarme una mano” o “me friega”, simbolizaban cómo ellas se sentían en el deber de ser las responsables de mantener la organización del hogar:

A lo mejor pienso que podría ayudarme más en esto y no me ayuda (Mujer 1, 50 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

Yo le he pedido alguna vez a él que echara una mano [...] son cosas que... el otro día, pues quitarme una cortina porque la tengo que lavar (Mujer 6, 59 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

Si me barre o me friega o me limpia los cristales, pues es un trabajo menos que tengo yo (Mujer 19, 52 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

En segundo lugar, las jefas de hogar delegaban en sus parejas priorizando sus propios intereses. En efecto, las tareas que les gustaban o con las que se sentían realizadas no las delegaban para no perder las actividades que más les reconfortaban. Además, cuando creían que había tareas que al delegarlas en sus parejas iban a realizarse con una calidad inferior preferían hacerse cargo ellas mismas. Así, su actitud jugaba en contra de la posibilidad de un reparto corresponsable al priorizar una delegación táctica que contemplaba el impacto que podía causar en la organización del hogar por encima de la igualdad de obligaciones. De hecho, era común que prefiriesen delegar tareas como planchar y ordenar la ropa que tenían un bajo impacto en la organización del hogar. En el siguiente extracto de entrevista se puede apreciar esta forma de proceder:

Yo podría decir: las lavadoras las haces tú, pero nunca lo he hecho. Siempre me lo he quedado yo [...] Yo sé que otros matrimonios dicen: el marido se encarga de tres cenas a la semana y dos comidas. También yo, como a mí me gusta mucho la cocina pues eso no he querido delegarlo. La plancha como me gusta menos pues he intentado colarlo. Y luego también como a [nombre del varón] se le da bien. A ver, si veo que plancha bien sus camisas, pues hombre si hubiese visto que va como un Cristo... pero si he visto que lo ha hecho bien [...] También yo reconozco que yo no delego porque a mí me gusta. (Mujer 1, 50 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

En tercer lugar, era significativo que la mayoría de las mujeres de este perfil quisieran tener cierto control sobre la organización. Concretamente, sobre la definición de lo que hace que un hogar pueda ser considerado como habitable. Esta voluntad de control las predisponía a tener una mayor iniciativa sobre qué, cómo y cuándo hacer las tareas domésticas. Aspecto que no solo se podía explicar por la baja predisposición de sus parejas a participar de forma corresponsable, sino también porque ellas habían interiorizado este control como parte de sus preocupaciones. En algunos casos, las mujeres lograban que sus parejas aceptaran su estándar, aumentando el nivel de

implicación de aquellos. Sin embargo, lo habitual era que este tipo de situaciones se diera ocasionalmente, por lo que las mujeres tendían a dedicar más tiempo a las tareas del hogar:

Aunque me canse me gusta hacer mis cosas a mi manera [...] Entonces, ahora todo se dobla como Marie Kondo y le he enseñado a los chicos y a [nombre del varón]. Entonces para doblarle la ropa se dobla así y yo ya sé que da igual que les diga que guarden esto porque lo están haciendo como a mí me gusta. Entonces ya no tengo que estresarme (Mujer 14, 45 años, jefa de hogar, trayectoria 2).

Entonces, con el orden soy muy maniática y con la limpieza pues... hay algunas cosas que me gustan, que las tengo que limpiar yo porque si no... no me gusta cómo quedan (Mujer 15, 25 años, jefa de hogar, trayectoria 2).

Al igual que en la primera figura diseñada para los perfiles masculinos, en la figura 2 se puede ver un diagrama compuesto por la dimensión física y mental del trabajo doméstico. Cada perfil femenino está situado en una posición orientativa acorde a su implicación con las tareas del hogar. Si bien, la comparación con la figura 1 de los varones no es válida porque no se han identificado mujeres con perfil de ayudante. Antes bien, lo que buscan estas figuras es situar a cada perfil de tal modo que visualmente resulte más sencillo comprender sus diferencias.

Al igual que en la figura de los varones, la celda inferior de la derecha no está ocupada por ningún perfil. Hipotéticamente podríamos pensar que se trata de una mujer encargada de la organización del hogar, pero cuya ejecución deja en manos del servicio doméstico contratado. O bien se podría tratar de un perfil que únicamente se dedica a la organización del hogar, mientras que su pareja realiza el trabajo. Para variar respecto de la figura 1, se ha optado por la primera de las opciones, denominando a este perfil como *externalizadoras*. Haciendo con ello referencia a la forma en que gestionan el trabajo doméstico externalizándolo en terceras personas.

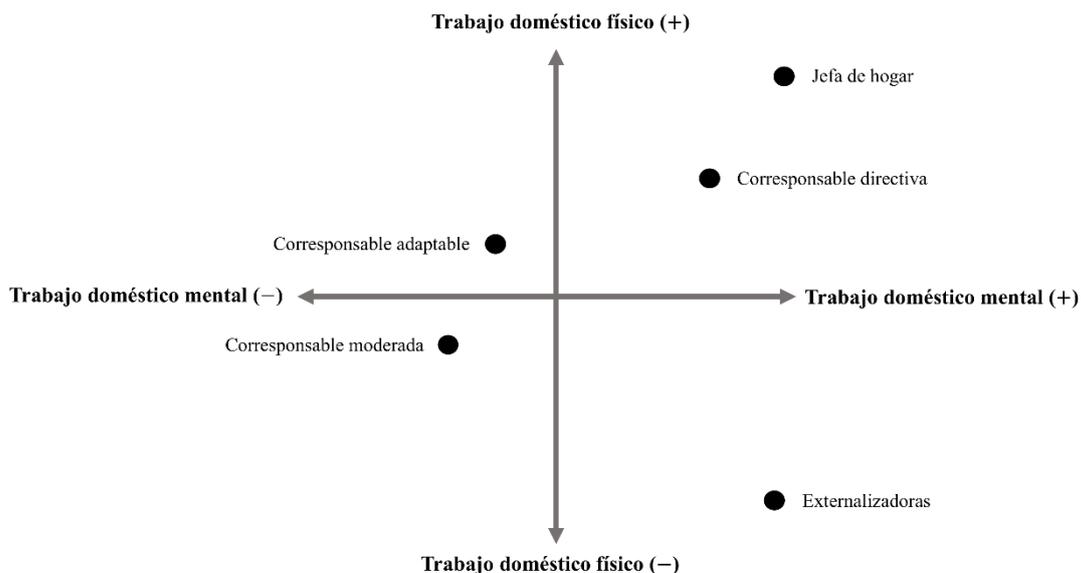


Figura 2. Distribución de los perfiles femeninos en función de su grado de implicación en la dimensión física y mental del trabajo doméstico. Elaboración propia.

5.4.3 El desarrollo de perfiles femeninos con altos niveles de implicación

La presencia de perfiles como la jefa de hogar o la corresponsable directiva, caracterizadas por la importancia que concedían al estado del hogar, se explicaba por dos factores. El primero de ellos estaba relacionado con la socialización familiar, especialmente con la influencia de las madres. Éstas podían de forma directa influir en la implicación de sus hijas presionando o esperando que ellas asumieran el rol de principales responsables y mantuvieran una actitud servicial hacia sus parejas. En estos casos, las hijas podían aceptar o resistirse a la influencia de las madres. Si se resistían, se daba una situación de ruptura con las expectativas maternas que posibilitaba la emergencia de un reparto igualitario. Por el contrario, si aceptaban la influencia de aquellas, quedaban a expensas de la actitud que adoptara la pareja. Si los varones habían interiorizado fuertes asimetrías de género verían con buenos ojos que sus parejas sean las principales responsables. De modo que las exigencias de las madres lograban afectar a la división del trabajo doméstico. En cambio, si los varones tenían una actitud corresponsable, la influencia de las madres tendía a desaparecer en favor de un trato igualitario. En los siguientes verbatim se pueden observar varios ejemplos de esta cuestión:

Yo recuerdo que mi madre me decía: “tú le tienes que hacer la cena todas las noches”. Y yo le pregunté la primera noche: “¿qué quieres de cenar?” Y lo primero que me dijo fue:

“la cena me la hago yo, que no me la ha hecho nunca mi madre me la vas a hacer tú ahora”
(Mujer 3, 51 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Mi madre tiene asumido que es la mujer la que tiene que asumir la cocina. Como sé cocinar cuatro cosas, siempre me dice: “¡es que vaya ama de casa estás hecha!”. Mi madre ha asumido un poco ese rol que yo no he hecho (Mujer 11, 29 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Por otra parte, las madres también podían influir en sus hijas de forma no consciente a través del ejemplo de su comportamiento. Si tomaban como ejemplo lo que habían observado durante la adolescencia y lo convertían en un espejo donde compararse, valorarse e imitar, lo habitual era que asumieran la mayor parte de la organización y ejecución del trabajo doméstico:

Mi madre es un todoterreno en la casa, lo lleva todo. Pero que lo lleva todo hasta el punto... que es otra cosa que he aprendido de mi madre, el tema de los papeles: el DNI, el seguro del coche, las citas del médico. Todas esas cosas las lleva mi madre, que eso también lo llevo yo (Mujer 15, 25 años, jefa de hogar, trayectoria 2).

La influencia de las madres también podía estar relacionada con la transmisión no consciente de altos estándares domésticos que las hijas podían tender a imitar cuando se independizaban del nido familiar. Sin embargo, estos intentos de imitación no solían salir bien parados cuando el tiempo del que disponían era menor. En tanto que amas de casa, las madres podían dedicarse a cuidar del estado del hogar diariamente y con grandes inversiones de tiempo, pero la situación de las hijas era distinta por su inserción dentro del mercado laboral. Lo cual dificultaba o impedía que pudieran imitar los altos estándares de sus madres, ocasionando que tuvieran cierto remordimiento de conciencia o disputas con la pareja a quien trataban de cambiar con la intención de satisfacer el deseo transmitido de madre a hija:

Mi madre es verdad que era como muy maniática del orden y de la limpieza. Y a mí sí es verdad que con [nombre del varón] me vienen a la memoria que hemos tenido muchas discusiones en cuanto al orden (Mujer 4, 44 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Como en mi casa se hacían todos los días los baños y ahora lo hago una vez a la semana... Sí que me he sentido mal de decir que tenemos que limpiar muchas veces, pero es que es por falta de tiempo (Mujer 11, 29, corresponsable directiva, trayectoria 3).

El segundo factor que condicionaba el desarrollo de perfiles femeninos con alto nivel de implicación estaba relacionado con la actitud de los varones. Esto era evidente en los perfiles de ayudantes que implícitamente creían que sus parejas debían de ser las responsables del hogar. Situación que se agravaba aún más cuando los hombres no daban importancia al esfuerzo que sus parejas hacían por mantener la organización del hogar:

Y es lo que yo le digo: “solo quiero que colabores, que la casa es muy pequeña”. Si colaborara y no dejara cosas por medio [...] Mi lucha es que me friegue los platos, pero no lo consigo (Mujer 19, 52 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

Por otra parte, podía suceder que este tipo de actitudes se interrelacionaran con las actitudes mujeres potenciando la desigualdad en el reparto. El ejemplo más extremo lo encontramos en la pareja de más edad en la que el varón se oponía en un primer momento a que su pareja ingresara en el mercado laboral. De forma que, mientras que él intentaba persuadirla para que renunciara a su deseo, ella reaccionaba mostrándose firme en su decisión, pero aceptando al mismo tiempo que ella sería la responsable del trabajo doméstico. Es decir, la mujer tenía una voluntad de autonomía económica y de autorrealización laboral al mismo tiempo que un sentimiento de responsabilidad doméstica. De acuerdo con Alberdi (1999), cuando algo es deseado y defendido por la mujer, el varón lo percibe (y en este caso también la propia mujer) como un deseo individual y no como un derecho social. Si bien, era destacable que en este caso, así como en el citado anteriormente, eran las mujeres quienes informaban sobre lo sucedido. En el siguiente verbatim se podrá apreciar cómo se interrelacionan las actitudes tradicionales de ambas partes de la pareja. Mientras que él se negaba ella se “encabezaba” en hacer realidad lo que bajo su percepción era un deseo más que un derecho:

Pero como él no quería que yo trabajara, pues al principio pues decía: “¿tú lo vas a poder llevar todo?” Yo me encabezé y... porque es que yo quería trabajar [...] necesitaba salir de la casa y no estar todo el día metida... (Mujer 6, 59 años, jefa de hogar).

5.4.4. La tradicionalización del reparto con la llegada de los hijos

Con el nacimiento de los hijos las tareas domésticas aumentaban considerablemente y con ello el tiempo que las parejas debían de invertir en este tipo de trabajos. Sin considerar el tiempo dedicado al cuidado de los menores, había más comidas que preparar o más vestimenta que lavar y ordenar. A esto había que sumarle el gasto de energía psíquica que

se consume haciendo tareas fuertemente desagradables como cambiar los pañales a los menores (Coria, 2016).

En el caso de las parejas con hijos que se entrevistaron, se aprecian cambios importantes en la división del trabajo doméstico con la llegada de éstos a la familia. Siendo habitual que se produjera la llamada tradicionalización del reparto (González y Jurado, 2015), independientemente del perfil doméstico de los varones y las mujeres. De forma que los hombres tendían a asumir más responsabilidades en sus empleos aumentando con ello los ingresos de la familia, mientras que las mujeres salían del mercado laboral o reducían su jornada. En cualquiera de los casos, tras el nacimiento de los hijos las mujeres aumentaban el tiempo que dedicaban al trabajo doméstico. En los siguientes verbatim se podrán apreciar estos cambios, particularmente en la pareja 3 donde el varón, conforme nacían sus hijos iba aceptando más responsabilidades laborales y con ello alejándose del hogar:

Los primeros años de casados yo creo que él estaba incluso aquí en Granada, luego ya cuando nació [nombre de la hija] estaba fuera, pero cerca. Y luego se fue alejando más. Y claro, cuando ya teníamos los tres niños él era director de un instituto y tenía mucha responsabilidad, muchas reuniones, además estaba lejos. A veces nevaba, no podía venir por la nieve... En fin. Yo allí sí estaba más cargada por eso, porque eran estar con los tres pequeños (Mujer 3, 51 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Desde que nació [nombre del hijo] empezó a trabajar en la multinacional en la que está y viajaba mucho. Por ejemplo, en un mes dos semanas podía estar fuera (Mujer 14, 45 años, jefa de hogar, trayectoria 2).

Solamente en un caso se pudo observar un aumento del tiempo que la mujer dedicaba al mundo laboral. Pero, a diferencia de los hombres, el incremento de tiempo en esta actividad no estaba tan relacionado con aumentar los ingresos de la familia, sino con lograr la estabilidad laboral. En este caso, el varón continuaba con su trabajo profesional al tiempo que se hacía cargo del cuidado de los menores y de la mayor parte del trabajo doméstico, que compartía con una empleada del hogar contratada para facilitarle algunas de las tareas. Era una pareja en la que el varón había tenido una alta implicación doméstica en la adolescencia, mientras que la mujer había sido socializada en un modelo donde ambos progenitores estaban fuertemente vinculados con sus empleos. Se podría decir que esta pareja, sabiendo que tenía contratada una empleada del hogar que facilitaba el trabajo al varón, era quien más se acercaba a un cambio en las dinámicas de género:

Yo tenía que leer una tesis doctoral y luego tenía que opositar a una plaza de profesor titular en una plaza de universidad pública. Y eso fueron unos años, unos años... leer la tesis y otros tantos el opositar. Con una dedicación absoluta, completa, y teniendo que hacer viajes al extranjero y, al tiempo, iban naciendo los hijos. Entonces, ese reparto fue absolutamente distinto. Cocina, compra, lo hacía [nombre del varón] y yo venía por la noche y cenaba cualquier cosa y me iba por la mañana temprano [...] [nombre del varón] llevaba los hijos a los colegios, los recogía, estaba pendiente de los temas médicos, los pediatras, las vacunas, los catarros, los vómitos. Él estaba absolutamente dedicado al cuidado de los hijos y el tema de las compras y la cocina lo llevaba él. La plancha y la limpieza quizás más la chica (Mujer 16, 53 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

Por otra parte, había diferencias en cuanto al grado de conflicto entre las parejas. En aquellas donde la mujer había renunciado a su empleo, los conflictos eran prácticamente inexistentes. La estricta división entre el espacio doméstico y el mercado laboral atenuaba las posibles tensiones y disputas conyugales debido a que cada una de las partes se hacía responsable de las actividades y obligaciones de la esfera de trabajo correspondiente. Lo cual no quiere decir que en estas parejas las mujeres no desearan que los varones participaran más en las tareas del hogar, sino que no se sentían con la legitimidad suficiente como para demandarles colaboración a causa de la estricta división del trabajo. En cambio, en las parejas donde la mujer había reducido su jornada laboral los conflictos eran frecuentes debido a las habituales sobrecargas producto de la doble jornada que las mujeres experimentaban.

No obstante, los varones no solían corresponder a las demandas de sus parejas por las altas exigencias profesionales que habían asumido tras el nacimiento de los hijos, sin ser plenamente conscientes del coste mental y físico que ellas estaban soportando. En el siguiente extracto de entrevista se podrá ver los problemas que experimentaba una de las mujeres cuando la llegada de los hijos a la familia multiplicó el tiempo del trabajo doméstico. Este trabajo le ocasionaba fuertes sobrecargas que tuvo que aprender a sobrellevar hasta que los hijos alcanzaron la edad de nueve años y pudo empezar a delegar en ellos:

[...] ha tenido puestos de a veces un poquillo de más responsabilidad y por las tardes también ha estado más implicado. Entonces cuando llegaba, si estaba cansado, pues a lo mejor se sentaba [...] Yo necesitaba que, si él llegaba más tarde a casa, vale que necesitases media hora para descansar, pero que luego había que ponerse a hacer cosas. Es que cuando los niños son chicos es que hasta las ocho y media o nueve de la tarde necesitan atención,

eso es un no parar. [...] Eso ocurre hasta que los niños tienen pues unos nueve años. Ya después no. Ya había llegado una etapa que ellos son más autónomos. Ya no les tienes que preparar la ropa para el día siguiente, ya se pueden asear solos, (Mujer 1, 50 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

Aunque fuese común que después del nacimiento de los hijos tanto los varones con perfil corresponsable como los varones con un perfil de ayudante tendiesen a aumentar su tiempo dentro del mercado laboral, a largo plazo sí se pudieron apreciar diferencias notables. En las parejas formadas por varones ayudantes, lo habitual era que el reparto continuara siendo desigual incluso cuando los hijos llegaban a la adolescencia. Es decir, la brecha estaba presente en las distintas etapas de la relación, aumentando especialmente en los primeros años de vida de los menores. En cambio, en las parejas formadas por un varón corresponsable la dinámica del reparto se modificaba conforme los menores iban creciendo. En este sentido, los varones aumentaban su implicación doméstica en parte como una forma de compensar los años en los que la pareja había sido la principal responsable:

Yo me he sentido... cuando estuve de director, que en casa yo estaba menos. Menos tiempo en la casa por culpa del trabajo. También puede ser que una vez que yo estoy en [nombre de pueblo 1] pase más tiempo en la casa para compensar cuando había estado menos para... [...] Yo sé que demanda había, yo sé que ella... A ver, yo me quedo en [nombre de pueblo 2] trabajando, teniendo mi plaza en [nombre de pueblo 1]. Y yo sé, y lo sabía, que ella prefería que yo me viniera. También sé que ella jamás me pidió venirme porque sabía que yo quería, que era decisión mía y que sin ser lo que más le gustaba ella lo respetó desde el primer momento (Varón 3, 51 años, trayectoria 3).

También se pudo observar cómo algunas mujeres buscaban ascender en su vida profesional, especialmente aquellas que ocupaban puestos de funcionaria. Sin embargo, ante un mismo deseo las diferencias entre unas y otros eran considerables. Por un lado, los varones tendían a buscar ascensos que los sujetaban más a la vida laboral porque el puesto en cuestión requería de más dedicación. En cambio, las mujeres buscaban ascensos que no les implicara tener que invertir más tiempo en el mundo profesional.

Además, ellas calculaban más el coste que el ascenso podía tener para la vida familiar. De modo que mientras los hombres parecían no prestar demasiada atención a las circunstancias familiares a la hora de promocionar o buscar un nuevo puesto de trabajo, las mujeres elegían con más cuidado el momento en que trataban de ascender. Por

ejemplo, en el caso de la pareja anterior, el varón contaba, sin ser consciente de estas diferencias, cómo su pareja intentó promocionar en su puesto de trabajo cuando dos de sus tres hijos tenían más de seis años y era época de vacaciones. De tal forma que él podría realizar las tareas del hogar cómodamente mientras su pareja dedicaba el tiempo a estudiar:

Me acuerdo de un verano que fuimos con unos amigos, tendría el niño chico unos tres o cuatro años, ella estaba estudiando y se fue a la casa donde íbamos y se encerraba por las mañanas a estudiar y nunca ha habido que decir... Porque yo, en ese momento que ella estudiaba, yo hacía la comida (Varón 3, 51 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

5.4.5. La educación doméstica de los hijos

Cuando la literatura hace referencia a la dimensión mental del trabajo doméstico normalmente se focaliza en la parte de planificación de las tareas. Pensar cuándo es necesario poner una lavadora, cambiar las sábanas o qué productos y alimentos se necesitan en el hogar, son algunos ejemplos de esto. Sin embargo, se suele olvidar que la educación doméstica de los hijos y las hijas también es una parte importante del trabajo mental. Como ya vimos en el apartado dedicado a la socialización familiar, asignar y supervisar las responsabilidades domésticas de los menores es importante para que adquieran hábitos y costumbres y para que desarrollen actitudes y comportamiento igualitarios. Se podría decir que la educación doméstica es un proceso de enseñanza de larga duración que se suele extender hasta que los hijos han interiorizado las obligaciones como parte de sus responsabilidades familiares.

Era relevante que las familias entrevistadas buscaban que sus hijos e hijas se implicaran de alguna forma en el trabajo doméstico. Además, en los testimonios de ambas partes no se han podido observar diferencias de trato a favor de los hijos varones. Esto contrasta con la etapa adolescente de estas mismas parejas en las que una buena parte de los varones no habían realizado tareas del hogar y las mujeres solían experimentar fuertes desigualdades de trato en favor de sus hermanos.

Sin embargo, pese a la presencia de una mayor igualdad de trato entre estas familias, el reparto de la educación doméstica era muy distinto según los perfiles que componían las parejas. En primer lugar, era destacable que en general las mujeres eran quienes organizaban y supervisaban que los hijos hicieran las tareas domésticas encomendadas al igual que, anteriormente, lo hicieron sus madres.

En el caso de los varones, la relación con este tipo de trabajo era diferente según el perfil que representaran. Los varones ayudantes daban poca importancia a este proceso de responsabilización de los hijos y tendían a desentenderse de él, delegando en sus parejas la responsabilidad de educarlos. Lo cual ocasionaba que la carga mental de sus respectivas parejas se multiplicara porque tenían que planificar la organización del hogar, movilizar a sus parejas para que colaborasen y supervisar que los menores cumplieran con los cometidos asignados. Los siguientes verbatim son un buen reflejo de la dinámica de esta clase de situaciones:

Bueno, me gustaría que los niños fueran más responsables. Ahora no es tanto [nombre del varón], ahora son los niños. [Nombre del hijo], por ejemplo, se ha ido esta mañana a sus estudios y se ha dejado la cama sin hacer... es un desastre (Mujer 1, 50 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

P: Y a tu hijo, ¿intentas darle responsabilidades de la casa?

R: Muy pocas, muy pocas.

P: ¿Por qué?

R: Porque el padre y yo no vamos los dos a una. Yo intento dársela, pero el padre dice que ya tendrá tiempo. Entonces claro... ¿Qué es lo que hace el niño? Pues lo que más le conviene (Mujer 19, 52 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

A diferencia de los ayudantes, los perfiles de varones corresponsables sí se implicaban en las labores de educación doméstica de sus hijos. Aunque era reseñable que no todos ellos lo hacían por igual. Los corresponsables moderados y los corresponsables implicados participaban en este tipo de trabajo, pero por lo general eran las mujeres quienes tenían más iniciativa y prestaban más atención a que los hijos cooperasen y cumplieran con sus obligaciones domésticas:

P: Y el tema de involucrar también a los niños cómo lo..., se lo comentasteis entre los dos o, ¿cómo surgió?

R: Surge de [nombre de la mujer]. Y ves que podrían, que deberían de echar una mano. Que tienen que ir aprendiendo que las cosas son de todos. Y sí, creo que es algo que es de cajón. Y digo: “pues claro, pues sí”. Se les propone que cada uno su cuarto, las partes comunes son estas y estas y en principio vosotros os las repartís (Varón 3, 51 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

Los niños tienen también su responsabilidad pequeña. [...] yo le digo a los niños a cada uno lo que le toca (Mujer 3, 51 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Ella ha sido digamos..., la que ha estado más pendiente de... de que los niños ayuden en casa o sean autónomos... (Varón 4, 44 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

Por otra parte, los casos de mujeres que priorizaban el resultado de la tarea por encima de la labor pedagógica solían desvincularse de la educación doméstica de sus hijos. En este sentido, cuando las mujeres buscaban mantener estándares domésticos elevados preferían ser ellas mismas quienes hicieran las tareas para evitar que el resultado pudiera alterar el orden predefinido. En estos casos, era el varón quien asumía la responsabilidad de educar a los menores y prestar atención a que éstos cumplieran los cometidos asignados. Esta descompensación solía ocasionar conflictos a través de los cuales los varones buscaban que sus parejas se adaptaran a la nueva situación y fueran más flexibles con las formas de hacer menos perfectas de los menores. El siguiente verbatim puede servir como ejemplo de esta coyuntura:

R: El padre los obliga a que se levanten, hagan su cama, barran su cuarto, frieguen su cuarto. El padre sí, pero yo no.

P: ¿Tú no por algo en especial?

R: Pues porque no me gusta cómo lo hacen, me cabreo y prefiero hacerlo yo. Pero claro, si no lo hacen pues nunca lo van a hacer bien. Y en ese aspecto, [nombre del varón] y yo sí discutimos porque él dice que yo no le mando a los niños y siempre tiene que estar él mandando. [Nombre del varón] ha sido el que se ha encargado de que ellos se quiten su plato, enjuaguen su plato... En fin, la verdad es que él es el que más se ha implicado a la hora de que los niños colaboren en la casa. (Mujer 22, 49 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Por último, el perfil masculino implicado-organizador se caracterizaba por ser el que más participaba en estas labores pedagógicas implicándose en igual o mayor medida que la propia pareja. Por ejemplo, enseñándoles a planchar, a poner el lavavajillas o a preparar las cenas. El siguiente verbatim ilustra la participación de ambas partes en estas labores pedagógicas:

Ha enseñado a sus hijos, que también lo hacen. No tan perfecto como él, pero también ellos también planchan [...] Mis hijos se hacen la cama por la mañana, que son mayores, y yo

les exijo que mantengan un orden (Mujer 16, 53 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

5.5. Toma de decisiones y conflictos por el trabajo domésticos

Los anteriores apartados han analizado los distintos perfiles masculinos y femeninos destacando sus principales características con la intención de responder al segundo de los objetivos de investigación. En cambio, esta sección busca responder al tercero de los objetivos relacionado con la dinámica de la toma de decisiones y los conflictos por el trabajo doméstico. Para explicar las dinámicas de estas dimensiones se ha optado por diferenciar dos grupos de parejas. El primer grupo está formado por parejas con altas asimetrías de género, compuesto por un varón ayudante y/o una jefa de hogar. En cambio, el segundo grupo engloba parejas donde los varones y las mujeres tienen un perfil corresponsable.

A través de esta distinción se analizará si la toma de decisiones es explícita o implícita y qué consecuencias tiene esto para el reparto doméstico. En ambos tipos de parejas se examinará cómo cada una de las partes contribuye al mantenimiento de la desigualdad o, por el contrario, al desarrollo de un reparto igualitario. Además, se prestará especial atención a los factores que condicionan la toma de decisiones.

Respecto a la cuestión de los conflictos, se seguirá el mismo procedimiento distinguiendo entre ambos grupos de parejas para posteriormente analizar qué clase de conflictos se producen y cómo las parejas los gestionan. Se examinará el motivo que ha causado el conflicto y las implicaciones que éste tiene tanto para el reparto como para la convivencia.

5.5.1. Dejar decidir, dejar dirigir

Comenzando por las parejas con altas asimetrías de género, cabe señalar que la mayor parte de las decisiones se tomaban de forma implícita. Sobre todo, en aquellas parejas que estaban compuestas por una jefa de hogar y un ayudante. En efecto, lo habitual era que estas parejas no hablaran sobre cómo repartir o gestionar las necesidades cotidianas del hogar, siendo la mujer la principal responsable de tomar las decisiones. Que las mujeres tomaran las decisiones no las beneficiaba porque tendían a responsabilizarse de una mayor carga de trabajo. Otras investigaciones han observado este mismo hecho señalando cómo la falta de diálogo en las parejas contribuye a incrementar el tiempo que las mujeres dedican al trabajo doméstico (Mui-Teng y Knudson-Martin, 2006; Wiesmann et al., 2008; Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello, Becerril-Ruiz, 2024).

En lo que respecta a los varones ayudantes, tendían a dejar que sus parejas decidieran sobre cómo hacer el reparto y qué tipo de organización llevar en la vivienda. En sus verbatim se podía entrever que para ellos las decisiones sobre lo doméstico estaban en un segundo plano y carecían de valor. Siendo común su interés por aquellas decisiones en las que había grandes sumas de dinero en juego, como en el caso de la compra de una vivienda o de un automóvil, donde sí se implicaban y buscaban tener la última palabra sobre la decisión.

De forma implícita estos varones distinguían entre “grandes decisiones”, que ellos buscaban gestionar, frente a “pequeñas decisiones” del hogar que dejaban en manos de sus respectivas parejas. En esta misma línea, Dema (2006) pudo observar cómo algunos varones se desentendían de los “pequeños gastos” domésticos, mientras que trataban de que su opinión fuese la dominante en lo referente a los “grandes gastos”.

En el siguiente verbatim se puede ver cómo uno de los ayudantes ponía en alza su papel dominante cuando había grandes gastos en juego, mientras que para las decisiones que repercutían en la organización del hogar dejaba que la opinión de su pareja fuera la dominante:

R: Ella decide en un 70% de las cosas. Pero no me importa, es decir no es un terreno en el que yo me siento minusvalorado ni nada. No me siento... A lo mejor ella te puedo decir: “sí, yo domino en el 70%, pero las cosas clave domina él”.

P: ¿Cómo en qué?

R: Por ejemplo, ahora mismo hay una discusión en mesa, que es si nos mudamos o no nos mudamos y eso es una decisión importante, de calibre [...] ¡Qué no es poner una lavadora o ir a tirar la basura! (Varón 1, 50 años, trayectoria 1, ayudante colaborador).

Por otra parte, aunque en este tipo de parejas no hubiese una toma de decisiones explícita y negociada sobre el reparto doméstico, lo cierto es que había situaciones en las que las mujeres sí explicitaban la necesidad de dividir este trabajo. En esta toma de decisiones más específica, los varones volvían a jugar un papel pasivo dejando que sus parejas decidieran cómo y quién debía de realizar la actividad. En líneas generales, los ayudantes se caracterizaban por quedarse a la espera, dejándose dirigir sin tomar parte del asunto. De manera que dependía de la mujer que la toma de decisiones tomase un cariz más explícito.

Estas dinámicas potenciaban que ellas se sintieran solas cuando tomaban decisiones, a diferencia de los varones que creían que las decisiones se estaban tomando en equipo. Parecía que, el hecho de que las mujeres les demandasen implicación significaba para ellos que la decisión se estaba tomando de forma coordinada. En cambio, para ellas, la falta de implicación de sus parejas les hacía sentir que estaban asumiendo todo el peso de las decisiones (Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello, Becerril-Ruiz, 2024). En los siguientes verbatimims se puede apreciar la diferencia entre cómo una y otra parte perciben la toma de decisiones y hasta qué punto las parejas pueden llegar a vivir en mundos paralelos:

Somos compañeros y llevamos entre los dos la casa... La compra la hacemos los dos [...] A ver, si ella me pide algo yo lo suelo hacer [...] A veces me dice si puedo comprar fruta que no hay y compro la fruta, cojo unas manzanas, unos plátanos y unas cerezas que están de oferta y me las subo. Que hay que ir a la carnicería, pues se va a la carnicería. No hay problema... (Varón 2, 49 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Si hace algo es porque yo le digo que hay que hacer esto, que hay que hacer lo otro y él lo hace. Pero, que salga de él, no [...] Si hay que fregar o hay que poner una lavadora, cualquier cosa... y a veces me sobrepasa, totalmente... y sí, me siento muy sola en ese sentido, mucho, muy sola [...] la que sabe qué hay que comprar soy yo. Porque soy yo la que cocina. Soy yo la que lo lleva en la cabeza (Mujer 2, 48 años, corresponsable adaptable, trayectoria 3).

La falta de participación de los varones ayudantes en la toma de decisiones conllevaba que las mujeres tuvieran que representar un rol directivo con la finalidad de que sus parejas se implicaran en los asuntos del hogar. Ellas decidían cómo, cuándo y en qué tipo de tareas demandarles participación. Este liderazgo no era sencillo porque las dejaba expuestas a ser percibidas como personas autoritarias que decidían y mandaban sobre los quehaceres de sus parejas.

Un observador externo quizás se centró únicamente en señalar el comportamiento moralmente sancionable de estos varones. Sin embargo, si se mira la relación desde dentro el problema es mucho más complejo. Así, cuando los varones no tienen un sentido de la corresponsabilidad las demandas de participación suelen ser interpretadas por ellos como exigencias. Esto se puede apreciar en cómo los ayudantes protestan o se resisten a incrementar el tiempo que dedican al trabajo doméstico cuando sus parejas le demandan participación. De manera que las mujeres pueden percibir que están enojando a sus parejas por sus continuos reclamos, lo cual las obliga a aprender a demandar.

Este aprendizaje conlleva un trabajo emocional intrínseco a la posición de principal responsable del hogar. El uso del tacto, bromas con las que enviar indirectas o espaciar en el tiempo las demandas de colaboración, son algunas de las estrategias que utilizan las mujeres para no dañar la relación al tiempo que buscan incrementar la participación de sus parejas. Esto no quiere decir que no se produzcan conflictos por la desigualdad, al contrario. De lo que se trata es de señalar otro tipo de situaciones que las mujeres experimentan cuando no hay un marco normativo corresponsable que sostenga la relación de pareja. Igualmente, también puede suceder que, ante las resistencias y evasivas de los varones, ellas terminen por asumir el trabajo. En el siguiente verbatim se podrá observar este último aspecto y cómo las disposiciones hacia el trabajo doméstico adquiridas en la familia de origen afectan a las decisiones que ella toma:

A veces le digo... hago albóndigas, que voy a hacer arroz. Y el arroz no tiene mucha ciencia, aparte de que tiene una olla donde se hace solo. Y le digo: “[nombre de la pareja], ve poniendo el arroz que ahora llego y hago las albóndigas”, y le sienta un poquito mal, también eso [...] Por suerte yo soy una persona que, en mi casa, cuando mis padres se separaron, pues yo tenía hermanos pequeños... yo estoy acostumbrado a hacer la comida para mí y mis hermanos, a limpiar mi casa y lavar mi ropa. Entonces, en este aspecto, si cocino para mí, cocino para los dos, y ya está (Mujer 12, 27 años, corresponsable adaptable, trayectoria 3).

5.5.2. Factores que condicionan la toma de decisiones de las parejas corresponsables

En lo que respecta a la toma de decisiones de las parejas corresponsables por lo general era explícita y dialogada. De modo que cada parte sabía qué tareas debía realizar. Sin embargo, había una serie de factores que condicionaban las decisiones de estas parejas. Entre ellos los más destacados estaban relacionados con las diferencias de estándares, los gustos por ciertas tareas y el tiempo disponible.

En cuanto a las diferencias de estándares era habitual que las mujeres los tuviera más elevados. Lo cual condicionaba que ellas prefiriesen hacer ciertas actividades cuyo cuidado consideraban prioritario. En cambio, los varones se encargaban de aquellas otras tareas que no requerían de tanta atención o que a sus parejas les disgustaba tener que hacer:

Tenemos algunas tareas repartidas y otras comunes. [Nombre del varón] se encarga de la ropa porque yo no lo soporto. La lava, la tiende, la recoge y la guarda en el armario. Y también lava los platos. Yo suelo ser la que cocina y la que limpia el baño porque no soporto

cómo los limpia. Y el resto como barrer, fregar, ir a la compra, polvo, gatos, el arenero... lo vamos haciendo entre los dos (Mujer 13, 33 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

Otras parejas decidían el reparto tratando de encontrar un equilibrio entre aquellas tareas que les gustaban, o al menos no les disgustaban, y aquellas otras que les desagradaban. Así, si una parte hacía una tarea que a la otra persona le incomodaba, ésta última compensaba haciendo otra tarea que pudiera causar desagrado a su pareja. Este reparto basado en los gustos podía hacer que la división fuese muy gratificante si ambos evitaban hacer aquellas actividades que más les disgustaban:

Lo tenemos muy fácil porque lo que le gusta hacer a ella no me gusta hacerlo a mí y viceversa. A ella le encanta cocinar y se le da súper bien y yo lo odio y se me da súper mal [...] Entonces, a ella le gusta y a cambio yo friego los cacharros y limpio la cocina entera. Y eso lo tenemos súper pautado [...] O sea, no tendría sentido hacer un reparto totalmente equitativo y que ella limpiase más cuando no le gusta y yo cocinase más cuando no me gusta y se me da peor (Varón 9, 34 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

En cambio, si las parejas tenían poco tiempo libre lo habitual era que la toma de decisiones se improvisara en función de las necesidades que iban surgiendo casi a diario. En estos casos había poco margen para la decisión y cada uno hacía su parte del trabajo cuando estaba disponible. Sin embargo, las tareas que más les gustaban las procuraban hacer de forma conjunta:

Vamos un poco improvisando según el tiempo que tengamos. Generalmente yo me encargo de hacer la comida por las tardes. La compra intentamos ir juntos los dos porque nos gusta [...] Hago como tareas más pequeñillas que reparto a lo largo de la semana porque yo entre semana tengo algo más de tiempo. Y ella el fin de semana que es cuando libra pues hace alguna tarea más a fondo (Varón 11, 28 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 3).

Estos tres factores estaban presentes en distinto grado en la toma de decisiones de las parejas corresponsables. Sin embargo, esto no significaba que la influencia de la asimetría de género quedara completamente anulada. En este sentido, era habitual, sobre todo en parejas de mediana edad, que en la forma de repartir las tareas los varones dedicaran más tiempo a revisar las facturas o cuidar de las zonas externas a la vivienda, mientras que las mujeres se implicaban más en tareas como la limpieza de las habitaciones o la preparación de las comidas. Para este tipo de parejas lo importante era sentir que las decisiones se

estuviesen tomando desde una idea de relación igualitaria, sin que esta tuviera que materializarse en un reparto igualitario. De forma que, el propio sentido colectivo de la toma de decisiones se priorizaba por encima de lograr un reparto igualitario:

Nosotros de idea lo tenemos claro, y lo hemos hablado mucho con los niños, que tiene que ser igualitario. Ciertamente al final pues yo me encargo más de cocinar [...] Y a lo mejor en cuestión de llevar el coche a arreglar y ese tipo de cosas, como los papeleos o el tema de la economía, la gestiona él mejor. Porque, aunque hemos hablado de hacerlo los dos, y yo quería y él quería que yo me encargara también, pero... me da una pereza grandísima (Mujer 4, 44 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Por otra parte, aunque en este grupo de parejas la mayoría de las decisiones las tomaban explícitamente había una parte menor del reparto que se decidía de manera implícita. Esta toma de decisiones implícita especialmente emergía cuando había una diferencia significativa entre los estándares domésticos de ambas partes. En efecto, que uno de ellos considerara necesario invertir más tiempo en una tarea generaba una especie de efecto silenciador sobre su reparto, ocasionando que el miembro de la pareja con el estándar más elevado hiciera el trabajo. En general, por lo que se ha podido ver en las entrevistas, las mujeres eran quienes tenían los estándares domésticos más elevados dedicando mayor atención, cuidado y esmero en hacer las tareas del hogar.

Estas diferencias en los estándares eran de un orden muy diverso. Podía ser que una de las partes quisiera limpiar el baño dos o tres veces en semana, mientras que la otra se conformaba con una. Que la preparación y el cocinado de los alimentos se hiciera pensando en la salud y en el sabor, mientras que la otra parte priorizaba el ahorro de tiempo. O que uno de ellos quisiera que los utensilios de cocina tuviesen un orden que se respetara, mientras que al otro no le importaba que ese orden se alterara y produjera cierto desconcierto a la hora de encontrar los propios utensilios.

La cuestión era que estas diferencias con los estándares eran interpretadas como parte de la personalidad de cada uno. Por lo que la parte con un estándar más elevado no solía sentirse con la suficiente legitimidad como para hacer de este tema un problema que se tuviera que decidir de manera explícita. En el siguiente verbatim se podrá apreciar cómo las diferencias en los estándares causaban que la mujer dedicara más tiempo al trabajo doméstico y que la toma de decisiones sobre este asunto dejara de ser dialogada, consensuada y compartida:

Yo lo elijo, que cosas se cuelgan en el armario, que cosas van dobladas, en que cajón va cada cosa de la cocina, las sartenes, las ollas, los cazos. La despensa la tengo por estanterías y colores, y la ropa igual. Pero es imposible mantener un control con él porque lo pone donde quiere, donde le cabe, donde le parece [...] Dos semanas duran bien las cosas hasta que él vuelve a meter mano ya sea el armario, los cajones de la cómoda, los de la cocina. ¡Y vuelta a empezar la historia! (Mujer 13, 33 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

Sin embargo, como veremos a continuación, cuando las discrepancias por los estándares afectaban significativamente al reparto del trabajo doméstico sí se abría un conflicto que obligaba a ambas partes a negociar un cambio en la forma de gestionar el reparto y la organización del hogar.

5.5.3. Conflictos por las diferencias entre estándares domésticos

Como se ha venido señalando, las discrepancias por los estándares podían ser uno de los principales motivos de conflicto entre las parejas corresponsables. Por sí mismas, estas diferencias no tienen por qué afectar a la división del trabajo doméstico en la medida en que las personas tienen la posibilidad de controlar y ajustar su comportamiento con la finalidad reducir aquello que las distancia. Y en líneas generales, esto es lo que se ha podido observar en el grueso de las parejas corresponsables, tendiendo a reajustar su conducta con la intención de que el reparto no se desequilibrara.

Sin embargo, en este proceso de reajuste se han apreciado diferencias importantes según el tiempo que las parejas llevaran conviviendo. En el caso de las parejas que recientemente habían empezado a convivir, las tensiones eran más evidentes en las entrevistas y se podía entrever los conflictos que estaban causando en el seno de la relación. Según contaba una de estas parejas, el varón solía ser el principal responsable de preparar y cocinar los alimentos, mientras que su pareja dedicaba más tiempo a limpiar la vivienda. Sin embargo, ella abrió un conflicto porque pese a tener las tareas repartidas, el apoyo que él recibía por parte de ella en la cocina era mayor que el apoyo que él le proporcionaba en materia de limpieza. De manera que ella veía que se estaba produciendo un desequilibrio excesivo en el reparto.

La defensa que cada parte hacía de su interés personal había ocasionado que la relación se tensionara en una especie de tira y afloja por mantener el reparto equilibrado. Esta situación también la observaron autoras como Botía, Domínguez y Jurado (2015) al

percatarse que las discrepancias por los estándares ocasionaban conflictos que no eran fáciles de resolver. La pareja intentaba llegar a un consenso en el que ambas partes estuvieran cómodas, sin embargo, las diferencias entre lo que ella consideraba como “necesario” y lo que él entendía como “accesorio” dificultaba que el conflicto se zanjara:

Él me dice: “mira, no limpies porque sabes que estoy hasta arriba”. Pero claro, yo le digo: “es que tú sabes que yo también”. Entonces intentamos llegar a un consenso: “el próximo día en vez de ponerte tú sola a limpiar dímelo antes y yo te digo si ese día puedo o si no lo dejamos para otro día”. Es verdad que, aunque discutamos, siempre intentamos llegar a un acuerdo [...] Pero... Es que luego a mí me gusta cómo limpio yo. Que a lo mejor le digo que limpie, pero luego... Me gusta más cómo lo hago yo y acabo limpiando yo el doble (Mujer 17, 24 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

A mí me da igual que esté un poco más desordenado y ella no puede con el desorden. Entonces, al final se ocupa ella... Pero es verdad que yo intento ocuparme más, pero es como que: “ya he limpiado yo hoy”. Joder, es que le dije que iba a limpiar yo, y es como que... Yo debería de limpiar bastante más, pero, por ejemplo, ayer lo limpie [el piso] entero [...] Hay veces que no me da tiempo, pero que yo lo voy a hacer al día siguiente (Varón 17, 27 años, corresponsable moderado, trayectoria 3).

Esta tensión provocaba que cada vez que el varón dedicaba tiempo a limpiar se lo comentara a su pareja como una forma que él tenía de demostrarle que estaba intentado que el reparto no se desequilibrara. Pero estas señales no tenían por qué ser suficientes en la medida en que también discrepaban sobre cuál era la forma correcta de limpiar. Aunque para ella era lógico quitar el polvo y después barrer y fregar, él no lo creía de ese modo y esto causaba malestar en la mujer porque veía que el estado de la vivienda se alteraba cuando él hacía el trabajo.

Esta disputa por definir qué es lo esencial y qué lo secundario solía producir situaciones estresantes en la relación por las correcciones con las que ella intentaba que él se adaptara a su forma de proceder. Esta tensión la hacía cuestionarse si debía de continuar presionándolo o, por el contrario, permitir que él sea quien decida cuál es la mejor manera de realizar la tarea. Por sus palabras, “que tampoco quiero imponer nada”, parecía que estaba sintiendo que la relación se estaba dañando a causa de sus continuas insistencias:

Que tampoco quiero yo imponer nada... Que yo entiendo que ese es mi orden, pero que cada uno tiene las suyas [manías]. Y al final la convivencia es eso, pero... Pero algunas

veces sí le digo: “mira haz esto mejor así y esto mejor así” [...] Pero que igual que él no se mete yo intento no meterme (Mujer 17, 24 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

Por otra parte, los cambios en los hábitos y costumbres que se han ido desarrollando en el transcurso de la vida de una pareja conllevan un proceso de larga duración. Lo común suele ser que en los comienzos de este proceso las mujeres prefieran incrementar el tiempo que dedican a cuidar del hogar, hasta que por sobrecargas o por un cambio de prioridades abren un conflicto que obliga a ambas partes a negociar la necesidad de un cambio.

En el caso de la anterior pareja el proceso de reajustes estaba abierto y no se podía saber con seguridad cómo se cerraría. Pero, en otras parejas que llevaban más tiempo conviviendo sí se podía apreciar el equilibrio que habían logrado gracias a la reducción de las diferencias que los separaban. A este respecto, lo habitual era que los varones aumentaran el nivel de sus exigencias y las mujeres los redujeran, de modo que lograban un consenso en el que ambos se sentían reconocidos:

Entonces, no son zonas estancas, no es mi limpieza y la siento mía y además soy maniática y quiero que se haga como yo quiero, porque ya he aprendido que eso es un error porque al final mal educas al marido y te mal educas tú (Mujer 4, 44 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

He terminado entendiendo que es verdad que está más bonito y no me importa, y entonces haces el esfuerzo [...] Pero sin... Yo creo que hemos llegado a un punto de madurez de decir mira, hasta donde se pueda. Que esto no nos angustie y no nos amargue la vida. Entonces, yo creo que he aprendido de ella a ser más ordenado y yo creo que ella ha aprendido de mí un poco, en un momento dado, en ese sentido de: hasta aquí empieza lo que es deseable y a veces lo perfecto es enemigo de lo bueno (Varón 4, 44 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

En líneas generales, por lo observado en las entrevistas, eran frecuentes las tensiones por discrepancias entre estándares domésticos. Y en el caso de que éstas permanecieran latentes solía ser porque las parejas llevaban poco tiempo de convivencia o porque el reparto no terminaba de descompensarse lo suficiente. Pero que las parejas modificasen su estándar para facilitar la convivencia no significaba que lo interiorizasen como parte de una nueva forma de ser. Esto se podía apreciar, por ejemplo, en expresiones tales como “he terminado entendiendo que...”, “haces el esfuerzo”, “yo intento”, que revelan cómo el núcleo duro de la identidad no se modificaba de forma sustancial. A este respecto, si

observamos la reacción de uno de los varones cada vez que su pareja le decía de limpiar se puede comprender que, aunque el desacuerdo se resuelva, sigue latente en la relación:

Cuando nos ponemos a limpiar los sábados a mí no me gusta y me pongo muy serio y ella siempre dice: “ya estamos otra vez con...” y yo: “déjame tranquilo, ya está”. Es que a mí limpiar no me gusta. Cocinar sí (Varón 8, 33 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

A este respecto, era interesante cómo este mismo varón se sinceraba sobre la forma más laxa y despreocupada con la que iba a gestionar la vivienda ahora que su pareja estaba de viaje, por ejemplo, postergando el momento de ordenar el dormitorio:

Lo mismo no hago la cama. O la hago menos o la hago de vez en cuando o cuando va a venir alguien (Varón 8, 33 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

Si cuando su pareja estaba presente se veía obligado a limpiar de forma más asidua, ahora que estaba viviendo solo por un tiempo podía plantearse dedicar menos atención a esta actividad. Por su forma de hablar, se puede apreciar cómo tenía pensado ir postergando el momento de limpiar la vivienda, elaborando una justificación para cada día sobre el por qué no podría hacer la tarea. Con estas justificaciones evitaba dar una imagen despreocupada del estado del hogar al mismo tiempo que excusaba su falta de atención:

También es verdad que, como estoy yo solo tampoco... Es que claro, el lunes a las siete de la mañana salgo de casa y vuelvo entre las ocho o las nueve de la noche. El martes me voy también a las siete y vuelvo también sobre las siete o nueve de la noche. El miércoles [...] Mañana jueves también voy a estar todo el día fuera que he quedado con un compañero y comeré con él... entonces tampoco estoy aquí. El viernes, sábado o domingo, seguramente algún día vaya a comer a casa de mis padres. Entonces, al final, tampoco la casa... entonces este fin de semana me pondré el sábado o el domingo y... paso el aspirador, limpio la cocina y cuatro cosas. No es que me guste limpiar ¡eh! (Varón 8, 33 años, corresponsable moderado, trayectoria 1).

Poniendo atención a la última de sus frases, resulta reveladora porque señala cómo una buena parte de los hombres tratan de evitar que se los relacionen con actividades altamente feminizadas. Esta distancia simbólica que ellos marcaban con el trabajo doméstico se podía ver más claramente entre aquellos que disfrutaban cuidando del hogar, pero que, sin embargo, no hablaban de esto en las entrevistas. Parecía que para los varones esta relación tan estrecha con las tareas del hogar podía suponer una pérdida de

masculinidad y con ello una pérdida de reconocimiento ante sus iguales. Con lo cual eran las mujeres quienes informaban al respecto:

De repente quiere cambiar las sábanas de todas las camas porque dice que hace quince días que no las hemos lavado y que le apetece meterse en una cama con una sábana que huele a suavizante [...] Me va opinando y me va diciendo si le he echado demasiada agua, si te va a faltar un huevo más, si aquí has puesto demasiado aceite [...] O el baño: “lo has hecho muy rápido, esto no ha quedado bien”. Él me corrige, él cree que soy chapucera y rápida y son las discusiones que tenemos (Mujer 16, 53 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1. Emparejada con implicado-organizador procedente de la trayectoria 3).

En este último caso, las discrepancias por los estándares estaban invertidas y el varón era la parte que más exigía. Sin embargo, estas diferencias no producían un proceso de adaptación recíproca porque la mujer consideraba que las formas de hacer de su pareja eran excesivas. Al contrario de lo que cabría esperar, era ella quien asumía el papel de organizadora controlando que los tiempos que dedicaban al trabajo doméstico no fuesen en detrimento del tiempo de ocio. No obstante, ante la existencia de intereses enfrentados, ella era consciente de que tenía que ceder en algunas cuestiones si no quería tener conflictos de forma habitual. En este sentido, ella facilitaba que en algunas ocasiones su pareja pudiera dedicar más tiempo a la limpieza o gastar más tiempo y dinero en comprar y preparar los alimentos:

Como el que se apunta a Yoga y se relaja, y ese Yoga le cuesta un dinero. Pues para él es la cocina del domingo, como te digo es terapéutico. Por lo tanto, yo lo tengo asumido y es así. Él el sábado incluso no quiere que vaya con él porque sabe que vamos a discutir seguro en el súper, y delante de la gente, porque yo querré comprar lo barato y él lo caro. (Mujer 16, 53 años, corresponsable adaptable, trayectoria 1).

Cuando las exigencias de los varones no eran interpretadas por las mujeres como excesivas, lo habitual era encontrar la misma dinámica de reajuste que en las anteriores parejas. El patrón de tira y afloja se repetía hasta que lograban un consenso en el que ambas partes se sentían reconocidas y con el cual mantenían el reparto equilibrado. Pero este mutuo ajuste estaba condicionado a una serie de estrategias que la persona con el estándar más alto solía elaborar. En el siguiente verbatim se puede apreciar cómo el varón con estándares domésticos más altos utilizaba una serie de estrategias con las que tratar de persuadir a su pareja. Pero esta estrategia se utilizaba poniendo especial cuidado en que la mujer no sintiera que su individualidad estaba siendo desplazada en favor de los

intereses de él. Marcar un “umbral” en lugar de dictar una orden era una buena forma con la que intentar cambiar la actitud de ella sin generar una discusión:

Hoy se ha levantado y me decía: “tengo que fregar”, entonces yo, intentando agrandarle el problema, le digo: “es que llevas desde el viernes”, como si el viernes fuera hace dos meses. Y se queda... y me dice: “pero si el viernes fue ayer”, pues eso (Varón 10, 34 años, corresponsable implicado-organizador, trayectoria 3).

No decide cuándo, él es el que marca la proximidad del evento. Es decir, no me dice que mañana miércoles vamos a limpiar, sino que me dice que la semana que viene deberíamos limpiar. O sea, marca el umbral, el decir que esto ya roza el límite de mi pensamiento (Mujer 10, 26 años, corresponsable moderada, trayectoria 1).

En resumen, se podría decir que en las parejas corresponsables los conflictos por las discrepancias domésticas solían ser explícitos y la gestión que ambas partes realizaban facilitaba que éstas no tuvieran un impacto negativo sobre el reparto del trabajo doméstico. En cambio, como veremos a continuación, los conflictos por las discrepancias en parejas con altas asimetrías de género solían quedar ocultos y, aunque estos se hicieran visibles, parecía que no había voluntad de gestionarlos.

En efecto, cuando los varones ayudantes interpretaban como “secundario” lo que para sus parejas era “básico”, éstos no trataban de llegar a un acuerdo, sino que se desentendía del trabajo doméstico. En el caso de una de las parejas, el varón contaba con tiempo suficiente para hacer la tarea gracias a que tenía la tarde libre. Pero como el marco de la corresponsabilidad estaba ausente en su forma de entender el reparto, no había posibilidad de que los intereses de su pareja lo interpelaran. El resultado era que él priorizaba su tiempo y su forma más laxa de organizar el hogar en detrimento del tiempo de ella:

A mí lo que me molesta es llegar allí y decir que él tiene toda la tarde libre y no sale de él el decirme: “siéntate y ahora lo hago yo”, sino que ya he optado por hacerlo yo directamente (Mujer 5, 31 años, emparejada con ayudante colaborador procedente de la trayectoria 2).

En palabras de uno de los varones ayudantes, ante la falta de un punto común “cada uno con lo suyo”. De forma que las discrepancias por los estándares aumentaban aún más el tiempo que las mujeres dedicando a las tareas del hogar. La falta de interés de los varones en un reparto igualitario y de compromiso con el estado del hogar dificultaba que este tipo de parejas pudiesen negociar para llegar a un acuerdo:

A veces tener que poner una lavadora... ¿lo necesitamos para mañana? Pues no, si acumulamos un poquito más tampoco pasa nada. Pero bueno, no la critico, cada uno con lo suyo (Varón 14, ayudante evasivo, 45 años, trayectoria 2).

Incluso, en algunos casos, el hecho de que ellos pudieran tener unos estándares domésticos más elevados podía también ser motivo para que renunciaran a participar en las tareas del hogar. En lugar de acercar posturas, reducir diferencias y cambiar aquello que les distancia, la dinámica era la de acentuar las divergencias para justificar la falta de implicación:

No me he visto con ella en la cocina... pero es que ella es muy desordenada en la cocina y yo me pongo muy nervioso. Yo nada más que ver cómo pone la cocina de cacharros, de esto y lo otro... y yo, no. Entonces... Yo estoy haciendo algo y sobre la marcha lo limpio y a la basura (Varón 6, 60 años, ayudante evasivo, trayectoria 1).

Por otra parte, la negativa de las jefas de hogar a reducir sus estándares domésticos también influía en que estos conflictos permanecieran ocultos o no abrieran una vía para la negociación con la que cambiar la forma del reparto. Estas mujeres solían creer que las menores competencias de sus parejas masculinas alterarían el resultado del trabajo doméstico y con ello la organización del hogar. Podía ser que el hecho de tener un mayor contacto físico y mental con la organización y ejecución de las tareas les hiciera creer que sus parejas no podrían imitar sus habilidades. Además, este tipo de mujeres tampoco se planteaban la posibilidad de reducir su estándar doméstico haciendo más difícil la implicación de sus parejas:

Yo podría decir: las lavadoras las haces tú, pero nunca lo he hecho. Siempre me lo he quedado yo [...] Siempre he pensado que eso lo iba hacer yo mejor (Mujer 1, 50 años, jefa de hogar, trayectoria 3).

El orden es una cosa que tienen que estar las cosas muy ordenadas [...] El baño lo tengo que limpiar yo, no dejo que lo haga él (Mujer 15, 25 años, jefa de hogar, trayectoria 2).

Como se ha podido ver, las diferencias entre las parejas corresponsables y las parejas que presentan altas asimetrías de género son sustanciales. En las primeras las discrepancias por los estándares se tienden a explicitar y negociar de tal forma que ambas partes se implican en un proceso de mutuo ajuste con el que evitar un desequilibrio significativo en el reparto. En cambio, las parejas que presentan elevados niveles de asimetría no suelen hablar de sus diferencias dificultando la posibilidad de

negociar un cambio. Además, el hecho de que los varones no se sientan interpelados por las desigualdades en el reparto obliga a las mujeres a volver a ser las protagonistas del cambio. Cambio que, por otra parte, no se suele producir entre las mujeres que representan un perfil de jefa de hogar.

5.5.4. La gestión de los conflictos por la desigualdad en el reparto

Dejando a un lado los conflictos por las diferencias entre estándares, en las entrevistas se pudo observar otro tipo de conflicto relacionado con la desigualdad en el reparto. Este conflicto estaba principalmente presente en las parejas compuestas por perfiles de varones ayudantes caracterizados por su baja implicación con las tareas del hogar. En efecto, en el caso de estas parejas era habitual que las mujeres iniciaran conflictos, más o menos belicosos, para tratar de cambiar la actitud de los varones. Estos conflictos no se resolvían con diálogo o con un intercambio de reproches porque el origen del problema estaba en el comportamiento de los varones que terminaba por sobrecargar de trabajo a sus parejas.

En el caso de las familias acomodadas la principal forma de resolver estas disputas estaba relacionada con la contratación de servicio doméstico. De forma que el trabajo que debería de realizar el varón lo descargaba en otra mujer, facilitando no tener que aumentar en exceso su nivel de implicación. La otra de las soluciones pasaba por un cambio significativo del tiempo que los varones dedicaban al trabajo doméstico. Sin embargo, como ya se analizó en el apartado dedicado a los factores que facilitan el éxito de la socialización conyugal, que los ayudantes aceptaran incrementar el tiempo que dedican a lo doméstico dependía de la situación económica y laboral de la mujer, así como del grado en que las asimetrías de género estaban presentes en la relación.

Sin embargo, lo interesante de estos conflictos no era solo cómo se resolvían y los factores que condicionaban la resolución, sino la propia dinámica que generaban en el seno de la relación. En este sentido, se podía entrever las estrategias que los varones desarrollaban para que, implicándose lo menos posible, poder resolver el conflicto de forma satisfactoria. Con el objetivo de rebajar la tensión, los varones aprendían hasta qué punto era posible no participar sin dañar los lazos de la relación. Por ejemplo, mostrando una buena predisposición ofreciéndose a colaborar, pero sin que esto implicara un cambio real en su actitud:

Me lo dice abiertamente: “¡tienes que cocinar más!” Claro que en la cocina me siento impotente. A lo mejor le digo: “mañana voy a hacer cuscús”. Pero [ella responde]: “no que

mañana tengo preparado hacer patatas”. Pues ya está, si tienes patatas (risas) (Varón 1, ayudante colaborador, 50 años, trayectoria 1).

Otra estrategia muy utilizada estaba relacionada con los “despistes” que de forma discreta evitaban que el enojo de las mujeres fuera a mayores. Al fin y al cabo, en tanto que humanos, las personas tienen olvidos que permiten justificar su actitud. Esto no quiere decir que hubiera ocasiones en las que los olvidos no fuesen intencionados, sino que hay olvidos que son estratégicos y sirven para reducir tensiones. En otras ocasiones, las estrategias eran demasiado evidentes y no dejaban lugar para la duda, como por ejemplo cuando los varones ayudantes dejaban la vestimenta de sus parejas sin guardar porque decían no saber cuál era su sitio:

Él guardaba su ropa y la mía me la dejaba encima de la cama y le decía: “¿no sabes dónde tengo la ropa interior ni las camisetas ni...”. Me decía: “no, no lo sé...” “¡Claro que lo sabes, pero no lo haces!” (Mujer 5, 31 años, emparejada con ayudante colaborativo procedente de la trayectoria 2).

Otra de las estrategias más utilizadas estaba relacionada con la retirada progresiva de la colaboración. Cuando el conflicto era reciente los varones mostraban su cara más comprometida con las tareas del hogar hasta que el enojo de la pareja se rebajaba y de forma más o menos escalonada trataban de volver a la situación original:

R: Claro que hay cabreo, porque salto mal. Respondo mal, porque yo misma me cabreo.

P: Y él...

R: ¿Él? Pues entonces se pone a limpiar, se pone a hacer algo [...] Sirve dos semanas a la tercera se ha olvidado. Entonces como que llega un momento en el que me canso (Mujer 2, 48 años, emparejada con ayudante evasivo procedente de la trayectoria 1).

En el caso de las parejas corresponsables se pudo observar que los conflictos por la desigualdad no estaban relacionados con la falta de implicación de los varones. Era más bien una cuestión subjetiva y de percepción originada porque las parejas comparaban la intensidad del esfuerzo que cada parte realizaba. De esta forma, el hecho de que las parejas tuvieran horarios de trabajo diferentes las condicionaba a realizar las tareas en momentos distintos del día y de la semana y a dedicar esfuerzos más concentrados o dispersos en el tiempo. Había quien podía hacer las tareas domésticas de manera más relajada, mientras que la otra parte se veía inmersa en dinámicas muy exigentes que les hacía experimentar una alta implicación en un espacio corto de tiempo.

Estas diferencias podían afectar negativamente tanto a varones como a mujeres ocasionando que la persona más fatigada percibiese una falta de reciprocidad y de desigualdad con el reparto. Cuando esta percepción se prolongaba en el tiempo la persona más fatigada pensaba que la otra parte se estaba beneficiando de su posición más flexible dedicando menos tiempo al trabajo doméstico.

Esta situación creaba conflictos que no daban lugar a cambios en el reparto porque ambas partes ya estaban realmente implicadas en el cuidado del hogar y haciendo lo posible por mantener una división equilibrada. Es decir, el problema no era la división del trabajo doméstico, sino que ambas partes comprendieran que la situación laboral afectaba a la percepción que tenían sobre el esfuerzo dedicado a estas actividades. Estos conflictos se podían observar sobre todo en parejas muy comprometidas con la igualdad en el reparto, y su solución no era otra que el diálogo. Sin embargo, este diálogo solía ser precedido por un intercambio de reproches que, paradójicamente, hacían emerger sentimientos de empatía al reconocer la situación de la otra persona. Los siguientes verbatimims son un buen resumen del análisis que se ha hecho de este tipo de conflicto:

Yo, por ejemplo, llego el sábado de currar a las seis y ella se ha pegado una paliza de hacer cosas y está un poco molesta y me dice: “es que nunca haces esto tú a fondo”. Y entonces es cuando yo trato de hacerle ver que entre semana ella está más liada y yo me encargo del mantenimiento. Y ella a lo mejor lo hace un día a la semana, pero lo hace más a fondo. Entonces es un poco ese acuerdo que tenemos. Pero a veces sí que es verdad que... a lo mejor entre semana un día que yo tengo más curro y me veo un poco forzado a tener que hacer la comida del día siguiente, pues me molesto. Pero ella me dice: “no te quejes que ya este sábado me tocará a mí la paliza”. Y ahí ya me bajo yo los humos (Varón 11, 28 años, corresponsable implicado, trayectoria 3).

A lo mejor entre semana él hace más, y yo el fin de semana, que él trabaja, pues lo hago yo [...] Si él trabaja un fin de semana, pues yo, a lo mejor, ese fin de semana, limpio tres o cuatro horas y compenso lo que él ha hecho entre semana. Y si, por ejemplo, él no trabajara, yo entendería que él hiciera la mayoría de las cosas (Mujer 11, 29 años, corresponsable directiva, trayectoria 3).

En resumen, como hemos podido ver a lo largo de los dos apartados dedicados a los conflictos, cuando las parejas interactúan desde la corresponsabilidad es más fácil que dialoguen y lleguen a acuerdos que beneficien a ambas partes. De modo que los conflictos se vuelven una oportunidad para crecer a nivel personal y conyugal. Mientras que en las

parejas con altas asimetrías de género los conflictos tienden a perpetuarse en el tiempo o a permanecer latentes.

Por último, cabe destacar que no se han recogido conflictos por la desigualdad en la división del trabajo mental. Parece que esta dimensión sigue sin ser considerada como parte del trabajo. Esta observación es importante en la medida en que esta tarea sigue estando desigualmente distribuida, siendo las mujeres las principales responsables de la planificación (Reich-Stiebert et al., 2023).

6. CONCLUSIONES

6.1. Principales hallazgos de la investigación

El objetivo general de este estudio era analizar la división del trabajo doméstico en parejas heterosexuales de doble ingreso atendiendo a los factores, procesos y dinámicas que la condicionan. Para ello se utilizó la técnica de la entrevista semiestructurada con la que producir y recoger información de ambos miembros de la pareja por separado. Posteriormente, esta información se analizó utilizando la teoría de las relaciones de género.

La investigación estaba dividida en tres objetivos específicos cuya respuesta se ha ido desarrollando en los diferentes apartados de los resultados. En este último apartado, se van a desglosar las principales conclusiones de cada uno de éstos y su relación con la literatura científica. El primero de los objetivos consistió en reconstruir las diferentes trayectorias de socialización de varones y mujeres con el trabajo doméstico. En líneas generales, se ha observado la influencia de hasta cuatro agentes de socialización: la familia de origen, el grupo de amistad, el grupo de trabajo y la mujer en tanto que pareja. No se han encontrado indicios directos de otros agentes de socialización relevantes como el sistema educativo y los medios de comunicación. Esto no quiere decir que no hayan jugado un papel importante, sino que las personas entrevistadas no eran conscientes de su influencia.

En total se han identificado tres trayectorias de socialización. La primera y segunda se caracterizaban por la baja implicación doméstica que las familias de origen demandaban a los varones y a las mujeres en su época adolescente. Siguiendo la distinción de Meil (2005b) entre “tareas comunes” y “tareas propias”, era habitual que las personas de estas dos primeras trayectorias hicieran tareas propias o de carácter personal (hacer la cama, ordenar la habitación y las pertenencias). Y solo ocasionalmente tareas comunes que requerían poco tiempo (preparar y recoger la mesa después de comer o tirar la basura).

Por otra parte, más allá de estas similitudes se observaron profundas diferencias de género entre los varones y las mujeres de estas dos primeras trayectorias. En el caso de los primeros, su baja implicación doméstica se explicaba por el privilegio que las familias de origen les concedían por el hecho de ser hombres. Incluso en algunas de estas familias se pudo observar una actitud servicial de las madres y las hermanas hacia los hijos que se beneficiaban de su trabajo en el hogar. Estas dinámicas contribuían a fortalecer los procesos de *doing gender* reproduciendo fuertes asimetrías de género.

Por el contrario, la baja implicación doméstica de las mujeres se explicaba por circunstancias familiares o pactos filiomaternos. En efecto, no se ha podido observar que las familias diesen un trato de favor a sus hijas por el hecho de ser mujeres. Lo que sucedía era que las largas jornadas laborales de los progenitores, o los conflictos que había entre ellos, causaban que la adolescencia de estas mujeres estuviese marcada por la falta de responsabilidades domésticas. Asimismo, también podía suceder que las madres pactaran con sus hijas que éstas no dedicaran tiempo a las tareas del hogar a cambio de que aumentaran el tiempo de estudio y, con ello, las calificaciones escolares. Es decir, las madres hacían un uso estratégico del trabajo doméstico para tratar de que sus hijas estuvieran más implicadas a nivel escolar.

Por otra parte, en estas dos primeras trayectorias también se pudieron observar otras diferencias de género en el seno del núcleo familiar. En este sentido, había algunos varones que en la adolescencia desafiaban la autoridad de las madres cuando éstas les exigían responsabilidades domésticas. No se trataban de simples evasivas, sino auténticas disputas por la legitimidad de la autoridad. Estos enfrentamientos estaban presentes en familias donde el padre pasaba poco tiempo en el hogar o en familias monoparentales encabezadas por madres.

Una última diferencia se pudo observar en cuanto a la edad de las mujeres y de los varones de estas dos primeras trayectorias. La mayoría de estas mujeres tenían edades comprendidas entre los 25 y 35 años. En los casos de las mujeres de más edad (entre los 45 y 55 años) sus familias eran de clase media-alta o clase alta y tenían empleada del hogar que les hacía la mayoría de las tareas domésticas. Por el contrario, en el caso de los varones su presencia estaba presente en todas las franjas de edad y estratos económicos.

En lo que respecta a los varones y las mujeres de la tercera trayectoria, sus familias de origen les habían exigido un alto grado de responsabilidad con el trabajo doméstico. Este proceso de responsabilización comenzaba con tareas que requerían poca habilidad para, con el paso del tiempo, acabar haciendo trabajos más complejos como cocinar, planchar la ropa o limpiar la vivienda. Asimismo, lo habitual era que las madres fuesen las principales responsables de este proceso de socialización.

De forma general, las mujeres y los varones de esta tercera trayectoria han tenido experiencias domésticas bastante similares en la familia de origen. Es decir que sus familias lograban neutralizar la influencia de las relaciones de género asimétricas. Sin

embargo, dentro de esta trayectoria encontramos otras familias que tendían a absorber el tiempo de las hijas exigiéndoles más tareas que a sus hermanos o demandándoles hacer el trabajo doméstico que les correspondía a ellos. Estos hallazgos se encuentran en la misma línea que otros estudios que han destacado cómo dentro de una misma familia las hijas tienen más responsabilidades domésticas que los hijos (Cordero-Coma y Esping-Andersen, 2018; Schulz, 2020).

Por otra parte, si atendemos al impacto que tiene la socialización familiar una vez las personas comienzan a convivir con sus respectivas parejas, observamos que todos los varones de la tercera trayectoria tenían una actitud corresponsable con el trabajo doméstico independientemente de que antes pasaran o no por otro proceso de socialización distinto. Estos hallazgos concuerdan con otros trabajos que resaltan la importancia de la socialización familiar para la interiorización de actitudes corresponsables a largo plazo (Evertsson, 2006; Rodríguez, 2007; Álvarez y Miles-Touya, 2012).

Por el contrario, los varones procedentes de la primera y segunda trayectoria en su mayoría desarrollaban perfiles de ayudantes caracterizados por creer que las mujeres deben ser las principales responsables del hogar. Aunque para los varones de la segunda trayectoria cabía la posibilidad de una segunda socialización que modificase sus hábitos y actitudes hacia el trabajo doméstico antes de convivir con su pareja. De esta forma, la posibilidad de compartir piso o trabajar en empleos que exijan una alta implicación con tareas relacionadas con el orden y la limpieza podía modificar la relación de los varones con el trabajo doméstico.

Sin embargo, en líneas generales los varones de la primera y la segunda trayectoria cuando comenzaban a convivir con en pareja entraban en un nuevo proceso de socialización conyugal a través del cual las mujeres intentaban lograr un reparto del trabajo doméstico más equilibrado. Sin embargo, que las mujeres lograran modificar el reparto a través de esta socialización conyugal estaba condicionado por tres factores.

El primero hacía referencia al nivel de ingresos de las mujeres. De forma que aquellas que se encontraban en una situación de precariedad económica no lograban modificar la división del trabajo doméstico a través de una nueva socialización. Esta observación coincide con los hallazgos de Lázaro et al. (2022) que señala cómo las mujeres

económicamente dependientes realizan significativamente más tareas domésticas que aquellas mujeres con ingresos parecidos a los de sus parejas.

El segundo factor estaba relacionado con el tiempo que, comparativamente, ambas partes pasaban en el hogar. A este respecto, las mujeres que pasaban más tiempo que sus parejas en la vivienda tenían serias dificultades para modificar el reparto. Estas evidencias coinciden con los hallazgos de Dotti (2014) que demostró cómo el reparto es más desigual en las parejas formadas por varones con actitudes de género asimétricas y mujeres que pasan más tiempo que éstos en el hogar.

El tercero de los factores que influía en el éxito o el fracaso de la socialización conyugal estaba relacionado con el grado en que las propias mujeres habían interiorizado las asimetrías de género. De modo que la probabilidad de éxito de la socialización disminuía a medida que las mujeres no se percibían a sí mismas con la suficiente autoridad como para cambiar la situación de desigualdad.

En lo que respecta a la actitud de las mujeres era significativo que, aquellas que habían tenido escasas experiencias de participación con el trabajo doméstico antes de convivir con la pareja, no creían que sus parejas tuviesen que asumir el rol de principales responsables. Es decir que, pese al poco contacto con las tareas del hogar, las mujeres a diferencia de los varones no desarrollaban perfiles basados en la ayuda. En cambio, aquellas que habían tenido una alta implicación con el trabajo doméstico en la familia de origen solían tener unos estándares bastante más elevados que el resto de las mujeres.

El segundo objetivo de la investigación consistió en reconstruir una tipología que reuniera los diferentes perfiles masculinos y femeninos según el grado de implicación doméstica a nivel físico y mental. En cuanto a la tipología de los varones se optó por distinguir entre aquellos que tenían una actitud de ayuda y, por otro lado, quienes mantenían una actitud corresponsable.

En el caso de los primeros se diferenció entre ayudantes evasivos y ayudantes colaboradores. Ambos se caracterizaban por una baja participación en las tareas del hogar, por el uso frecuente de estrategias con las que evitar colaborar y por su escasa implicación con el trabajo mental. La principal diferencia entre estos dos perfiles residía en el hecho de que los ayudantes colaboradores asumían algunas tareas como parte de su responsabilidad. En cambio, los ayudantes evasivos hacían el trabajo doméstico como

una forma de sortear conflictos, de evitar sentirse culpables por las sobrecargas de la pareja y como una manera de concederles un “favor”.

En cuanto a los varones corresponsables se distinguió entre los corresponsables moderados, los corresponsables implicados y los corresponsables implicados-organizadores. Estos perfiles tenían en común el hecho de que se desmarcaban del papel de apoyo característico de los perfiles de ayudantes. Es decir, consideraban que ambas partes de la pareja tenían los mismos derechos y deberes. Además, a diferencia de los ayudantes que solían hablar de sus parejas cuando se les preguntaba por el trabajo doméstico, los corresponsables se expresaban en plural cuando hablaban de la ejecución y la organización del trabajo doméstico.

Al respecto de los corresponsables moderados se podía decir que se implicaban de forma habitual con el trabajo doméstico, pero sin lograr un reparto equilibrado. Además, aunque ambas partes de la pareja también compartían la carga mental, lo común era que la mujer dedicara más esfuerzo a este tipo de actividad. Los principales motivos para que este tipo de parejas no lograra un reparto equilibrado estaban relacionados con la menor importancia que estos varones concedían al estado del hogar y al cuidado de lo doméstico y con el hecho de que hubiese algunas tareas que les causaban un fuerte desagrado. Con relación a este último punto, era significativo que fuesen las mujeres y no los propios varones quienes informaran sobre estas cuestiones.

Por otra parte, los corresponsable implicados se caracterizaban por lograr un reparto equilibrado con la pareja. Éstos solían prestar atención al estado del hogar y a las necesidades de la pareja. Sin embargo, en lo que respecta al trabajo mental había diferencias significativas dentro de este perfil. En algunos casos, sí participaban de forma activa e igualitaria en la planificación. Pero también cabía la posibilidad de que las mujeres fueran quienes estuvieran más atentas a la organización del hogar.

Por último, los corresponsables implicados-organizadores constituían la excepción a la norma siendo su grado de implicación similar o superior al de sus parejas, tanto en la dimensión física como mental. Sin embargo, esta mayor participación estaba condicionada por el hecho de que dedicaban menos tiempo que sus parejas al trabajo profesional o porque tenían la posibilidad de teletrabajar. No obstante, era destacable cómo algunos de estos varones habían tenido una elevada implicación doméstica en la familia de origen.

En el caso de la tipología de las mujeres hay que destacar que no se encontraron perfiles de ayudantes. Como se señaló anteriormente, incluso las mujeres con escasa participación doméstica mantenían actitudes corresponsables cuando comenzaban a convivir con la pareja. Asimismo, en las entrevistas tampoco se encontraron indicios de que desarrollaran estrategias para evitar hacer las tareas del hogar.

Estas diferencias respecto a los varones hicieron que fuese necesario realizar un cambio en la forma de analizar las entrevistas de las mujeres. Así, si en el caso de los varones lo relevante era conocer su grado de implicación y qué tipo de actitud mantenían hacia el reparto. En el caso de las mujeres no solo se prestó atención a estas cuestiones, sino que además se analizó el valor que concedían al estado del hogar para así poder destacar las diferencias entre los distintos perfiles. En base a esto se diferenciaron entre perfiles femeninos que daban poca importancia al cuidado de lo doméstico y perfiles que daban una importancia significativa a esta cuestión.

Empezando por los primeros distinguimos entre las corresponsables moderadas y las corresponsables adaptables. Las primeras tenían un comportamiento similar a sus homólogos masculinos participando de forma habitual en el doméstico, pero sin lograr un reparto equilibrado. En general consideraban el trabajo doméstico como una actividad secundaria, pero se cuidaban de mantener una actitud corresponsable. Además, era un perfil que predominaba en mujeres con menos de 30 años.

En el caso de las corresponsables adaptables tenían un nivel de implicación más elevado y daban más importancia al cuidado de lo doméstico, pero priorizando su tiempo libre y las actividades de ocio. Por lo que se pudo observar, no consideraban el trabajo doméstico como una actividad secundaria, pero tampoco experimentaban insatisfacción cuando el hogar no estaba acorde a sus estándares.

Los dos perfiles restantes sí daban una importancia significativa al cuidado de lo doméstico priorizando su organización por encima de otros aspectos de la vida social. Por un lado, estaban las corresponsables directivas que se sentían relativamente cómodas llevando el peso de la organización porque les facilitaba tener un mayor control sobre el estado del hogar. Además, tenían una baja tolerancia al desorden, la suciedad o a formas más imperfectas de hacer las tareas domésticas. Eran mujeres que habían tenido una alta implicación doméstica en la familia de origen y muchas de ellas incluso se habían visto obligadas a hacerles las tareas a sus hermanos.

Por último, las jefas de hogar se caracterizaban por ser las que más tiempo dedicaban al trabajo doméstico. Este perfil tenía la particularidad de estar emparejado con perfiles masculinos de ayudantes. En lo que respecta a la importancia que concedían al hogar, eran similares a las corresponsables directivas. Sin embargo, lo que las distinguía del resto de perfiles es: 1) su demanda en términos de ayuda y no de corresponsabilidad; 2) la delegación estratégica de tareas domésticas; 3) la importancia que daban al control sobre la organización del hogar. Era significativo que algunas de estas mujeres no hubiesen tenido una alta implicación doméstica en la familia de origen. Aunque sí es cierto que en sus familias era común una alta división sexual del trabajo doméstico.

En cuanto al tercer y último objetivo se trataba de analizar las dinámicas de toma de decisiones y los conflictos por el trabajo doméstico. Para ello, se construyeron dos grupos de parejas. El primer grupo englobaba a parejas compuestas por un varón ayudante y/o una jefa de hogar, mientras que el segundo grupo comprendía parejas donde los varones y las mujeres tenían perfiles corresponsables.

A través de esta distinción se analizó la forma de tomar las decisiones, qué consecuencias tenía esto para el reparto doméstico y qué factores la condicionaban. En cuanto a los conflictos, se siguió el mismo procedimiento analizando los tipos de conflictos, qué consecuencias tenían para el reparto y cómo se gestionaban.

En lo que respecta a la toma de decisiones, en las parejas con altas asimetrías de género se observó que ésta era en su mayor parte de carácter implícito. Lo habitual era que estas parejas no hablaran sobre cómo repartir o gestionar las necesidades del hogar, siendo la mujer la principal responsable de tomar las decisiones y de asumir la mayor carga de trabajo. Otros estudios también han destacado esta misma observación al señalar cómo la toma de decisiones implícita incrementa el tiempo que las mujeres dedican al trabajo doméstico (Mui-Teng y Knudson-Martin, 2006; Wiesmann et al., 2008; Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello, Becerril-Ruiz, 2024).

Por otra parte, aunque lo habitual en estas parejas fuera la toma de decisiones implícita, había momentos en los que las mujeres tomaban la iniciativa de hacer explícitas la necesidad de cambiar el reparto. Sin embargo, los varones con un perfil de ayudante jugaban un rol pasivo en estas decisiones dejándolas en manos de sus parejas. A este respecto, era significativo que los varones creyesen que las decisiones las estaban tomando de forma cooperativa, mientras que las mujeres sentían que no se había

producido ningún tipo de comunicación porque tenían que asumir todo el peso de la decisión sobre el reparto.

En el caso de la toma de decisiones en parejas corresponsables lo habitual es que tuviera un carácter explícito y dialogado de forma que cada parte sabía de qué tareas ocuparse. En este sentido, se observaron cuatro factores que condicionaban la toma de decisiones explícita: el tiempo disponible, los gustos, las diferencias entre estándares domésticos y la influencia de las asimetrías de género que, aunque en menor grado, seguían estando presentes.

En lo que respecta a los gustos, las parejas trataban de encontrar un equilibrio en base a las tareas que les resultaran más agradables o menos penosas. En cuanto al tiempo disponible, era habitual que las parejas que dispusieran de poco tiempo improvisaran en mayor medida la toma de decisiones. Por otra parte, los estándares domésticos también influían en la toma de decisiones de forma que, ante una misma tarea, la persona que tuviera un nivel de exigencia más elevado tendía a escogerla. Por último, las asimetrías de género también estaban presentes condicionando que las mujeres dedicaran más tiempo a tareas como la limpieza y la preparación de los alimentos, mientras que los varones dedicaban más tiempo a revisar las facturas o a cuidar de las zonas externas de la vivienda.

Por otra parte, aunque en este grupo de parejas corresponsables la mayoría de las decisiones se tomaban de forma dialogada, había una parte menor del reparto que se decidían implícitamente. Estas decisiones implícitas estaban especialmente presentes cuando había una diferencia importante entre los estándares domésticos. Así, cuando el miembro de la pareja con el estándar más elevado consideraba que había que invertir más tiempo en las tareas lo hacía de manera individual y sin dialogarlo con la pareja. Por lo que se ha podido observar en las entrevistas, en general eran las mujeres quienes tenían los estándares más elevados. De forma que este tipo de situaciones conllevaba que ellas dedicaran más tiempo que sus parejas al trabajo doméstico.

En cuanto a los conflictos por el trabajo doméstico cabía diferenciar dos tipos: conflictos producidos por discrepancias entre estándares domésticos y conflictos producidos por la desigualdad en el reparto. Respecto de los primeros era importante señalar que en las parejas corresponsables se iniciaban cuando las discrepancias por los estándares

afectaban significativamente al reparto de las tareas. En caso contrario, como se ha señalado en el anterior párrafo, permanecían ocultos.

En líneas generales se puede decir que las parejas corresponsables gestionaban sus diferencias con el objetivo de que el reparto se mantuviera equilibrado. Por el contrario, en el caso de las parejas con altas asimetrías de género las discrepancias no se tendían a gestionar y las mujeres terminaban por dedicar aún más tiempo a las tareas del hogar. En este sentido, los varones con un perfil de ayudante trataban de eludir estas cuestiones oponiéndose de manera directa o indirecta a modificar sus estándares.

En el caso de las mujeres jefas de hogar también sucedía que preferían hacer ellas las tareas porque pensaban que sus parejas no tenían la suficiente habilidad como para imitar sus formas de hacer. Estos hallazgos concuerdan con situaciones similares que González y Jurado (2015) observaron en su estudio de carácter cualitativo.

Por último, en lo que respecta a los conflictos por la desigualdad en el reparto cabía destacar que se producían principalmente en parejas con altas asimetrías de género. En estas parejas, los varones utilizaban estrategias para resolver las disputas implicándose lo menos posible con el trabajo doméstico. De tal forma que 1) mostraban buena predisposición a colaborar, pero sin cambiar de actitud; 2) tendían a excusarse aludiendo a olvidos y despistes; 3) de forma progresiva retiraban su participación hasta que lograr volver a la situación de desigualdad.

En el caso de las parejas corresponsables se pudo observar que los conflictos por la desigualdad no estaban relacionados con la falta de implicación de los varones. Era más bien una cuestión subjetiva y de percepción originada porque las parejas comparaban la intensidad del esfuerzo que cada parte realizaba. El conflicto se originaba porque, a causa de los horarios de trabajo, una de las partes dedicaba mucho tiempo a las tareas del hogar en un mismo día, mientras que la otra podía estar más relajada haciendo las tareas a lo largo de la semana.

Cuando esta percepción se prolongaba en el tiempo, la persona más fatigada pensaba que la otra parte se estaba beneficiando de su posición más flexible dedicando menos tiempo a las tareas del hogar. Sin embargo, estos conflictos no se resolvían cambiando el reparto porque ambas partes estaban realmente implicadas en el cuidado y la gestión del hogar. El conflicto se resolvía gracias a que la pareja comprendía que la situación laboral estaba condicionando el tiempo disponible para hacer las tareas.

6.2. Contribución de la investigación a la literatura académica

Esta tesis ha tratado de continuar las investigaciones que analizan la división sexual del trabajo doméstico. No obstante, este estudio se ha centrado en algunos aspectos poco examinados. Por una parte, se han reconstruido las trayectorias de socialización de los varones y las mujeres con el trabajo doméstico. Esto nos ha permitido comprender las experiencias de las personas con las tareas del hogar a lo largo de su curso vital y conocer los distintos agentes sociales que configuran la socialización de los individuos.

En este sentido, este trabajo ha contribuido a evidenciar que existe una socialización intermedia entre la familia de origen y la pareja que puede modificar los hábitos y las actitudes hacia el trabajo doméstico, en especial de los varones. En efecto, la posibilidad de convivir con compañeros de piso o de trabajar en un empleo donde las exigencias con el orden y la limpieza son altas, puede favorecer el desarrollo de actitudes corresponsables y un interés mayor por el cuidado del hogar. Pese a que existen estudios sobre la socialización con el trabajo doméstico (Penha-Lopes, 2006; Cordero-Coma y Esping-Andersen, 2018; Schulz, 2020) esta tesis doctoral ha dado un paso más allá analizando la socialización a lo largo del curso vital de las personas.

Asimismo, la literatura suele destacar la influencia de las relaciones de género como un factor que condiciona la división sexual del trabajo doméstico (Menniti et al., 2015; Matteazzi y Scherer, 2021; Kan et al., 2022). Sin embargo, esta tesis doctoral ha intentado superar esta perspectiva analizando el funcionamiento de las relaciones de género y los efectos que causan en las disposiciones que los individuos desarrollan.

Por otra parte, la investigación ha realizado otra contribución al introducir la dimensión mental del trabajo doméstico en la construcción de los perfiles masculinos y femeninos. La revisión sistemática realizada por Reich-Stiebert et al. (2023) destacó la importancia de esta dimensión si queremos comprender las múltiples capas de desigualdad en la división del trabajo doméstico. Sin embargo, los estudios dedicados a la construcción de tipologías (Hochschild, 2012 y Machung, 2012; Amigot et al., 2015; Julià y Escapa, 2021) no han tenido en cuenta este aspecto de la actividad doméstica.

Además, este estudio contribuye a ampliar los aspectos que engloban la dimensión mental del trabajo doméstico que se suele utilizar solamente para hacer referencia a la planificación de esta actividad. En este sentido, hemos mostrado cómo la educación doméstica de los hijos e hijas y las demandas de participación para que la pareja se

implique en las tareas del hogar también forman parte de la dimensión mental del trabajo doméstico. El hecho de tener que asignar y, sobre todo, supervisar que los menores hagan las tareas del hogar conlleva un trabajo cognitivo que no se suele contemplar como parte de la carga mental. Por otro lado, que muchas mujeres se vean obligadas a tener que movilizar a sus parejas como un apoyo también supone un trabajo cognitivo en la medida en que es necesario organizar la forma en que van a participar.

6.3. Limitaciones y líneas de investigación futuras

En último lugar cabe señalar las limitaciones de esta tesis doctoral y las líneas futuras que abre para una nueva investigación. En primer lugar, no se ha contemplado la influencia de la clase social en ninguno de los procesos de socialización y en especial en la familia de origen. La incorporación de esta dimensión en el análisis ayudaría a comprender aspectos de la socialización familiar que no se han destacado lo suficiente. Por ejemplo, en qué medida influye el nivel educativo de los padres en la socialización o el hecho de que ambos miembros de la familia tengan un empleo en contraste con las familias donde solamente una de las partes aporta ingresos.

En segundo lugar, este estudio no ha contemplado el trabajo de cuidado de los hijos, de personas mayores y enfermos. Estas dimensiones de análisis son fundamentales para comprender el fenómeno de la feminización del trabajo no remunerado y las consecuencias económicas que esto tiene para las mujeres. En el futuro cabría plantear la posibilidad de elaborar una tipología más compleja que englobe estas actividades esenciales para el funcionamiento de la sociedad.

En tercer lugar, cabe destacar las limitaciones de la población objeto de estudio. Aunque los trabajos de corte cualitativo no buscan ser representativos, es importante señalar que esta tesis doctoral está limitada a parejas heterosexuales de doble ingreso y con una sobrerrepresentación de parejas con altos niveles de estudios y sin hijos. Sería necesario realizar un análisis de parejas homosexuales y de parejas donde solamente una de las partes aporte ingresos económicos. Además, el estudio se ha limitado a zonas urbanas por lo que cabría hacer una comparación con zonas rurales.

En cuarto lugar, el trabajo se ha limitado a examinar las trayectorias de socialización hasta la llegada de los hijos a la familia, pero el curso vital continúa y la jubilación es una nueva etapa que no se ha podido contemplar debido a las limitaciones de la muestra. En el futuro

se podría reconstruir las trayectorias de las personas jubiladas para conocer los cambios que se introducen en la división del trabajo doméstico a raíz de esta última etapa vital.

Además de estas posibles líneas futuras de investigación, el doctorando tiene especial interés en examinar cómo evolucionan los perfiles domésticos a lo largo de la relación de pareja, qué aspectos concretos de la división del trabajo doméstico se modifican y qué efectos tiene en la convivencia. Por último, el doctorando tiene el reto de transformar esta investigación cualitativa en un cuestionario que recoja en qué medida los diferentes perfiles domésticos están presentes en la sociedad española.

6. CONCLUSIONS

6.1. Principales conclusions de la recherche

L'objectif général de cette étude était d'analyser la répartition du travail domestique dans les couples hétérosexuels à double revenu en examinant les facteurs, les processus et les dynamiques qui la conditionnent. La technique de l'entretien semi-structuré a été utilisée pour produire et collecter des informations auprès des deux partenaires séparément. Ces informations ont ensuite été analysées à l'aide de la théorie des relations de genre. La recherche a été divisée en trois objectifs spécifiques, dont les réponses ont été développées dans les différentes sections des résultats. Dans cette dernière section, les principales conclusions de chacun de ces objectifs et leur relation avec la littérature scientifique seront décrites.

Le premier objectif était de reconstruire les différentes trajectoires de socialisation des hommes et des femmes dans le travail domestique. D'une manière générale, l'influence de quatre agents de socialisation a été observée : la famille d'origine, le groupe d'amis, le groupe de travail et la femme en tant que partenaire. Aucune preuve directe n'a été trouvée concernant d'autres agents de socialisation pertinents tels que le système éducatif et les médias. Cela ne veut pas dire qu'ils n'ont pas joué un rôle important, mais que les personnes interrogées n'étaient pas conscientes de leur influence.

Au total, trois trajectoires de socialisation ont été identifiées. La première et la seconde se caractérisent par la faible implication domestique que les familles d'origine attendent des garçons et des filles à l'adolescence. Conformément à la distinction établie par Meil (2005b) entre « tâches communes » et « tâches propres », il était courant pour les personnes issues de ces deux premières trajectoires d'effectuer des tâches propres ou personnelles (faire le lit, ranger la chambre et les affaires), et seulement occasionnellement des tâches communes demandant peu de temps (préparer et débarrasser la table après un repas ou sortir les poubelles).

D'autre part, au-delà de ces similitudes, de profondes différences ont été observées entre les hommes et les femmes dans ces deux premières trajectoires. Dans le cas des hommes, leur faible implication domestique s'explique par le privilège que leur famille d'origine leur accorde en raison de leur statut d'hommes. Dans certaines de ces familles, il a même été possible d'observer une attitude d'assistance de la part des mères et des sœurs, qui prenaient en charge une partie des tâches domestiques au bénéfice des garçons. Cette

dynamique a contribué à renforcer les processus de "doing gender" en reproduisant de fortes asymétries de genre.

En revanche, la faible implication domestique des femmes s'explique par la situation familiale ou les conventions filio-maternelles. En effet, il n'a pas été possible d'observer que les familles accordaient un traitement favorable à leurs filles parce qu'elles étaient des femmes. Les longues heures de travail des parents ou les conflits entre eux font que l'adolescence de ces jeunes filles est marquée par l'absence de responsabilités domestiques. Les mères peuvent également conclure des accords avec leurs filles pour qu'elles ne consacrent pas de temps aux tâches ménagères en échange d'un temps d'étude plus important, et donc de meilleures notes à l'école. En d'autres termes, les mères ont fait un usage stratégique du travail domestique pour tenter d'impliquer davantage leurs filles dans la réussite scolaire.

D'autre part, dans ces deux premières trajectoires, d'autres différences de genre au sein du noyau familial ont également pu être observées. À cet égard, certains garçons, à l'adolescence, ont contesté l'autorité de leur mère lorsque celle-ci leur imposait des responsabilités domestiques. Il ne s'agissait pas de simples dérobades, mais de véritables conflits sur la légitimité de cette autorité. Ces conflits étaient présents dans les familles où le père passait peu de temps à la maison, ou dans les familles monoparentales dirigées par la mère.

Une dernière différence peut être observée en termes d'âge des femmes et des hommes dans ces deux premières trajectoires. La plupart de ces femmes avaient entre 25 et 35 ans. Dans le cas des femmes plus âgées (45-55 ans), leur famille appartenait à la classe moyenne supérieure ou à la classe supérieure, et elles avaient une employée de maison qui s'occupait de la plupart des tâches ménagères. En revanche, dans le cas des hommes, leur présence est attestée dans tous les groupes d'âge et dans toutes les couches économiques.

Pour les hommes et les femmes de la troisième trajectoire, leur famille d'origine avait exigé d'eux un haut degré de responsabilité dans le travail domestique. Ce processus d'autonomisation a commencé par des tâches nécessitant peu de compétences et a finalement débouché sur des tâches plus complexes, telles que la cuisine, le repassage des vêtements ou le nettoyage de la maison. Il était également courant que les mères soient les premières responsables de ce processus de socialisation.

En général, les femmes et les hommes de cette troisième trajectoire ont vécu des expériences domestiques assez similaires dans leur famille d'origine. En d'autres termes, leurs familles ont pu neutraliser l'influence des relations asymétriques de genre. Cependant, au sein de cette trajectoire, nous trouvons d'autres familles qui ont eu tendance à accaparer le temps des filles en leur demandant plus de tâches que leurs frères et sœurs ou en exigeant qu'elles fassent le travail domestique qui leur revenait. Ces résultats sont conformes à d'autres études qui ont mis en évidence que, dans une même famille, les filles ont plus de responsabilités domestiques que les fils (Cordero-Coma et Esping-Andersen, 2018 ; Schulz, 2020).

D'autre part, si nous examinons l'impact de la socialisation familiale une fois que les individus commencent à vivre avec leurs partenaires respectifs, nous constatons que tous les hommes de la troisième trajectoire ont une attitude coresponsable à l'égard du travail domestique, qu'ils soient ou non passés par un autre processus de socialisation avant de vivre avec leur partenaire. Ces résultats sont cohérents avec d'autres travaux soulignant l'importance de la socialisation familiale pour l'internalisation d'attitudes coresponsables à long terme (Evertsson, 2006 ; Rodríguez, 2007 ; Álvarez et Miles-Touya, 2012).

En revanche, les hommes des première et deuxième trajectoire ont surtout développé des profils d'aide, caractérisés par la conviction que les femmes devraient être les premières responsables du ménage. Pour les hommes de la deuxième trajectoire, cependant, il existait la possibilité d'une deuxième socialisation, avant de vivre avec une partenaire, qui modifierait leurs habitudes et leurs attitudes à l'égard du travail domestique. Ainsi, la possibilité de partager un appartement ou d'occuper des emplois qui requièrent un niveau élevé d'implication dans les tâches liées à l'ordre et à la propreté pourrait modifier la relation des hommes avec le travail domestique.

D'une manière générale, cependant, lorsque les hommes des première et deuxième trajectoire ont commencé à vivre en couple, ils sont entrés dans un nouveau processus de socialisation conjugale à travers lequel les femmes ont tenté de parvenir à une répartition plus équilibrée du travail domestique. Cependant, la question de savoir si les femmes ont réussi à modifier le partage des tâches domestiques par le biais de cette socialisation conjugale est conditionnée par trois facteurs.

Le premier concernait le niveau de revenu des femmes. Ainsi, celles qui se trouvaient dans une situation économique précaire n'ont pas pu modifier la division du travail

domestique par une nouvelle socialisation. Cette observation est cohérente avec les résultats de Lázaro et al. (2022), qui soulignent que les femmes économiquement dépendantes effectuent beaucoup plus de tâches ménagères que les femmes dont les revenus sont similaires à ceux de leur partenaire.

Le deuxième facteur concerne le temps passé par les deux parties à la maison. A cet égard, les femmes qui passaient plus de temps que leur partenaire dans le logement avaient de sérieuses difficultés à modifier le partage. Ces données sont cohérentes avec les conclusions de Dotti (2014), qui a montré que le partage est plus inégal dans les couples où les hommes ont des attitudes asymétriques à l'égard du genre et où les femmes passent plus de temps à la maison que les hommes.

Le troisième facteur influençant le succès ou l'échec de la socialisation conjugale est lié au degré d'intériorisation des asymétries de genre par les femmes elles-mêmes. La probabilité d'une socialisation réussie diminuait donc lorsque les femmes ne se percevaient pas comme ayant suffisamment d'autorité pour changer la situation d'inégalité.

En ce qui concerne l'attitude des femmes, il est significatif que celles qui n'avaient que peu d'expérience du travail domestique avant de vivre avec un partenaire ne pensaient pas que leur partenaire devait assumer le rôle de premier responsable. En d'autres termes, malgré leur peu de contact avec les tâches ménagères, les femmes, contrairement aux hommes, n'ont pas développé de profils basés sur l'aide. Toutefois, celles qui avaient été fortement impliquées dans le travail domestique dans leur famille d'origine avaient tendance à avoir des normes nettement plus élevées que le reste des femmes.

Le deuxième objectif de la recherche était de reconstruire une typologie regroupant les différents profils masculins et féminins en fonction du degré d'implication domestique, tant au niveau physique que mental. En ce qui concerne la typologie des hommes, une distinction a été faite entre ceux qui adoptent une attitude d'aide et ceux qui adoptent une attitude de coresponsabilité.

Dans le cas de la typologie des hommes, une distinction a été faite entre ceux qui ont une attitude d'aide et ceux qui ont une attitude de coresponsabilité. Dans le premier cas, une distinction a été faite entre les aides évasives et les aides coopératives. Tous deux se caractérisent par une faible participation aux tâches ménagères, un recours fréquent à des stratégies d'évitement et une faible implication dans le travail intellectuel. La principale

différence entre ces deux profils réside dans le fait que les assistants collaborateurs ont assumé certaines tâches dans le cadre de leur responsabilité. Au contraire, les aidants évitants ont fait le ménage pour éviter les conflits, pour se sentir coupables des surcharges de travail de leur partenaire et pour leur accorder une « faveur ».

En ce qui concerne les hommes coresponsables, une distinction a été faite entre les coresponsables modérés, les coresponsables impliqués et les coresponsables impliqués-organiseurs. Ces profils ont en commun de s'éloigner du rôle d'aide typique des profils d'assistance. En d'autres termes, ils considèrent que les deux partenaires ont les mêmes droits et les mêmes devoirs. De plus, contrairement aux aidants qui ont tendance à parler de leur partenaire lorsqu'ils sont interrogés sur le travail domestique, les coresponsables s'expriment au pluriel à la fois sur les aspects liés à l'exécution et à l'organisation de la tâche.

Dans le cas des coresponsables modérés, on peut dire qu'ils participent régulièrement aux tâches ménagères, mais sans parvenir à une répartition équilibrée. De plus, bien que les deux partenaires partagent également la charge mentale, il est plus fréquent que la femme consacre davantage d'efforts à ce type d'activité. Les principales raisons pour lesquelles ce type de couple n'est pas parvenu à un partage équilibré sont liées à l'importance moindre que ces hommes accordent à l'état du ménage et aux soins domestiques, ainsi qu'au fait que certaines tâches leur déplaisent fortement. Sur ce dernier point, il est significatif que ce soient les femmes plutôt que les hommes qui en parlent.

D'autre part, les parties coresponsables impliquées se caractérisent par un partage équilibré avec le partenaire. Ils étaient donc attentifs à l'état du ménage et aux besoins du couple. Toutefois, en ce qui concerne le travail mental, des différences significatives ont été constatées au sein de ce profil. Dans certains cas, ils ont participé activement et sur un pied d'égalité à la planification. Mais il est également possible que les femmes soient plus attentives à l'organisation du ménage.

Enfin, les coresponsables impliqués-organiseurs font exception à la règle car leur degré d'implication dans le travail domestique est similaire ou supérieur à celui de leurs partenaires, tant sur le plan physique que mental. Toutefois, cette participation plus élevée était conditionnée par le fait qu'elles consacraient moins de temps que leurs partenaires à leur travail professionnel ou qu'elles avaient la possibilité de télétravailler. Toutefois, il

convient de noter que certains de ces hommes étaient très impliqués dans la vie domestique de leur famille d'origine.

En ce qui concerne la typologie des femmes, il convient de noter qu'aucun profil d'assistante n'a été trouvé. Comme indiqué plus haut, même les femmes peu impliquées dans les tâches domestiques ont conservé des attitudes coresponsables lorsqu'elles ont commencé à vivre avec un partenaire. Rien n'indique non plus dans les entretiens qu'elles ont développé des stratégies pour éviter les tâches ménagères. Ces différences ont nécessité un changement dans la manière dont les entretiens avec les femmes ont été analysés. Ainsi, pour les hommes, il s'agissait d'examiner leur degré d'implication et leur attitude à l'égard du partage. Dans le cas des femmes, l'attention s'est portée non seulement sur ces questions, mais aussi sur la valeur qu'elles attachent à l'état du ménage, afin de mettre en évidence les différences entre les différents profils. Sur cette base, une distinction a été faite entre les profils féminins accordant peu d'importance aux soins domestiques et ceux accordant une importance significative à ces soins.

En commençant par les premières, nous distinguons les coresponsabilités modérées et les coresponsabilités adaptatives. Les premières ont eu un comportement similaire à celui de leurs homologues masculins, participant régulièrement au ménage, mais sans parvenir à une répartition équilibrée. Elles considèrent généralement le travail domestique comme une activité secondaire, tout en veillant à conserver une attitude coresponsable. En outre, ce profil est majoritairement féminin et concerne des femmes de moins de 30 ans.

Les femmes coresponsables adaptables s'impliquent davantage et accordent plus d'importance aux soins domestiques, tout en privilégiant leur temps libre et leurs activités de loisirs. Pour autant qu'on puisse l'observer, elles ne considèrent pas le travail domestique comme une activité secondaire, mais n'éprouvent pas non plus de mécontentement lorsque le ménage n'est pas à la hauteur de leurs standards.

Les deux profils restants accordent une importance significative aux soins domestiques, privilégiant leur organisation par rapport à d'autres aspects de la vie sociale. D'une part, les coresponsables dirigeantes se sentaient relativement à l'aise pour assumer la charge de l'organisation, car cela leur permettait de mieux contrôler la situation du ménage. En outre, elles ont une faible tolérance pour le désordre, la saleté ou les méthodes plus imparfaites d'exécution des tâches ménagères. Il s'agit de femmes qui ont été fortement

impliquées dans les tâches domestiques dans leur famille d'origine et dont beaucoup ont même été contraintes de faire des travaux pour leurs frères et sœurs.

Enfin, les femmes chefs de famille se caractérisent par le fait qu'elles consacrent le plus de temps aux tâches domestiques. Ce profil présente la particularité d'être associé à des profils d'aidants masculins. En ce qui concerne l'importance qu'elles accordent au ménage, elles se rapprochent des directrices coresponsables. Cependant, ce qui les distingue des autres profils est : 1) leur demande d'aide plutôt que de coresponsabilité ; 2) la délégation stratégique des tâches domestiques ; 3) l'importance qu'elles accordent au contrôle de l'organisation du ménage. Il est significatif que certaines de ces femmes n'aient pas été très impliquées dans la vie domestique de leur famille d'origine. Cependant, il est vrai qu'une forte division sexuelle du travail domestique était courante dans leurs familles.

Le troisième et dernier objectif était d'analyser la dynamique de la prise de décision et des conflits concernant le travail domestique. À cette fin, deux groupes de couples ont été constitués. Le premier groupe comprenait des couples composés d'un homme aidant et/ou d'une femme chef de famille, tandis que le second groupe comprenait des couples où l'homme et la femme avaient des profils coresponsables.

Cette distinction a permis d'analyser comment les décisions étaient prises, quelles conséquences elles avaient sur le partage domestique et quels facteurs les conditionnaient. En ce qui concerne les conflits, la même procédure a été suivie, en analysant les types de conflits, les conséquences qu'ils ont eues sur le partage et la manière dont ils ont été gérés.

En ce qui concerne la prise de décision, les couples présentant de fortes asymétries de genre ont constaté que la prise de décision était essentiellement implicite. En règle générale, ces couples n'ont pas discuté de la manière de partager ou de gérer les besoins du ménage, la femme étant la principale décideuse et assumant la charge de travail la plus lourde. D'autres études ont également mis en évidence ce constat, soulignant que la prise de décision implicite augmente le temps que les femmes consacrent au travail domestique (Mui-Teng et Knudson-Martin, 2006 ; Wiesmann et al., 2008 ; Jurado-Serrano, Jiménez-Cabello, Becerril-Ruiz, 2024).

D'autre part, bien que la prise de décision implicite soit la norme dans ces couples, il est arrivé que des femmes prennent l'initiative de rendre explicite la nécessité de modifier la répartition. Cependant, les hommes ayant un profil d'aidant ont à nouveau joué un rôle

passif dans ces décisions, les laissant entre les mains de leur partenaire. À cet égard, il est significatif que les hommes aient le sentiment que les décisions sont prises en coopération, alors que les femmes estiment qu'il n'y a pas eu de réelle communication, car elles devaient assumer tout le poids de la décision.

Dans le cas de la prise de décision au sein des couples coresponsables, elle était généralement explicite et discutée afin que chaque partie sache quelles tâches devaient être prises en charge. En ce sens, quatre facteurs ont été observés qui conditionnent la prise de décision explicite : le temps disponible, les préférences, les différences dans les standards domestiques et l'influence des asymétries de genre, qui, bien qu'à un degré moindre, sont toujours présentes.

En termes de préférences, les couples ont essayé de trouver un équilibre en fonction des tâches qu'ils trouvaient les plus agréables ou les moins pénibles. En ce qui concerne le temps disponible, il était courant que les couples disposant de peu de temps improvisent davantage leur prise de décision. D'autre part, les standards domestiques ont également influencé la prise de décision, de telle sorte que, face à la même tâche, la personne ayant des standards plus élevés avait tendance à la choisir. Enfin, les asymétries de genre étaient également présentes, les femmes consacrant plus de temps à des tâches telles que le nettoyage et la préparation des repas, tandis que les hommes passaient plus de temps à vérifier les factures ou à s'occuper des parties extérieures de la maison.

Bien que dans ce groupe de couples coresponsables, la plupart des décisions aient été prises dans le cadre d'un dialogue, une petite partie du partage a été décidée de manière implicite. Ces décisions implicites étaient particulièrement présentes lorsqu'il existait une différence significative entre les standards domestiques. Ainsi, lorsque le partenaire ayant le standard le plus élevé considérait qu'il fallait consacrer plus de temps aux tâches, il les accomplissait individuellement et sans en discuter avec son partenaire. D'après ce qui a pu être observé lors des entretiens, ce sont généralement les femmes qui ont les exigences les plus élevées. Dans ce type de situation, elles consacrent donc plus de temps aux tâches domestiques que leurs partenaires.

En ce qui concerne les conflits liés au travail domestique, deux types de conflits peuvent être distingués : les conflits liés à des divergences de standards domestiques et ceux liés à un partage inégal. Concernant les premiers, il est important de noter que dans les couples coresponsables, ces conflits ont émergé lorsque des divergences sur les standards ont

affecté de manière significative le partage des tâches. Dans le cas contraire, comme indiqué précédemment, ils restaient cachés.

D'une manière générale, on peut dire que les couples coresponsables ont géré leurs différences dans le but de maintenir un partage équilibré. En revanche, dans le cas des couples présentant de fortes asymétries de genre, les écarts ont eu tendance à ne pas être gérés, et les femmes ont fini par consacrer encore plus de temps aux tâches ménagères. En ce sens, les hommes ayant un profil d'aidant ont tenté d'éviter ces problèmes en s'opposant directement ou indirectement aux changements de leurs standards.

Dans le cas des femmes chefs de famille, elles préféraient également s'occuper elles-mêmes des tâches ménagères, estimant que leurs partenaires n'étaient pas suffisamment compétents pour reproduire leur manière de faire. Ces résultats sont cohérents avec des situations similaires observées par González et Jurado (2015) dans leur étude qualitative.

Enfin, en ce qui concerne les conflits liés au partage inégal, il convient de noter qu'ils se produisent principalement dans les couples où les asymétries de genre sont importantes. Dans ces couples, les hommes utilisent des stratégies pour résoudre les conflits en s'impliquant le moins possible dans les tâches domestiques, de sorte que : 1) ils ont montré une volonté de collaborer, mais sans changer d'attitude ; 2) ils ont eu tendance à s'excuser en évoquant l'oubli ou l'étourderie ; 3) ils se sont progressivement retirés de la participation jusqu'à revenir à une situation d'inégalité.

Dans le cas des couples coresponsables, on a pu observer que les conflits liés à l'inégalité n'étaient pas dus à un manque d'implication de l'homme. Il s'agissait plutôt d'une question de subjectivité et de perception, les partenaires comparant l'intensité de l'effort fourni par chacun. Le conflit est né du fait que, en raison des horaires de travail, l'une des parties consacrait beaucoup de temps aux tâches ménagères en une seule journée, tandis que l'autre pouvait s'en acquitter de manière plus détendue en les répartissant tout au long de la semaine.

Lorsque cette perception perdure, la personne la plus fatiguée a le sentiment que l'autre partie profite de sa position plus flexible pour consacrer moins de temps aux tâches ménagères. Toutefois, ces conflits n'ont pas été résolus en modifiant le partage, car les deux parties étaient réellement impliquées dans les soins et la gestion du ménage. Le conflit s'est apaisé lorsque le couple a compris que la situation professionnelle limitait le temps disponible pour effectuer les tâches.

6.2 Contribution de la recherche à la littérature académique

Cette thèse a cherché à approfondir la recherche sur la division sexuelle du travail domestique. Toutefois, elle s'est concentrée sur certains aspects sous-examinés. D'une part, les trajectoires de socialisation des hommes et des femmes dans le travail domestique ont été reconstituées. Cela a permis de comprendre les expériences des individus en matière de tâches ménagères tout au long de leur vie et d'identifier les différents agents sociaux qui influencent la socialisation des personnes.

Ainsi, cette étude a contribué à montrer qu'il existe une socialisation intermédiaire entre la famille d'origine et le couple, qui peut modifier les habitudes et les attitudes à l'égard du travail domestique, notamment chez les hommes. En effet, la possibilité de vivre en colocation ou d'exercer un métier où les exigences en matière de rangement et de propreté sont élevées peut encourager le développement d'attitudes coresponsables et d'un plus grand intérêt pour l'entretien de la maison. Bien que des études existent sur la socialisation au travail domestique (Penha-Lopes, 2006 ; Cordero-Coma et Esping-Andersen, 2018 ; Schulz, 2020), cette thèse est allée plus loin en analysant la socialisation tout au long du parcours de vie des individus.

Par ailleurs, la littérature souligne souvent l'influence des relations de genre comme facteur déterminant la division sexuelle du travail domestique (Menniti et al., 2015 ; Matteazzi et Scherer, 2021 ; Kan et al., 2022). Cependant, cette thèse a tenté de dépasser cette perspective en analysant les mécanismes des relations de genre et leurs effets sur les dispositions que les individus développent.

De plus, cette recherche apporte une autre contribution en introduisant la dimension mentale du travail domestique dans la construction des profils masculins et féminins. La revue systématique de Reich-Stiebert et al. (2023) a souligné l'importance de cette dimension pour comprendre les multiples niveaux d'inégalité dans la division du travail domestique. Cependant, les études sur la construction de typologies (Hochschild et Machung, 2012 ; Amigot et al., 2015 ; Julià et Escapa, 2021) n'ont pas pris en compte cet aspect de l'activité domestique.

Cette étude contribue également à élargir le champ de la dimension mentale du travail domestique, souvent limitée à la planification des tâches ménagères. Nous avons montré que l'éducation domestique des enfants et les exigences de participation du partenaire aux tâches ménagères font aussi partie de cette dimension mentale. Le fait de devoir confier

des tâches domestiques aux enfants et, surtout, de les superviser, implique un travail cognitif qui n'est généralement pas considéré comme faisant partie de la charge mentale. D'autre part, le fait que de nombreuses femmes doivent mobiliser leur partenaire en tant que soutien implique également un travail cognitif, car il est nécessaire d'organiser la manière dont ce dernier participera.

6.3. Limitations et axes de recherche futurs

Enfin, il convient de souligner les limitations de cette thèse de doctorat ainsi que les pistes de recherche qu'elle ouvre pour l'avenir. Premièrement, l'influence de la classe sociale sur les processus de socialisation, et en particulier sur la famille d'origine, n'a pas été prise en compte. L'intégration de cette dimension dans l'analyse permettrait de comprendre certains aspects de la socialisation familiale qui n'ont pas été suffisamment mis en lumière. Par exemple, dans quelle mesure le niveau d'éducation des parents influence la socialisation ou le fait que les deux membres du couple travaillent, par rapport aux familles où seul l'un des partenaires perçoit un revenu.

Deuxièmement, cette étude n'a pas pris en considération le travail de garde d'enfants, de personnes âgées et de malades. Ces dimensions de l'analyse sont fondamentales pour comprendre le phénomène de la féminisation du travail non rémunéré et ses conséquences économiques pour les femmes. À l'avenir, une typologie plus complexe, englobant ces activités essentielles au fonctionnement de la société, pourrait être envisagée.

Troisièmement, il convient de souligner les limites de la population étudiée. Bien que les études qualitatives ne cherchent pas à être représentatives, il est important de noter que cette thèse de doctorat se limite aux couples hétérosexuels à double revenu, avec une surreprésentation des couples ayant un haut niveau d'éducation et sans enfants. Une analyse des couples homosexuels ainsi que des couples où seul l'un des partenaires perçoit un revenu serait nécessaire. De plus, l'étude s'est limitée aux zones urbaines, de sorte qu'une comparaison avec les zones rurales pourrait être envisagée.

Quatrièmement, les travaux se sont limités à l'examen des trajectoires de socialisation jusqu'à l'arrivée des enfants dans la famille, mais le parcours de vie se poursuit, et la retraite représente une nouvelle étape qui n'a pas pu être couverte en raison des limites de l'échantillon. À l'avenir, les trajectoires des retraités pourraient être étudiées afin de comprendre les changements dans la division du travail domestique introduits par cette nouvelle étape de la vie.

En dehors de ces futures orientations possibles de la recherche, le doctorant est particulièrement intéressé par l'examen de l'évolution des profils domestiques au cours de la relation de couple, par les modifications de certains aspects spécifiques de la division du travail domestique, et par les effets de cette évolution sur la cohabitation. Enfin, le doctorant doit relever le défi de transformer cette recherche qualitative en un questionnaire qui permettra de mesurer dans quelle mesure les différents profils domestiques sont présents dans la société espagnole.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aassve, Arnstein; Fuochi, Giulia y Mencarini, Letizia (2014). Desperate housework: relative resources, time availability, economic dependency, and gender ideology across Europe. *Journal of Family Issues*, 35(8), 1000-1022. <https://doi.org/10.1177/0192513X14522248>.

Agirre, Amaia (2016). Negociaciones de pareja: los trabajos domésticos, la crianza y la construcción de la maternidad y la paternidad. *Papeles del CEIC*, 152(1), 1-27. <https://doi.org/10.1387/pceic.15209>.

Ajenjo, Marc y García, Joan (2014). Cambios en el uso del tiempo de las parejas. ¿Estamos en el camino hacia una mayor igualdad? *Revista Internacional de Sociología*, 72(2), 453-476. <https://doi.org/10.3989/ris.2012.05.28>.

Ajenjo, Marc y García, Joan (2019). La persistente desigualdad de género en el uso del tiempo en España. *Perspectives Demogràfiques*, 14, 1-4. <https://doi.org/10.46710/ced.pd.esp.14>.

Alberdi, Inés (1999). *La nueva familia española*. España: Taurus.

Alcañiz, Mercedes (2015). Género con clase: la conciliación desigual de la vida laboral y familiar. *Revista Española de Sociología* 23, 29-55.

Álvarez, Begoña y Miles-Touya, Daniel (2012). Exploring the relationship between parent' and children's housework time in Spain. *Review of Economics of the Household*, 10(2), 299-318. <https://doi.org/10.1007/s11150-011-9135-4>.

Amigot-Loache, Patricia; Botia-Morillas, Carmen; Domínguez-Folgueras, Marta y Jurado-Guerrero, Teresa (2015). The division of domestic work in Spain: is undoing gender possible? *Notes & Documents de l'OSC*, 2015-5.

Barberá, Ester (2004). Perspectiva cognitiva-social: estereotipos y esquemas de género. En E. Barberá y I. Martínez (Coord). *Psicología y género* (pp. 55-80). España: Pearson Prentice-Hall.

Bardón, Fermina, Cardona; Àngels Poo, Delfina; Gimeno, Inmaculada; González, Mari; López, Francisca; Sánchez, Pura; Trasancos, Margarita y Zafra, Rosa (2013). *Guía de corresponsabilidad. La corresponsabilidad también se enseña*. Madrid: Organización de Mujeres de Confederación Intersindical y Organización de Mujeres de STES.

- Becerril, Diego (2015). Sociología y conflicto social. En G. Orozco, J. Monereo (Dir.). *Tratado de mediación en la resolución de conflictos* (pp. 58-69). España: Tecnos.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth (2008). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. España: Paidós.
- Becker, Gary (1985). Human Capital, Effort, and the Division of Labor. *Journal of Labour Economics*, 3(1), 33-58. <https://doi.org/10.1086/298075>.
- Becker, Howard (2009). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bereni, Laure; Chauvin, Sébastien; Jaunait, Alexandre y Revillard, Anne (2020). *Introduction aux études sur le genre*. Bruxelles: De Boeck Supérieur.
- Berger, Peter y Kellner, Hansfried (1964). Marriage and the construction of reality: An exercise in the microsociology of knowledge. *Diogenes*, 12(46), 1-24. <https://doi.org/10.1177/039219216401204601>.
- Berger, Peter y Luckman, Thomas (2012). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bianchi, Suzanne (2011). Family change and time allocation in American families. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 638(1), 21-44. <https://doi.org/10.1177/0002716211413731>.
- Bjørnholt, Margunn (2011). How men became the local agents of change towards gender equality. *Journal of Gender Studies*, 20(1), 3-18. <https://doi.org/10.1080/09589236.2010.514210>.
- Blood, Robert y Wolfe, Donald (1960). *Husbands and wives: the dynamics of family living*. Chicago: Free Press.
- Bonke, Jens (2010). Children's housework – Are girls more active than boys? *International of Time Use Research*, 7(1), 1-16. <https://doi.org/10.13085/eIJTUR.7.1.1-16>.
- Botía, Carmen (2010). Negociar en la vida cotidiana para transformar las relaciones de género: una propuesta teórica. *Papers. Revista de Sociología*, 95(1), 119-137. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v95n1.674>.

- Botía-Morillas, Carmen (2013). Cómo diseñar una investigación para el análisis de las relaciones de género. Aportaciones metodológicas. *Papers*, 98(3), 443-470. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v98n3.511>.
- Botía-Morillas, Carmen (2019). ¿Deshaciendo o reproduciendo prácticas de género? Ambivalencias en madres primerizas y profesionales en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 166, 25-44. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.166.25>.
- Botía-Morillas, Carmen y Jurado-Guerrero, Teresa (2018). El proceso de una investigación cualitativa longitudinal sobre la transición a la maternidad y paternidad en España. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 41, 33-56. <https://doi.org/10.5944/empiria.41.2018.22603>.
- Botía, Carmen; Domínguez, Marta y Jurado, Teresa (2015). Reparto de las tareas domésticas antes y después del primer hijo. En M. González y T. Jurado (Eds.). *Padres y madres corresponsables. Una utopía real* (pp. 181-218). Madrid: Catarata.
- Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, Pierre (2017). *Anthropologie économique. Cours au Collège de France 1992-1993*. Paris: Seuil.
- Bourdieu, Pierre (2019). *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama.
- Burguet, María (2014). Romper tópicos en la conciliación familiar. Cuando la conciliación adquiere sentido. En M. Buxarrais y M. Burguet (Eds.). *La conciliación familiar, laboral, social y personal: una cuestión ética* (pp.45-62). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Callejo, Javier (1998). Los límites de la formalización de las prácticas cualitativas de investigación social: La saturación. *Sociológica: Revista de Pensamiento Social*, 3, 93-120. <https://doi.org/10.32418/rfs.1999.213.2542>.
- Canary, Daniel; Cupach, William y Messman, Susan (2010). *Relationship conflict: Conflict in parent-child, friendship, and romantic relationships*. New York: Sage Publications.

- Carlson, Matthew y Hans, Jason (2020). Maximizing benefits and minimizing impacts: dual-earner couples' perceived division of household labor decision-making process. *Journal of Family Studies*, 26(2), 208-225. <https://doi.org/10.1080/13229400.2017.1367712>.
- Carriero, Renzo (2021). The role of culture in the gendered division of domestic labor: Evidence from migrant populations in Europe. *Acta Sociologica*, 64(1), 24-47. <https://doi.org/10.1177/0001699320930073>.
- Carrillo, Carlos y Revilla, Jorge (2006). Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos. *Revista de estudios de género: La Ventana*, 23(3), 95-126.
- Ciciolla, Lucia y Luthar, Suniya (2019). Invisible household labor and ramifications for adjustment: Mothers as captains of households. *Sex Roles*, 81(7-8), 467-486. <https://doi.org/10.1007/s11199-018-1001-x>.
- Closingap (2023, febrero). Índice Closingap. Midiendo la brecha de género en España y cuantificando su impacto económico.
- Coltrane, Scott (1989). Household labor and the routine production of gender. *Social Problems* 36(5), 473-490. <https://doi.org/10.2307/3096813>.
- Coltrane, Scott (2000). Research on household labor: Modeling and measuring the social embeddedness of routine family work». *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1208-1233. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2000.01208.x>.
- Coltrane, Scott (2010). Gender theory and household labor. *Feminist Forum*, 63, 791-800. <https://doi.org/10.1007/s11199-010-9863-6>.
- Conde, Fernando (2009). *Análisis sociológico del sistema de discursos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Cordero-Coma, Julia y Esping-Andersen, Gøsta (2018). The intergenerational transmission of gender roles: Children's contribution to housework in Germany. *Journal of Marriage and Family*, 80(4), 1005-1019. <https://doi.org/10.1111/jomf.12497>.
- Coria, Clara (2016). *Las negociaciones nuestras de cada día*. Barcelona: Pensódro.

Couprrie, Hélène; Cudeville, Elisabeth y Sofer, Catherien (2020). Efficiency versus gender roles and stereotypes: an experiment in domestic production. *Experimental Economics*, 23, 181-211. <https://doi.org/10.1007/s10683-019-09612-3>.

Cruz, Jesús (2014). *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI.

Cunningham, Mick (2001). Parental Influences on the Gendered Division of Housework. *American Sociological Review*, 66, 184-203. <https://doi.org/10.1177/000312240106600202>.

Darmon, Muriel (2016). *La socialisation*. Paris: Armand Colin.

De Beauvoir, Simone (1949). *Le deuxième sexe*. Paris: Gallimard.

De Bruin, Anne y Lui, Na (2019). The urbanization-household gender inequality nexus: evidence from time allocation in China. *China Economic Review*, 1-34. <https://doi.org/10.1016/j.chieco.2019.05.001>.

Dema, Sandra (2006). *Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Den Brinker, Simone; Kooij, Dorien; Van Engen, Marloes; Peters, Pascale y Van der Klink, Jack (2024). How fathers' values matter for work-family decisions and partner support: a capability approach. *Community, Work & Family*, 27(4), 433-453. <https://doi.org/10.1080/13668803.2022.2157248>.

Deutsch, Francine (1999). *Halving it all. How equally shared parenting works*. Cambridge: Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv22jnsd4>.

Deutsch, Francine (2007). Undoing gender. *Gender & Society*, 21(1), 106-127. <https://doi.org/10.1177/0891243206293577>.

Devisch, Ignaas (2011). Co-Responsability: A New Horizon for Today's Health Care? *Health Care Anal*, 20, 139-151. <https://doi.org/10.1007/s10728-011-0175-y>.

Díaz, Capitolina y Simó-Noguera, Carles (2016). *Brecha salarial y brecha de cuidados*. Valencia: Tirant Humanidades.

- Domínguez-Folgueras, Marta (2012). La división del trabajo doméstico en las parejas españolas. Un análisis del uso del tiempo. *Revista Internacional de Sociología*, 70(1), 153-179. <https://doi.org/10.3989/ris.2009.08.26>.
- Donzelot, Jacques (2008). *La policía de las familias. Familia, sociedad y poder*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Dotti, Giulia (2014). Men's Employment Hours and Time on Domestic Chores in European Countries. *Journal of Family Issues*, 35(8), 1023-1047. <https://doi.org/10.1177/0192513X14522245>.
- Dotti, Giulia (2016). Undoing gender in housework? Participation in domestic chores by Italian fathers and children of different ages. *Sex Roles*, 74(9), 411-421. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0585-2>.
- Dubar, Claude (2015). *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*. Paris: Armand Colin.
- Duby, George y Perrot, Michel (2018). *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus.
- Durán, María Ángeles (1986). *La jornada interminable*. Barcelona: Icaria.
- Durán, María Ángeles (Coord.). (1987). *De puertas adentro*. Madrid: Instituto de la mujer.
- Durkheim, Emile (2014). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial.
- Duru-Bellat, Marie (2017). *La tyrannie du genre*. Paris: Presses de Sciences Po.
- England, Paula (2010). The gender revolution. Uneven and stalled. *Gender & Society*, 24(2), 149-166. <https://doi.org/10.1177/0891243210361475>.
- Evertsson, Marie (2006). The reproduction of gender: housework and attitudes towards gender equality in the home among Swedish boys and girls. *The British Journal of Sociology*, 57(3), 415-436. <https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2006.00118.x>.
- Farré, Lúdia; Fawaz, Yarine; González, Libertad y Graves, Jennifer (2021). Gender Inequality in Paid and Unpaid Work During Covid-19 Times. *Review of Income and Wealth*, 68(2), 323-347. <https://doi.org/10.1111/roiw.12563>.

- Federici, Silvia y Austin, Arlen (2019). *Salario para el trabajo doméstico. Comité de Nueva York 1972-1977. Historia, teoría y documentos*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Fenstermaker, Sarah (1985). *The gender factory. The apportionment of work in American households*. New York: Springer.
- Fougeyrollas-Schwebel, Dominique (2002). Trabajo doméstico. En H. Hirata, F. Laboire y D. Sénotier (coord.). *Diccionario crítico del feminismo* (pp. 274-279). Madrid: Síntesis.
- Friedan, Betty (1963). *The feminine mystique*. New York: W.W. Norton.
- García, Joan (2020). La división de los roles de género en las parejas en las que solo trabaja la mujer en Estados Unidos y España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 170, 73-94. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.170.73>.
- García, Livia (2023). *Haciendo malabares. Conciliación y corresponsabilidad de las parejas trabajadoras españolas*. Valencia: Tirant Humanidades.
- García, Reece y Tomlinson, Jennifer (2021). Rethinking the domestic division of labour: exploring change and continuity in the context of redundancy. *Sociology*, 55(2), 300-318. <https://doi.org/10.1177/0038038520947311>.
- Garibo, Ana-Paz (2022). Del discurso de la domesticidad al feminismo de la corresponsabilidad: la contribución de Carmen de Burgos. *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, 46, 92-119. <https://doi.org/10.7203/CEFD.46.21846>.
- Gershuny, Jonathan y Sullivan, Oriel (2003). Time use, gender, and public policy regimes. *Social Politics*, 10, 205-227. <https://doi.org/10.1093/sp/jxg012>.
- Giulia, Dotti (2016). Undoing gender in housework? Participation in domestic chores by Italian fathers and children of different ages. *Sex Roles*, 74, 411-421. <https://doi.org/10.1007/s11199-016-0585-2>.
- Goffman, Erving (2006). *Frame analysis: los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Goffman, Erving (2012a). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, Erving (2012b). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goldin, Claudia (2023). *Career and Family: Women's Century-Long Journey toward Equity*. Princeton University Press.

González, María y Jurado-Guerrero, Teresa (Eds.). (2015). *Padres y madres corresponsables. Una utopía real*. Madrid: Catarata.

Gordon, Amie y Chen, Serena (2016). Do you get where I'm coming from? Perceived understanding buffers against the negative impact of conflict on relationship satisfaction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 110(2), 239-260. <https://doi.org/10.1037/pspi0000039>.

Grunow, Daniela (2019). Comparative analyses of housework and its relation to paid work: Institutional contexts and individual agency. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 71(1), 247-284. <https://doi.org/10.1007/s11577-019-00601-1>.

Guhin, Jeffrey; McCrory, Jessica y Miller-Idriss, Cynthia (2021). Whatever Happened to Socialization? *Annual Review of Sociology*, 47, 109-129. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-090320-103012>.

Hayden, Dolores (2023). *La gran revolución doméstica. Una historia de los proyectos feministas para hogares, barrios y ciudades estadounidenses*. Barcelona: Puente editores.

Héritier, Françoise (2007). *Masculino/Femenino II: Disolver la jerarquía*. México: Fondo de Cultura Económica de España.

Hochschild, Arlie (2011). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. España: Katz.

Hochschild, Arlie y Machung, Anne (2012). *The second shift. Working families and revolution at home*. New York: Penguin Books.

Honneth, Axel (2014). *El derecho de la libertad. Esbozo de una eticidad democrática*. España: Katz.

Hook, Jennifer (2006). Care in context: Men's unpaid work in 20 countries, 1965-2003. *American Sociological Review*, 71(4), 639-660. <https://doi.org/10.1177/000312240607100406>.

Ibáñez, Jesús (1987). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.

Iglesias de Ussel, Julio y Meil, Gerardo (2001). *La política familiar en España*. Barcelona: Ariel.

Inner, Pilar (1988). *Los hombres españoles*. Madrid: Instituto de la Mujer.

Izquierdo, María (2013). La socialización de género. En C. Díaz y S. Dema (Eds.). *Sociología y género* (pp.87-126). Madrid: Tecnos.

Julià, Albert y Escapa, Sandra (2021). *Perfiles masculinos emergentes en la distribución de las tareas del hogar en España. Percepciones, actitudes y realidades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Jurado-Serrano, Jesús y Becerril-Ruiz, Diego (2024). Trayectorias de socialización masculina con el trabajo doméstico. *Revista OBETS*, 19(2), 201-218. <https://doi.org/10.14198/obets.26661>.

Jurado-Serrano, Jesús; Jiménez-Cabello, José y Becerril-Ruiz, Diego (2024). ¿Se habla o no se habla? La toma de decisiones en el reparto del trabajo doméstico. *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 25, 71-92. <https://doi.org/10.12795/anduli.2024.i25.04>.

Kan, Man-Yee; Sullivan, Oriel y Gershuny, Jonathan (2011). Gender convergence in domestic work: Discerning the effects of interactional and institutional barriers from large-scale Data. *Sociology*, 45(1), 234-251.

Kan, Man-Yee; Zhou, Muzhi; Kolapashnikova, Kamila; Hertog, Ekaterina; Yoda, Shohei y Jiweon Jun (2022). Revisiting the Gender Revolution: Time on Paid Work, Domestic work, and Total Work in East Asian and Western Societies 1985-2016. *Gender & Society* 36(3), 368-396. <https://doi.org/10.1177/08912432221079664>.

Kaufmann, Jean-Claude (1992). *La trame conjugale. Analyse du couple par son ligne*. Paris: Nathan.

Kaufmann, Jean-Claude (2007). *Irritaciones. Las pequeñas guerras de la pareja*. España: Gedisa.

Kaufmann, Jean-Claude (2021). *La entrevista comprensiva*. Madrid: Dado.

Kluwer, Esther; Heesink, José y Van de Vliert, Evert (1996). Marital conflict about the division of household labor and paid work. *Journal of Marriage and Family*, 58(4), 958-969. <https://doi.org/10.2307/353983>.

Kluwer, Esther; Heesink, José y Van de Vliert, Evert (2000). The division of labor in close relationships: An asymmetrical conflict issue. *Personal Relationships*, 7(3), 263-282. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1111/j.1475-6811.2000.tb00016.x>.

Knudsen, Knud y Waerness, Kari (2008). National context and spouses' housework in 34 countries. *European Sociological Review*, 24, 97-113. <https://doi.org/10.1093/esr/jcm037>

Lamas, Marta (Comp.). (2015). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Bonilla Artigas.

Lachance-Grzela, Mylène y Bouchard Geneviève (2010). Why do women do the lion's share of housework? A decade of research. *Sex Roles*, 63, 767-780. <https://doi.org/10.1007/s11199-010-9797-z>.

Lázaro, Nieves; Moltó, María; Sánchez, Rosario y Simó-Noguera, Carles (2022). Desigualdad de género en el trabajo doméstico en España. ¿Compartir el trabajo doméstico en pareja está condicionado únicamente por la racionalidad económica? *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 180, 85-104. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.180.85>.

Lothaller, Harald; Mikula, Gerold y Schoebi, Dominik (2009). What contributes to the (im)balanced division of family work between the sexes? *Swiss Journal of Psychology* 68(3), 143-152. <https://doi.org/10.1024/1421-0185.68.3.143>.

Lyonette, Clare y Crompton, Rosemary (2015). Sharing the load? Partners' relative earnings and the division of domestic labour. *Work, employment and Society*, 29(1), 24-40. <https://doi.org/10.1177/0950017014523661>.

Maganto, Juana; Etxeberria, Juan y Porcel, Ana (2010). La corresponsabilidad entre los miembros de la familia, como factor de conciliación. *Educatio Siglo XXI*, 28(1), 69-84.

Magda, Iga; Cukrowska-Torzewska, Ewa y Palczyńska, Marta (2023). What if she earns more? Gender norms, income inequality, and the division of housework. *Journal of Family and Economic Issues*, 45, 1-20. <https://doi.org/10.2139/ssrn.4406593>.

Mannino, Clelia y Deutsch, Francine (2007). Changing the division of household labor: A negotiated process between partners. *Sex Roles*, 56, 309-324. <https://doi.org/10.1007/s11199-006-9181-1>.

Martín, Enrique (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138. <https://doi.org/10.3989/ris.2012.07.24>.

Martín, Enrique y Moreno, José (2005). *Conflictos sobre lo sano. Un estudio sociológico de la alimentación en las clases populares en Andalucía*. Andalucía: Junta de Andalucía.

Martín-García, Teresa y Solera, Cristina (2023). Does what the man studies affect what he does at home? Field of education and gender division of housework and childcare in Norway, Austria and Poland. *Journal of Family Studies*, 29(4), 1465-1492. <https://doi.org/10.1080/13229400.2022.2051726>.

Matteazzi, Eleonora y Scherer, Stefani (2021). Gender wage gap and the involvement of partners in household work. *Work, Employment and Society*, 35(3), 490-508. <https://doi.org/10.1177/0950017020937936>.

Meil, Gerardo (1997). La redefinición de la división del trabajo doméstico en la nueva familia urbana española. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 80, 69-93. <https://doi.org/10.2307/40183917>.

Meil, Gerardo (2005a). El reparto desigual del trabajo doméstico y sus efectos sobre la estabilidad de los proyectos conyugales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 111(5), 163-179. <https://doi.org/10.2307/40184703>.

Meil, Gerardo (2005b). *El reparto de responsabilidades domésticas en la Comunidad de Madrid. Un estudio sobre las realidades de la separación de funciones en los hogares de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Dirección General de la Familia.

Menéndez, María (2021). Princesas y superhéroes: análisis del sexismo publicitario en campañas de juguetes. *Pensar la publicidad: revista internacional de investigaciones publicitarias*, 15(1), 11-182. <https://doi.org/10.5209/pepu.76090>.

Menniti, Adele; Demurtas, Pietro; Arima, Serena y De Rose, Alessandra (2015). Housework and childcare in Italy: A persistent case of gender inequality. *Genus*, 71(1), 79-108.

Miedes Ugarte y Flores, David (2013). La invención del homo *economicus* y la expulsión de la ética de la economía. ¿Un camino sin retorno? *Revista de Economía Mundial*, 35, 229-247.

- Miller, Amanda y Sassler, Sharon (2010). Stability and change in the division of labor among cohabiting couples. *Sociological Forum*, 25(4), 677-702. <https://doi.org/10.1111/j.1573-7861.2010.01207.x>.
- Ministerio de Trabajo y Economía Social (2022). *La situación de las mujeres en el mercado de trabajo 2021*. Chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.mites.gob.es/ficheros/ministerio/sec_trabajo/analisis_mercado_trabajo/situacion-mujeres/Mujeres-y-Mercado-de-Trabajo-2022.pdf.
- Molarius, Anu y Metsini, Alexandra (2021). Domestic work, self-reported diagnosed depression and related costs among women and men—Results from a population-based study in Sweden. *International Journal of Environmental Research and Public Health* 18(18), 1-11. <https://doi.org/10.3390/ijerph18189778>.
- Moltó, María y Uriel, Ezequiel (2007). ¿Cuánto vale el trabajo doméstico en España? *Cuadernos de Información Económica*, 200, 47-70.
- Montañés, Manuel y Moreno, Almudena (2022). La implicación del padre en las tareas domésticas y en el cuidado y atención de sus hijos/as según el análisis del discurso de la infancia. *Revista Española de Sociología*, 31(2), 1-19. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2022.99>.
- Moreno, Almudena. (2015). La ambivalencia ante la corresponsabilidad parental en España: una cuestión de género. *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, 5(42), 46-99. <https://doi.org/10.32870/lv.v5i42.5713>.
- Moreno, José (2010). *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Moreno-Colom, Sara; Ajenjo, Marc y Borràs, Vicente (2018). La masculinización del tiempo dedicado al trabajo doméstico rutinario. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 163, 41-58. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.163.41>.
- Mui-Teng, Karen y Knudson-Martin, Carmen (2006). A push toward equality: Processes among dual-career newlywed couples in collectivist culture. *Journal of Marriage and Family*, 68(1), 56-69. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2006.00233.x>.

Murillo, Soledad (2006). *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI.

Nilsen, Ann (2011). Work, Life Course, and Gender. Career and non-Career Jobs in Context. *European Societies*, 14, 113-134. <https://doi.org/10.1080/14616696.2010.547943>.

Nyman, Charlott; Reinikainen, Lasse y Eriksson, Kristina (2018). The tension between gender equality and doing gender. Swedish couples' talk about the division of housework. *Women's Studies International Forum*, 68, 36-46. <https://doi.org/10.1016/j.wsif.2018.01.010>.

Oakley, Ann (1974). *The sociology of housework*. England: Pantheon.

Paillé, Pierre y Mucchielli, Alex (2021). *L'analyse qualitative en sciences humaines et sociales*. Paris: Armand Colin.

París, Sonia (2009). *Filosofía de los conflictos: una teoría para su transformación pacífica*. Barcelona: Icaria.

Penha-Lopes, Vânia (2006). To cook, sew, to be a man: the socialization for competence and black men's involvement in housework. *Sex Roles*, 54, 261-274. <https://doi.org/10.1007/s11199-006-9343-1>.

Platt, Lucinda y Polavieja, Javier (2016). Saying and doing gender: Intergenerational transmission of attitudes towards the sexual division of labour. *European Sociological Review*, 32(6), 820-834. <https://doi.org/10.1093/esr/jcw037>.

Reich-Stiebert, Natalia; Froehlich, Laura y Voltmer, Jan Bennet (2023). Gendered Mental Labor: A Systematic Literature Review on the Cognitive Dimension of Unpaid Work Within the Household and Childcare. *Sex Roles*, 88(11-12), 475-494. <https://doi.org/10.1007/s11199-023-01362-0>.

Ridgeway, Cecilia y Correll, Shelley (2004). Unpacking the Gender System: A Theoretical Perspective on Gender Beliefs and Social Relations. *Gender & Society*, 18(4), 510-531. <https://doi.org/10.1177/0891243204265269>.

Rodríguez, Antonio (2007). Principales modelos de socialización familiar. *Foro de educación*, 9, 91-97.

- Rodríguez, María; Peña, José y Torío, Susana (2010). Corresponsabilidad familiar: negociación e intercambio en la división del trabajo doméstico. *Papers. Revista de Sociología*, 95(1), 95-117. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v95n1.671>.
- Ruggles, Steven (2015). Patriarchy, power, and pay: The transformation of American families, 1800-2015. *Demography*, 52(6), 1797-1823. <https://doi.org/10.1007/s13524-015-0440-z>.
- Ruppner, Leah (2010). Conflict and housework: Does country context matter? *European Sociological Review*, 26(5), 557-570. <https://doi.org/10.1093/esr/jcp038>.
- Ruppner, Leah (2012). Housework conflict and divorce: a multi-level analysis. *Work, Employment and Society*, 26(4), 638-656. <https://doi.org/10.1177/0950017012445106>.
- Saltzman, Janet (1992). *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio*. Madrid: Cátedra.
- Scanzoni, John y Szinovacz, Maximiliane (1980). *Family decision-making. A developmental sex role model*. Beverly Hills: Sage.
- Schulz, Florian (2020). Trends in children's gendered housework performance. Time use evidence from Germany, 1991-2013. *Child Indicators Research*, 13, 1313-1334. <https://doi.org/10.1007/s12187-019-09702-x>.
- Schulz, Florian (2021). Mothers', fathers' and siblings' housework time within family households. *Journal of Marriage and Family*, 83, 803-819. <https://doi.org/10.1111/jomf.12762>.
- Sillars, Alan y Kalbflesch, Pam (1989). Implicit and explicit decision-making styles in couples. En D. Brinberg y J. Jaccard (Eds.). *Dyadic decision making* (pp. 179-215). New York: Springer-Verlag.
- Singly, François (2016). *El yo, la pareja y la familia*. Un lugar esencial para el reconocimiento y la valoración de la identidad personal. España: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Staland-Nyman, Carin; Houkes, Inge; De Rijk, Angelique; Verdonk, Petra y Hensing, Gunnel (2021). Gender equality in domestic work and sickness absence – a population-based study on women and men in Sweden. *Women & Health*, 61(4), 325-336. <https://doi.org/10.1080/03630242.2021.1872759>.

- Subirats, Marina (2016). De los dispositivos selectivos en la educación: el caso del sexismo. *Revista de Sociología de la Educación-RASE*, 9(1), 22-36
- Sullivan, Oriel (2004). Changing gender practices within the household. *Gender & Society*, 18(2), 207-222. <https://doi.org/10.1177/0891243203261571>.
- Sullivan, Oriel (2006). *Changing gender relations, changing families: Tracing the pace of change over time*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- Syrda, Joanna (2023). Gendered housework: Spousal relative income, parenthood, and traditional gender identity norms. *Work, employment and Society*, 37(3), 794-813. <https://doi.org/10.1177/09500170211069780>.
- Sullivan, Oriel; Gershuny, Jonathan y Robinson, John (2018). Stalled or uneven gender revolution? A long-term processual framework for understanding why change is slow. *Journal of Family Theory & Review*, 10(1), 263-279. <https://doi.org/10.1111/jftr.12248>.
- Taniguchi, Hiromi y Kaufman, Gayle (2022). Sharing the Load: Housework, Joint Decision-making, and Marital Quality in Japan. *Journal of Family Studies*, 28(3), 914-933. <https://doi.org/10.1080/13229400.2020.1769707>.
- Taylor, Steven y Bogdan, Robert (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós
- Thompson, Linda (1991). Family work: women's sense of fairness. *Journal of Family Issues*, 12(2), 140-157. <https://doi.org/10.1177/019251391012002003>.
- Tobío, Constanza (2019). *Madres que trabajan. Dilemas y estrategias*. España: Cátedra.
- Tobío, Constanza; Alcañiz, Mercedes y Martín, María (2021). *La mirada de género en Sociología*. Madrid: Síntesis.
- Torns, Teresa; Recio, Carolina y Durán, María Ángeles (2013). Género, trabajo y vida económica. En C. Díaz y S. Dema (Eds.). *Sociología y género* (pp.153-200). Madrid: Tecnos.
- Tracy, Sarah (2018). A phronetic iterative approach to data analysis in qualitative research. *Journal of Qualitative Research*, 19(2), 61-76. <https://doi.org/10.22284/qr.2018.19.2.61>.

- Trübner, Miriam (2022). Conflicts over the division of domestic work: A matter of gender-specific expectations and needs. *Journal of Social and Personal Relationships*, 39(9), 2825-2846. <https://doi.org/10.1177/02654075221089043>.
- Valles, Miguel (2009). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Valles, Miguel (2014). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: Centro de investigaciones Sociológicas.
- Van Hoof, Jenny (2011). Rationalising inequality: Heterosexual couples' explanations and justification for the division of housework along traditionally gendered lines. *Journal of Gender Studies*, 20(1), 19-30. <https://doi.org/10.1080/09589236.2011.542016>.
- Varela, Nuria (2019). *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Penguin Random House.
- Verd, Joan y Lozares, Carlos (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Madrid: Síntesis.
- Vinyamata, Eduard (2001). *Conflictología: teoría y práctica en resolución de conflictos*. Barcelona: Ariel.
- West, Candace y Zimmerman, Don (1987). Doing gender. *Gender and Society*, 1(2), 125-151. <https://doi.org/10.1177/0891243287001002002>.
- Wiesmann, Stephanie; Boeije, Hennie; van Doorne-Huiskes, Anneke y den Dulk, Laura (2008). Not worth mentioning: The implicit and explicit nature of decision-making about the division of paid and domestic work. *Community, Work and Family*, 11(4), 341-363. <https://doi.org/10.1080/13668800802361781>.
- Wolf, Naomi (2020). *El mito de la belleza*. España: Continta Me tienes.
- Yalom, Marilyn (2001). *Historia de la esposa*. Barcelona: Salamandra.

8. ANEXOS

Anexo 1. Características de las parejas entrevistadas

| <i>Pareja</i> | Sexo | Edad | Nivel de estudios | Nivel de ingresos | Ocupación actual o última | Hijos conviviendo en el mismo hogar |
|---------------|-------------------------------------|-------------|--------------------------|--------------------------|----------------------------------|--|
| 1 | Varón (Ayudante colaborador) | 50 | Licenciatura | De 2001 a 2500€ | Técnico funcionario | Dos hijos de 20 y 17 y una hija de 15 años |
| | Mujer (Jefa de hogar) | 50 | Licenciatura | De 1201 a 1600€ | Técnica funcionaria | |
| 2 | Varón (Ayudante evasivo) | 49 | Licenciatura | De 1601 a 2000€ | Profesor de secundaria | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable adaptable) | 48 | EGB | De 601 a 900€ | Terapeuta | |
| 3 | Varón (Corresponsable implicado) | 51 | Licenciatura | De 1601 a 2000€ | Profesor de secundaria | Una hija de 20 y dos hijos de 18 y 15 años |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 51 | Licenciatura | De 1601 a 2000€ | Técnica funcionaria | |
| 4 | Varón (Corresponsable moderado) | 44 | Licenciatura | De 1601 a 2000€ | Profesor de secundaria | Tres hijos de 7, 11 y 14 años |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 44 | Licenciatura | De 1601 a 2000€ | Profesora de secundaria | |
| 5 | Varón | 33 | E.S.O. | De 1201 a 1600€ | Dependiente supermercado | No aplica |

| | | | | | | |
|---|----------------------------------|----|---------------------|-----------------|--------------------------------|-----------|
| | (Ayudante colaborador) | | | | | |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 31 | Diplomatura | De 1201 a 1600€ | Administrativa empresa privada | |
| 6 | Varón (Ayudante evasivo) | 60 | Diplomatura | De 1201 a 1600€ | Gerente | No aplica |
| | Mujer (Jefa de hogar) | 59 | FP 1 | De 1201 a 1600€ | Auxiliar enfermería | |
| | Varón (Corresponsable implicado) | 28 | Grado Universitario | 600€ o menos | Promotor de eventos | |
| 7 | Mujer (Corresponsable adaptable) | 25 | Grado Universitario | De 1201 a 1600€ | Traductora | No aplica |
| | Varón (Corresponsable moderado) | 33 | Doctorado | De 901 a 1200€ | Profesor universitario | No aplica |
| 8 | Mujer (Corresponsable directiva) | 33 | Licenciatura | De 901 a 1200€ | Administrativa hospital | |
| | Varón (Corresponsable implicado) | 34 | Licenciatura | De 901 a 1200€ | Periodista | No aplica |
| 9 | Mujer (Corresponsable adaptable) | 26 | Grado Universitario | 600€ o menos | Periodista | |

| | | | | | | |
|----|--|----|------------------------|--------------------|--|------------------------------------|
| 10 | Varón (Corresponsable implicado- organizador) | 34 | Diplomatura | De 1201 a 1600€ | Monitor deportivo | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable moderada) | 26 | Grado Universitario | De 1201 a 1600€ | Psicóloga | |
| 11 | Varón (Corresponsable implicado) | 28 | Grado Universitario | De 1601 a 2000€ | Periodista | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 29 | Máster | De 1201 a 1600€ | Técnica de empresa | |
| 12 | Varón (Ayudante evasivo) | 29 | Bachillerato | De 601 a 900€ | Creador de contenido audiovisual | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable adaptable) | 27 | Bachillerato | De 1201 a 1600€ | Supervisora comercio | |
| 13 | Varón (Corresponsable implicado) | 31 | Diplomatura | De 901 a 1200€ | Técnico control de stock | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable adaptable) | 33 | Grado Superior FP | De 901 a 1200€ | Higienista dental | |
| 14 | Varón (Ayudante evasivo) | 45 | Licenciatura | De 2001 a 2500€ | Responsable empresa | Un hijo de 11 y una hija de 9 años |

| | | | | | | |
|----|--|----|------------------------|--------------------|---------------------------------------|--|
| 15 | Mujer (Jefa de hogar) | 45 | Licenciatura | De 1601 a 2000€ | Médica | No aplica |
| | Varón (Ayudante evasivo) | 29 | Grado Superior FP | De 901 a 1200€ | Técnico informático | |
| | Mujer (Jefa de hogar) | 25 | Grado Superior FP | De 1201 a 1600€ | Técnica telefonía | |
| 16 | Varón (Corresponsable implicado- organizador) | 55 | Licenciatura | De 901 a 1200€ | Procurador | Una hija de 21 y dos hijos de 19 y 16 años |
| | Mujer (Corresponsable adaptable) | 53 | Doctorado | De 2501 a 3000€ | Profesora universitaria | |
| 17 | Varón (Corresponsable moderado) | 27 | Grado Universitario | De 901 a 1200€ | Administrativo | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 24 | Grado Universitario | De 901 a 1200€ | Técnica de programas educativos | |
| 18 | Varón (Corresponsable implicado- organizador) | 32 | Grado Universitario | 600€ o menos | Camarero | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable moderada) | 26 | Máster | De 900 a 1200€ | Investigadora predoctoral | |

| | | | | | | |
|----|-------------------------------------|----|---------------------|-----------------|-----------------------|-------------------------------------|
| 19 | Varón (Ayudante evasivo) | 52 | E.G.B. | De 1201 a 1600€ | Empleado de funeraria | Un hijo 23 años |
| | Mujer (Jefa de hogar) | 52 | E.G.B. | De 601 a 900€ | Empleada de hogar | |
| 20 | Varón (Corresponsable moderado) | 27 | Grado Superior FP | De 1201 a 1600€ | Videógrafo | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 27 | Grado Superior FP | De 1201 a 1600€ | Técnica de rayos | |
| 21 | Varón (Corresponsable implicado) | 28 | Bachillerato | De 601 a 900€ | Camarero | No aplica |
| | Mujer (Corresponsable moderada) | 28 | Grado universitario | De 1201 a 1600€ | Diseñadora gráfica | |
| 22 | Varón (Corresponsable moderado) | 52 | FP 1 | De 1601 a 2000€ | Jefe de sala | Un hijo de 14 y una hija de 12 años |
| | Mujer (Corresponsable directiva) | 49 | E.G.B. | De 1601 a 2000€ | Segunda Maître | |

Figura 2. Distribución de los perfiles femeninos en función de su grado de implicación en la dimensión física y mental del trabajo doméstico 114